

# LA ARMADA INVENCIBLE.



# LA ARMADA INVENCIBLE

POR EL CAPITAN DE NAVÍO

CESÁREO FERNANDEZ DURO,

DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

---

TOMO I.

---

Francisco Pi y Suñer  
Abogado. MADRID

MADRID,

EST. TIPOGRÁFICO DE LOS SUCESORES DE RIVADENEYRA,

IMPRESORES DE LA REAL CASA.

Paseo de San Vicente, núm. 20.

1884.



---

## INTRODUCCION.

---

Ni en las historias del reinado de Felipe II, ni ménos en las generales de España, se ha tratado hasta ahora de la jornada de Inglaterra, que tan acuciosamente se dispuso el año de 1588, con los datos necesarios para formar juicio del pensamiento á que obedecía y de las consecuencias que su fracaso produjo. Las *Relaciones* formadas en Lisboa, exagerando las fuerzas de mar y tierra que componian la Grande Armada, ó la *Armada invencible*, como ha venido á llamarse, y el *Diario* que su capitan general, el Duque de Medina-Sidonia, envió al Soberano, dando cuenta de la navegacion y combates de los galeones, son los únicos documentos sacados á luz.

Por las primeras, de extracto en extracto, haciéndolos sin criterio, se ha venido á consignar en lugares no sospechosos de error, y que por lo

mismo lo difunden<sup>1</sup>, que iban en la Armada seis obispos y cinco tercios de españoles, los *verdes*, *amarillos*, *azules*, *colorados* y *blancos*; que el descendiente de los Guzmanes, capitán general del mar Océano, se llamaba *Don Luis Ponce*<sup>2</sup>; escribiendo muchos otros nombres de maeses de campo y capitanes con tanta inexactitud como la existencia de los prelados, el color de los infantes y el apelativo del general.

En el segundo, esto es, en el *Diario* inspirado por el Duque de Medina-Sidonia, más que á referir los sucesos, se aspira á prevenir la opinion, apartando de la responsabilidad del caudillo los cargos que habían de hacérsele cuando, por otro lado, fueran sabidos los acaccinientos, y con ser conciso por demas, injusto en las apreciaciones personales y omiso de circunstancias graves, no abraza más que desde el 22 de Julio, día en que la Armada embocó el canal de Inglaterra, hasta el 20 de Agosto, que, estando sobre las islas Orcadas, se adelantó D. Baltasar de Zúñiga, llevándolo al Rey; de modo que no contiene la navegacion de regreso, en que la escuadra sufrió el tremendo descalabro.

<sup>1</sup> *Estado general de la Armada* para el año 1849, publicacion oficial, copiado por D. José March y Labores en su *Historia de la marina española*, tomo II. Uno y otro debieron tomarlo del *Discurso* de D. José Yurgus Ponce, *Importancia de la historia de la marina española*.

<sup>2</sup> En el mismo error incurrió el historiador italiano Gregorio Leti.

Pareciéndome de interes el estudio especial de esta campaña, por cuyo resultado pasó el tridente de Neptuno de manos de los iberos á las de los anglo-sajones y los bátavos; empezó el descenso desde la cúspide á que habia llegado la monarquía de Cárlos V, y por vez primera vieron los enemigos huir á las naves españolas <sup>1</sup>, lo intento habiendo registrado las obras de los historiadores de Flándes que, por más próximos al teatro de la guerra y más interesados tambien en las resultas, recogieron noticias no trasmitidas aquí, y los anales, memorias y relaciones de los ingleses, que, comparados con la impresion somera de nuestros escritores coetáneos, prepara el discurso á escudriñar sin pasion lo que unos y otros callan.

Los archivos me han proporcionado la parte principal, la verdaderamente importante para el juicio que, sobre el mio, podrá rectificar quien quiera hacerlo, reunidos ya en coleccion, por orden de fechas, los documentos en este libro. La procedencia no es dudosa: unos se guardaban en la casa de los Marqueses de Santa Cruz; otros en la del Duque de Alba, por trasmision de la de Medina-Sidonia; los más en el archivo de Simáncas, copiados y comprobados por D. Martin Fernandez de Navarrete y D. José Sanz de Barutell para las

<sup>1</sup> Lingard.

respectivas colecciones que posee la Biblioteca central de Marina. En la particular de S. M. el Rey, en la Nacional y en la de la Real Academia de la Historia, he encontrado algunos otros sueltos, que eslabonan la cadena de comunicaciones. Algunos cabos quedan todavía sin atar, pero no de naturaleza que interrumpen la trama.

La serie empieza por el consejo franco y leal de D. Alvaro de Bazan al rey Felipe, estimulándole á emplear los ejércitos victoriosos de mar y tierra en el castigo de las injurias y provocaciones de la Reina de Inglaterra, ofreciéndose á dirigir la jornada y formulando un plan tan preciso, que por él, sin otro dato, se conociera la organizacion de los dichos ejércitos en todos sus ramos, las jerarquías, atribuciones, sueldos, armamento, equipo, manutencion, hospitalidad y justicia.

Muerto el egregio marino, la eleccion del Duque de Medina en su lugar, el título de capitán general del mar Océano, las instrucciones generales y particulares, y el continuado cambio de despachos y consultas acerca de los aprestos de la expedicion, acaban de enseñar las bases orgánicas de la milicia y los graves defectos de que adolecia. Retratan de paso la figura del Duque con exactitud que los contemporáneos alteraron, y muestran la del rey don Felipe despojada del ceño adusto y de la severidad de carácter que los biógrafos le atribuyen,



aunque con los adornos de la magnanimidad de espíritu y de la conformidad cristiana.

Empezando la jornada, reseñan los documentos las ocurrencias de la navegacion, desde el 30 de Mayo, en que la Armada salió de Lisboa; la dispersion y arribada á la Coruña; las reparaciones que allí se hicieron; la nueva salida, el 22 de Julio, hasta avistar el cabo Lizard, extremo meridional de Inglaterra, que es donde empieza el *Diario* del Duque de Medina-Sidonia, que ha servido á nuestros historiadores. Por fortuna, otros individuos de la Armada escribieron por dias las ocurrencias, y yo la he tenido en encontrar várias relaciones diferentes, notadas algunas con el desenfado de quien reserva para intimidad privada las observaciones. Con éstas se llenan los huecos dejados por el capitán general y se conocen las penalidades de la travesía del Atlántico, desde las islas Orcadas á los puertos del golfo Cantábrico; la suerte que cupo á los que naufragaron en las Hébridas, y la más desdichada de aquellos que, libres de las olas, en tierra de Irlanda fueron sin piedad exterminados.

Cómo el Rey atendió á los que regresaron á la patria, desatendidos de su jefe y cabeza principal; cómo se investigó la magnitud de las pérdidas sufridas en hombres y naves, se explica en la correspondencia reanudada desde la vuelta de las

reliquias de la Armada, completando el cuadro de la campaña.

Á mi entender, algo más que la satisfacción de la curiosidad histórica se obtiene con la lectura de estos documentos. Las armas varían y suelen cambiar también las condiciones de los hombres que las manejan; pero los principios fundamentales del arte de la guerra son invariables en la tierra como en la mar, y el conocimiento de las causas que han producido descalabro será siempre una de las más provechosas lecciones del militar.

---

---

*Qui navigant mare, enarrant  
pericula ejus.*

Muerta la esposa de Felipe II, María de Tudor, á fines del año 1558, y proclamada Isabel reina de Inglaterra, ofreciendo á su cuñado la seguridad de mantener y áun estrechar las relaciones amistosas entre ambas coronas, comunicó al mismo tiempo, en forma confidencial y reservada, al Rey de Dinamarca y á los príncipes luteranos de Alemania, el deseo de cimentar la union entre los que profesaban la Reforma, á que de nuevo se abrazaba.

En el gobierno interior observó, por de pronto, la misma ambigüedad de conducta, asistiendo á las ceremonias del culto católico y contemporizando con los obispos en tanto preparaba la reunion del Parlamento con hombres de su devocion, y organizaba los Consejos de forma que respondieran á los propósitos de una política opuesta á la que signió su hermana.

Si no tenía presente que era deudora á D. Felipe de la libertad, y acaso de la vida, no olvidaba que en manos del monarca español estaba por entónces el éxito de las negociaciones encaminadas al tratado de paz con Francia, que tanto le importaba, y que, al fin, se firmó en Cateau-Cambresis; oyó, en consecuencia, con aparente

agrado la proposicion de enlace matrimonial formulada por conducto del embajador Conde de Feria; entretuvo afectuosa las conferencias, declarando que, si llegaba á decidir tomar estado, sería el Rey de España el preferido, y dulcificó la negativa con la indecision y desconfianza de alcanzar la dispensa de parentesco <sup>1</sup>.

No aspiraba Isabel á rivalizar en poderío, siendo conocidamente superior el del hijo y sucesor de Cárlos V; mas sí en la influencia, en el nombre, en la intriga, tan grata al corazon de la mujer y tan fecunda entónces por la complicada marcha de la política europea. Frente al campeón del catolicismo se colocó, pues, como adalid de la doctrina de Lutero, empezando la carrera por la persecucion de los católicos de su reino y el simultáneo auxilio á los protestantes de Escocia y de Francia, que atizó el fuego de la guerra de religion en ambos Estados.

Más adelante, alzados en rebelion los Países-Bajos, alentó cuanto pudo el movimiento; acogió en sus puertos á los corsarios, suministrándoles hombres y dinero, con que asaltaron la plaza de Flessingue y otras de Holanda; recibió con solemnidad en la Córte al Duque de Alençon <sup>2</sup>, hermano menor del Rey de Francia, que se titulaba libertador y soberano de Flándes, dándole escuadra que le llevára con seguridad al teatro de la guerra, y en la continuacion del apoyo que sin rebozo ofrecia á

<sup>1</sup> « Dijo que pensaba estar sin casarse, porque tenía mucho escrúpulo de la dispensa del Papa.» Despacho del Conde de Feria. *Memorias de la Acad. de la Hist.*, t. vii.

<sup>2</sup> Alanzon, Alençon, Alençon.

los Estados rebeldes, llegó á firmar con ellos tratado estipulando el envío de un ejército de seis mil hombres, que acaudilló su favorito el Conde de Leicester <sup>1</sup>, recibiendo y ocupando, en garantía de cumplimiento de condiciones por aquéllos, las plazas de Briel, Flessingue <sup>2</sup> y Rammukins.

Don Felipe no cambió, sin embargo, de actitud, ni por las repetidas provocaciones de Isabel dejó de mostrar la inclinación que sentía hácia esta singular mujer, su enemiga, satisfaciéndole, en apariencia, las protestas que recibía de su cordialidad y la explicación, en cada caso, de que los auxilios que enviaba por cargo de conciencia á los de su religión, en modo alguno habían de estimarse actos de hostilidad. La excomunión lanzada contra ella por el pontífice Pío V; la solicitud de amparo que incesantemente le dirigían los católicos perseguidos en Escocia é Irlanda; los ruegos de la infortunada María Stuart, presa y amenazada, no influyeron tampoco en el ánimo prevenido del Rey.

Por un instante se creyó inevitable el rompimiento, cerrando el año de 1568. Fué el caso que saliendo de las costas de España una nao y cuatro zabras á cargo de Estéban de Sierra, conduciendo algo más de un millon de ducados con destino á las tropas de Flándes que mantenía en campaña el Duque de Alba, como trascendiera la nueva del cargamento, se apostó en la boca del Canal de Inglaterra una escuadra de corsarios armados por los

<sup>1</sup> En los AA. españoles Lecestre y Leicestria.

<sup>2</sup> Flinsinga, Frisinghen.

hugonotes de la Rochela con el intento de interceptar la suma.

Las naves españolas buscaron refugio en los puertos de Inglaterra, entrando en Southampton la grande y en Plymouth y Falmouth las zabras, y hecha relacion del suceso por el Embajador, representando que entre los corsarios se contaban los ingleses Kirkham y Courtenay, obtuvo autorizacion y orden, firmada de la Reina, para trasportar el tesoro por tierra hasta Douvres, embarcarlo en buques ingleses y pasarlo á Flándes; mas al tratar de la ejecucion, á pretexto de que la nao no estaba en Southampton al abrigo de los piratas, fué detenida por el comandante de la isla de Wight, que tomó posesion, despidiendo á la gente española, y desembarcó el tesoro, encerrado en ciento cincuenta y nueve barriles. Aseguró la Reina al embajador D. Guerau de Espés, en audiencia especial, que todo se hacia por mayor seguridad del dinero, y como, trascurriendo tiempo, pidiera que, de conformidad con la autorizacion anterior, le fuera permitido remitirlo á Ambéres, colérica Isabel, expuso que teniendo averiguado ser aquella suma de pertenencia de mercaderes, habia determinado tomarla para su erario, pagando los intereses.

Sabida la resolucion por el Duque de Alba, decretó el embargo de mercancías inglesas en Flándes; Isabel, en represalias, hizo lo propio con los buques españoles; medida que D. Felipe adoptó igualmente en los puertos de España. El embajador D. Guerau fué arrestado en Londres, sosteniendo la Reina que él era causante de las ocurrencias por los falsos informes que remitía, insultándola

en los despachos con el apclativo *Oriana*; la moneda, refundida en provecho de Isabel, no fué devuelta, colocando su falta en gravísima situación al Duque, y no obstante, enviado por España un delegado *ad hoc*, las reclamaciones diplomáticas se prolongaron años, sin llegar á término, excediendo por nuestra parte los límites de la prudencia, sea porque no conviniera al Rey desviar la atención de los asuntos que la solicitaban en otros lados, ó porque no estuviera llena todavía la medida de la indignación <sup>1</sup>.

«Aquel rayo de la guerra, padre de los soldados, venturoso y jamás vencido capitán», D. Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, acabada felizmente la jornada de las islas Terceras, en 1583, escribió al Rey proponiendo la invasión de Inglaterra con la armada y el ejército victoriosos, como cosa hacedera y necesaria si había de dominarse la rebelion de los Países-Bajos, que tenía la raíz en la isla frontera <sup>2</sup>. La indicacion no pareció mal á D. Felipe, que contestó agradeciéndola <sup>3</sup>; pasaron, con todo, tres años sin darse por entendido, y notando el Marqués lo que el comercio de España sufría en la guerra de hecho existente, estando nuestra

<sup>1</sup> *Disimulare malebat Philippus ne ludibris esset, ira in tempus dilata.* Bomplani, *Pontificatus Greg. XIII*, pág. 235. Nuestros historiadores han tratado con mucha concision del embargo del dinero; Estrada y Cabrera de Córdoba lo consignan con brevedad, otros ni siquiera lo mencionan; pero en los ingleses consta sin disimular el atentado, principalmente en Lingard, que tomó los documentos de Fenelon y Camden.

<sup>2</sup> Docum. núm. 1.

<sup>3</sup> Núm. 2.

nacion á la defensiva, se extendia en otra carta <sup>1</sup> en la consideracion de los beneficios que habia reportado á Inglaterra el fomento de la marina, el armamento de corsarios y las expediciones piráticas á las Indias, ganando reputacion militar, enriqueciendo á sus vasallos y arruinando á los de España. Por el valor de las presas que habian hecho en cinco meses calculaba que, de seguir la lenidad, costaria la paz más de cuatro tantos de lo que pudiera importar la extremidad de la guerra, quedando deshechos y consumidos el trato y el comercio, y harto amengnadas, en consecuencia, las rentas Reales <sup>2</sup>.

Nunca en el pecho de D. Álvaro de Bazan se abrigó la jactancia: la seguridad con que suscribia tan saludable consejo; la libertad de darlo al Soberano sin que se lo pidiera, procedian de profunda consideracion y honrado patriotismo. La fuerza, los recursos, las condiciones de Inglaterra le eran tan conocidos como los de cualquiera otro de los Estados de Europa; las probabilidades en la guerra con cualquiera de ellos no dejaban de serle familiares; por algo más que el valor fué tan gran capitan.

Siguiendo paso á paso los sucesos en el período histórico de esta narracion, sabido era que al inaugurar Isabel su reinado no abrigaban los puertos de Inglaterra

<sup>1</sup> Núm. 3.

<sup>2</sup> El año de 1582 se apreció el valor de las mercancías y embarcaciones detenidas por los ingleses en los mares de Europa, estando en paz, en un millon ciento noventa mil ducados. *Memorias de la Acad. de la Hist.*, t. VII.



naos con que formar una escuadra <sup>1</sup>; que de artillería se surtían en Suecia, de pólvora en Flándes <sup>2</sup>, de arboladura, jarcia y de armas portátiles en Alemania <sup>3</sup>, siendo tan precarios los medios de acción con que contaba, que al embarcarse Felipe II en Flándes para volver á España, como fuera la escolta decorosa, cundió alarma, movida por el gobierno inglés, que, temiendo por la seguridad del reino, ordenó á toda prisa fortificar las costas <sup>4</sup>.

Tranquilizada en este punto Isabel, ensayados impunemente los ataques á la preponderancia de España, regulada la administración interior, desarrolló el espíritu de la especulación comercial y estimuló la navegación, echando los cimientos á la prosperidad futura del país. Formáronse asociaciones con el fin de hacer descubrimientos por el Norte de Europa, ó el de ingerirse en los de españoles y portugueses, y con la perspectiva de la ganancia segura, muchas personas, siguiendo el ejemplo de la nobleza, de los Ministros, de la Reina misma, arriesgaron los bienes que poseían en empresas atrevidas.

<sup>1</sup> En las *Memorias* citadas de la Acad. de la Historia, tomo VII, se publicó el estado de la marina inglesa al ocurrir la muerte de la reina María, esposa de Felipe II, según documento de aquel tiempo existente en el archivo de Simancas. En total se componía de 83 bajeles: tres, de 600 toneladas; cuatro, de 400 á 500; cinco, de 200 á 300, y los demás menores.

<sup>2</sup> Jurien de la Gravière. *Les Marins du XV et du XVI siècle*, tomo I, pág. 123 y 168.

<sup>3</sup> Las instrucciones dadas por el Rey á su embajador D. Guerau de Espés, en 1568, recomendaban indagára qué armas y municiones llevaban de Flándes y Alemania, pues que en Inglaterra *ni las tenían ni las hacían*. *Memorias* citadas.

<sup>4</sup> Idem. Apéndice A.

Las industrias marítimas tuvieron considerable incremento, multiplicado con la inmigración de los flamencos laboriosos que, en número de más de veinte mil, buscaron allí refugio en las revueltas del alzamiento. Ellos establecieron fundiciones, talleres, fábricas de armas y municiones, telares de paños y lienzo; ellos también sacaron á la construcción naval de la inferioridad en que estaba, y en breve plazo Inglaterra, dependiente de los mercados vecinos, estuvo en aptitud de abastecer á los rebeldes de Holanda <sup>1</sup>.

Los que emprendieron la navegación al Nuevo Mundo, arribando sobre costas poco pobladas y por lo general indefensas, cegados por la codicia y alentados por la tolerancia, cometieron inauditos desafueros, alcanzando con la riqueza el título justificado de piratas que sus mismos compatriotas han confirmado en estos tiempos <sup>2</sup>, aunque en aquéllos les valían tales hazañas aureola, aplauso é imitación.

Entre los aventureros se hizo principalmente notable John Hawkins <sup>3</sup>, negrero, que verificó varios viajes á la costa de Africa, en los años 1562, 1564, 1565 y 1567; llevó el *cargamento* á la isla Española y Tierra Firme, cambiándolo por los productos indianos, y sorprendido

<sup>1</sup> *Memorias* citadas, año 1572.

<sup>2</sup> «Su rapacidad despreció los derechos de las naciones y la voz de la humanidad, y aunque admiramos su habilidad, energía y perseverancia, debemos declararlos verdaderos ladrones, verdaderos asesinos.» Lingard, t. iv;—324. Don Adolfo de Castro juzga con mucha más benevolencia á Drake en su *Historia de Cádiz*.

<sup>3</sup> Llamado en nuestras relaciones Achins, Aquins y Aquines. Véase Apéndice B.

en Veracruz por la flota de Nueva España, aunque se defendió con tesón, perdió en el combate los bajeles que mandaba, entre ellos los dos mayores, que, aunque extraño parezca, pertenecían á la reina Isabel, partícipe en la empresa <sup>1</sup>. Escapó con uno nombrado *Judith*, que media cincuenta toneladas, y no escarmentado hizo todavía otras dos incursiones en los años siguientes.

Francis Drake <sup>2</sup>, que desde la humilde condicion de marinero habia dado á conocer singular aptitud, tuvo parte en las expediciones de Hawkins y se salvó tambien de la derrota de Veracruz, por la cual juró hacer todo el mal que pudiera á los españoles en general. Dirigió como jefe tres campañas piráticas, siendo la más afortunada para él la última, por la presa de embarcaciones que hizo en el seno mejicano, la sorpresa de la ciudad de Nombre de Dios, conseguida en union de otros piratas franceses y de negros cimarrones, y la captura en el camino de Panamá del convoy de la plata. Regresando á Inglaterra en 1573 declaró haber obtenido los productos de la rapiña por cambio comercial con los naturales de Indias.

Recibido con entusiasmo en su país é instado á nuevas expediciones por la Reina, que se interesó por la cantidad de mil coronas, dió la vela con cinco buques en 1577, pasó el estrecho de Magallanes, cayendo á sangre y fuego sobre los puebllos desapercibidos de Chile y el Perú, y considerando peligroso el retroceso, se lanzó por el camino de las Molucas y cabo de Buena Esperanza.

<sup>1</sup> Camden.—Stowe.—Lingard, t. IV.—324.

<sup>2</sup> El Drake.

La audacia encontró ayuda en la fortuna, que le llevó en salvamento á Plymouth al cabo de tres años, habiendo dado la vuelta al mundo.

De los cinco bajeles sólo trajo uno, pero contenia valor de más de ocho millones, y la Reina, su favorito, los ministros, recibieron parte con gran contentamiento, sin reparo en que la manchára la sangre de los súbditos de una nacion á la que oficialmente se seguian haciendo protestas de sincera amistad. En el reino se celebró la arribada de Drake como un triunfo que levantaba la popularidad de la soberana: fué llevada la nave al dique de Depford para conservarla en memoria del acontecimiento, y se dignó Isabel asistir á un banquete celebrado á su bordo, el 4 de Abril de 1581, terminado el cual armó caballero al pirata, trasformándolo en almirante <sup>1</sup>.

Con la reciente investidura volvió á la mar, en 1585, acaudillando una escuadra de veintiuna velas, que, sin declaracion de guerra, atacó y saqueó á Puerto-Rico, Santo Domingo y Cartagena, despues de insultar las costas de la Península Ibérica y las islas Canarias; arrasó los fuertes de la Florida y se trajo doscientos cañones de todos los calibres por lastre del oro que acallaba los escrúpulos haciendo olvidar tambien la pérdida de setecientos hombres que le costó embarcarlo.

Despertando más y más la codicia la repeticion de tan provechosas aventuras, lanzó al Océano á la poblacion inglesa en composicion del núcleo de su marinería; mas el intervalo de tiempo de treinta años en que sin ningun-

<sup>1</sup> Camden.—Stowe.—Harris.—Lingard.—Harper.

na oposicion se fué formando, no era todavía suficiente, en verdad, para que su armada osára compararse, ni ménos medirse, con la de España. Una cosa era caer por sorpresa sobre pueblos indefensos ó embarcaciones de comercio, y otra presentar el costado al de los galeones; los ingenios y potreros de las Antillas podian temer cada día la acometida de los piratas; las flotas de la plata, escoltadas, navegaban en perfecta seguridad, y en caso de encuentro no se hacía esperar la huida de los aventureros, no siendo hierro lo que de los españoles querian.

En la batalla naval de la Tercera, cuando D. Alvaro de Bazan acometió con venticinco naos á sesenta de enemigos, las primeras en escapar á toda vela fueron las inglesas, que la mala fe de la reina Isabel habia despachado en favor del pretendiente de Portugal, aunque no era hugonote; porque ni en solidez, ni en armamento, ni en manejo podian competir con los de la Armada de España, reputada en cualquiera de los conceptos como superior y prepotente en la mar.

El ejército inglés estaba en inferioridad mayor, como lo demostró la campaña de los Países-Bajos, en que tan desairado papel hizo el Conde de Leicester, y si por la calidad no resistia el empuje de la infantería española, sin rival, por el número, harto era limitado en los exiguos recursos de la Corona, insuficientes para sufragar por complemento el enganche de cuerpos mercenarios extranjeros, segun el uso de la época.

La poblacion del reino no llegaba á cuatro millones de almas, divididas en el más alto grado de intransigencia por las creencias religiosas; los católicos, que

componian mayoría en Irlanda, solicitaban con insistencia el envío de tropas españolas <sup>1</sup>; los de Inglaterra aseguraban que en el momento que divisáran las banderas de Felipe caería el trono de Isabel <sup>2</sup>; los de Escocia y los de todas estas partes, refugiados en Flándes, no esperaban más que la orden de cooperar á la invasion <sup>3</sup>, alcanzando las disensiones intestinas el extremo de que Hawkins, el famoso negrero y pirata, consocio de la Reina, pusiera á disposicion del Rey de España la escuadra que estaba confiada á su cuidado, con objeto expreso de *restablecer en Inglaterra la religion católica, destruir la tiranía de Isabel y favorecer la libertad y derechos de la Reina de Escocia* <sup>4</sup>.

Con estos datos se estima la meditada razon del consejo espontáneamente dado por el Marqués de Santa Cruz, el fundamento firme de su creencia en la posibilidad de debelar el poder británico, como tambien se aprecia la debilidad ó parsimonia de un monarca tan altivo con los de otras naciones, al sufrir de Isabel, sobre desdenes, agravios.

<sup>1</sup> *Memorias citadas.*

<sup>2</sup> *Idem.*

<sup>3</sup> *Idem.*

<sup>4</sup> Presentó la proposicion, á nombre de Hawkins, su apoderado George Fitzwilliams. Tratada con el Conde de Feria, se firmó capitulacion, el 11 de Agosto de 1571, que ratificó el Rey. Se comprometia el dicho Hawkins á servir á España, á los efectos consignados, con diez y seis naos, cuyos hombres y condiciones se especifican en el documento, de porte de 3.270 toneladas, con 420 cañones y 1.585 hombres. El Rey, por su parte, acordaba amnistia de las ofensas hechas en Indias y pago de 16.987 ducados al mes. *Memorias citadas. Apéndice B.*

Algo se habia modificado su juicio al recibir la segunda carta del marino; pues, sin responder por sí, dió en cierto modo asentimiento á la idea, pidiendo el plan con sumo secreto <sup>1</sup>, y una vez examinado, parecióle tan bien, que sin disimular la impresion, escribió agradeciéndole el cuidado de haber movido aquella plática y añadió que *se iria mirando en ello* <sup>2</sup>, fórmula que usaba en el despacho de los negocios árdulos y que respondia con verdad á su pensamiento, porque era por naturaleza circunspecto y muy lento en las resoluciones <sup>3</sup>.

Mirando en el asunto habia comisionado al capitan Diego Ortiz de Urizar para estudiar sobre el terreno el estado de Irlanda y la mejor forma de su ocupacion <sup>4</sup>; oyó á los agentes que tenia en Inglaterra y Escocia; comprobó por oficiales seguros los planos generales y particulares que se habia procurado de las islas Británicas, sus puertos, fortalezas y rios <sup>5</sup>; consultó los antecedentes históricos de las invasiones hechas en tiempos remotos por romanos, normandos y bretones <sup>6</sup>, y sin fiar á segunda persona el exámen prolijo de tan necesarios datos, enriquecidos con la estadística de poblacion y fuerza, los fué

<sup>1</sup> Docum. núm. 4, 5, 6 y 7.

<sup>2</sup> Idem núm. 8.

<sup>3</sup> La de la jornada de Inglaterra le tuvo mucho tiempo en vacilacion. Tratando del asunto Mr. Mignet en su libro *Antonio Perez y Felipe II*, con cita de los papeles de Simancas, serie B, legajo 47, número 10, pone en boca del Rey: «Que como es de tanto momento y consecuencia, conviene caminar en él con piés de plomo.»

<sup>4</sup> *Memorias* citadas.

<sup>5</sup> Los comisionados fueron el Almirante Juan Martinez de Recalde y el capitan ingeniero Plati.

<sup>6</sup> Cabrera de Córdoba.

comparando con el proyecto magistralmente desarrollado por el capitán general del mar Océano, D. Alvaro de Bazan.

Asombra que en ménos de dos meses se redactára este plan <sup>1</sup>, bastante por sí solo para concepto de la capacidad, la penetracion y la experiencia del Marqués de Santa Cruz en las cosas de la guerra. No hay pormenor olvidado en la organizacion del ejército invasor, compuesto de todas las armas é institutos, con el material respectivo, tren de sitio, parque de ingenieros, hospitales, provisiones y respetos, como en la preparacion de la armada con lo que habia menester para su cometido principal y exclusivo, y el de auxiliar del mismo ejército, guardando el flanco, manteniendo la comunicacion con la patria y proveyendo á la manutencion y necesidades generales. Á pesar del complicado mecanismo de la administracion de la época, con sorprendente claridad y método consignaba el costo de personal y material, ilustrando el conocimiento en capítulos con el sueldo por clases, el precio por unidad y peso de cada artículo, el lugar en que con mayor economía podian acopiarse, el volumen que ocupaban, el consumo diario y la capacidad de los bajeles que habian de trasportar el todo; cálculos afectados por una serie de descuentos que se hacian al haber del soldado, entrando la pólvora y cuerda que consumia, el arma que manejaba, los géneros del vestido y manutencion.

En resúmen, eran menester en el proyecto 150 naves

<sup>1</sup> Docum. núm. 7.



gruesas, 40 urcas de carga, 320 embarcaciones de 50 á 80 toneladas, 40 galeras, 6 galeazas, ó sean 556 vasos, sin contar 40 fragatas y falúas y 200 barcas chatas destinadas al desembarco, tripulándolas 30.332 hombres. El ejército ascendía á 63.890 con 1.600 caballos, y el total general á 94.222 bocas á que había de suministrarse ración diaria por término de ocho meses, expresándose los géneros de ésta, y el enorme conjunto, inclusa el agua.

Del presupuesto general de gastos se descontaban los que de ordinario tenían las fuerzas de mar y tierra sostenidas por el Rey, á fin de que apareciera solamente el extraordinario de la jornada, que montaba, con los pertrechos y municiones, supuesta la baja de 10.000 hombres ántes de dar principio á las operaciones, á la enorme suma de 3.801.288 ducados castellanos de á once reales ó 375 maravedís, señalando la parte con que habían de contribuir los estados de Italia.

Miéntas D. Felipe iba mirando las partidas recibió nueva de los asaltos de Drake en las Antillas, atrevimiento que le dolió mucho <sup>1</sup>, determinándole á enviar de seguida á castigarlo en las mismas Indias al Marqués de Santa Cruz, con advertencia de que no por ello quedaba olvidada la otra plática, ántes se había ahora de facilitar <sup>2</sup>. Noticias posteriores del regreso de los piratas ocasionaron contraórden <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Docum. núm. 11.

<sup>2</sup> Idem núms. 12 y 14.

<sup>3</sup> Este año, sin embargo, se repitieron las hostilidades por Thomas Cavendish.—Stone.—Camden.—Harris.—Lingard.—Apéndice C.

Era llegada la hora de recapitular á sangre fria las acciones de Isabel de Inglaterra; habia capturado el tesoro de España puesto bajo su salvaguardia; asistido á los rebeldes en Flándes; pagado tropas extranjeras que entraron en campaña contra el Duque de Alba; dado asilo y ayuda material á D. Antonio, prior de Ocrato; consentido que los buques ingleses asaltáran, robáran é incendiáran pueblos y embarcaciones indefensos en las Indias y alta mar; sancionado las piraterías galardonando á Drake; enviado ejército guiado por un general que se tituló gobernador de las provincias de los Países-Bajos, y llevado al cadalso, tras un proceso inícuo, á la Reina de Escocia. Cualquiera de los primeros actos, agravados, si se quiere, por los sofismas con que eran contestadas las reclamaciones, constituia provocacion insultante al Rey de España; el último era, sin género de duda, ultraje comun á los soberanos, pero al más poderoso de la cristiandad tocaba preferentemente la venganza. Hasta aqui la estoica tolerancia de D. Felipe podia encontrar explicacion en su prudencia; ahora era imposible que sin nota dilatára la retribucion.

La oportunidad le invitaba doblemente á la guerra ya que, por rara coincidencia, se veia desembarazado de tantas y tan graves atenciones registradas en los anales de su reinado. Francia, dividida y en lucha intestina, estaba bajo la influencia de su política; el Emperador de Alemania á su completa devocion; ocupado el Turco; los príncipes luteranos imposibilitados de acudir al socorro de la Reina inglesa; indignado contra ella el papa Sixto V; D. Antonio de Portugal sojuzgado; los berberiscos

sin recursos, y los rebeldes de Flándes en la última extremidad, acabados por la victoria que el genio de Alejandro Farnesio habia fijado con la espada.

Por su prestigio realzado con la incapacidad de Leicester; por la impresion que el juicio de María Stuart produjo, el coronel escoces Semple pasó al servicio de España con su regimiento, entregando la plaza de Lyra <sup>1</sup>, siguiendo en la defeccion Sir Roland York <sup>2</sup>, que dió entrada en el fuerte de Zutphen <sup>3</sup>; Sir William Stanley <sup>4</sup>, gobernador de Daventer <sup>5</sup>, que abrió las puertas de la plaza y se incorporó al ejército español con ella y con su regimiento de 1.400 hombres <sup>6</sup>, acompañado de otros nobles y caballeros ingleses, escoceses é irlandeses católicos.

Este acontecimiento inesperado acabó de consternar á los flamencos, y la misma Isabel, arrepentida de su audacia, pensó en buscar medios que conjuráran la tempestad que habia desencadenado.

Ya era tarde; Felipe II, tan rápido en la ejecucion como lento en meditarla, habia circulado las órdenes de acopio y armamento, y en todas las costas de España y Portugal, como en Nápoles, Sicilia y Milán, se trababa con prodigiosa actividad, sin que por de pronto se supiera á qué objeto, queriendo el Rey, al decir de

<sup>1</sup> Estrada.

<sup>2</sup> Estrada, apéndice D.

<sup>3</sup> Zutphen, Zutent.

<sup>4</sup> Apéndice E.

<sup>5</sup> Deventer, Deventria.

<sup>6</sup> Estrada.—Herrera.—Cabrera de Córdoba.—Bentivollo.—Camden.—Lingard.

Herrera, «que ántes que se supiese adónde iba á parar el rayo, se ardiese la casa.» Los astilleros del Cantábrico y del río de Sevilla tuvieron encargo de trabajar día y noche en el apresto de naves; los capitanes reclutadores corrieron el interior de la Península con las banderas, y no tardó en circular por Europa la nueva del armamento, con desasosiego general.

La conciencia de Isabel presentia que más que á ninguna otra corona amagaba á la suya el nublado, observando alguna cosa de su densidad <sup>1</sup>, pero aunque tenía en la corte de España espionaje bien retribuido, no logró salir de dudas, por redactarse los despachos en el gabinete del Rey y por mano de sus secretarios en absoluta reserva <sup>2</sup>. Instó al Rey de Dinamarca á mediar en términos que honrosamente concluyeran con la guerra de Flándes y las diferencias que habían resfriado las buenas relaciones entre Inglaterra y España, llevando por mira principal entretener el tiempo que necesitaba para disponer la defensa, mira que no se ocultó á don Felipe; mas como no tenía él á punto las fuerzas, aceptó sin inconveniente la propuesta de conferencias que no le estorbaban, reuniéndose los comisarios de ambas naciones en Bourbourg, cerca de Calais <sup>3</sup>.

Mientras tanto, vino Drake con veintisiete naos sobre

<sup>1</sup> El almirante Juan Martínez de Recalde fué con ocho naos y cuatro pataches á las costas de Irlanda, desembarcó 1.500 soldados y muchas armas para los católicos. — Cabrera de Córdoba.

<sup>2</sup> Apéndice F.

<sup>3</sup> Calés.— Estrada inserta las notas cambiadas con el Rey de Dinamarca.

las costas de España en comision ostensible de observar los armamentos, y llegando á la bahía de Cádiz á 29 de Abril de 1587, entró por sorpresa, incendió diez y ocho naves grandes que allí se aprestaban; apresó otras seis; corrió la costa de Algarve, haciendo desembarcos, quemando el monasterio del cabo de San Vicente y asaltando los castillos de Sagres, Valiere y Udiche; se presentó á la boca de Lisboa, insultando á la armada del Marqués de Santa Cruz, y retrocediendo al cabo de San Vicente se mantuvo en crucero todo el mes de Junio, así por impedir la reunion de los galeones españoles, diseminados en los puertos, como en espera de las flotas de Indias que ordinariamente recalaban al dicho cabo <sup>1</sup>.

¡Qué humillacion para el señor de los mares! Quedaba cumplida la prediccion de D. Álvaro de Bazan; bloqueados los puertos de España, sin que en ninguno hubiera fuerzas suficientes para castigar el atrevimiento, ni aún para defender el daño. En Lisboa estaban los galeones sin gente; en Cádiz había gente sin naos; la artillería y los pertrechos distribuidos en fracciones, caperando embarque. Dispuso el Rey que sin *perder una hora de tiempo* camináran por tierra hácia Lisbon las compañías, y se proveyera cuanto hacía falta al Marqués de Santa Cruz <sup>2</sup>. Si Drake lograba atacar á las flotas, la venganza premeditada, la jornada de Inglaterra que había de alimentar la plata de Indias, se demoraria considerablemente.

<sup>1</sup> Herrera.—Estrada.—Cabrera de Córdoba.—Docum. núm. 14 bis.

<sup>2</sup> Docum. núms. 16 á 36.

El tiempo, que no las armas, remedió el conflicto, consumiendo las provisiones de la escuadra inglesa. No pudiendo esperar más Drake, avanzó hacia las Azores y se dió por muy satisfecho con la captura de la carraca portuguesa *San Felipe*, enorme embarcacion que regresaba de la India oriental con carga de especiería. Cuando salió de Lisboa la armada del Marqués, la caprichosa fortuna le ofreció por encuentro un furioso temporal á cuyo cco se celebraba en Lóndres con ovacion la entrada de los navios victoriosos. Únicamente la Reina se mostró pesarosa, por las consecuencias, apresurándose á escribir á Farnesio que Drake habia desobedecido las instrucciones que recibió de abstenerse de toda hostilidad en la comision, limitada á la visita de los puertos de España y sería, por tanto, castigado, deseando por su parte que el suceso no influyera en las negociaciones; á lo que respondió Alejandro manifestándose satisfecho de la explicacion, no le sorprendia que el general inglés se acordára de haber sido pirata y como tal se hubiera portado en Cádiz <sup>1</sup>.

Avanzando en España los preparativos, se encerró el Rey en su aposento, sin dar audiencia <sup>2</sup>, ocupándose del plan de campaña. El formulado por el Marqués de Santa Cruz le satisfacía en conjunto, considerando las fuerzas de mar y tierra suficientes para vencer los elementos de resistencia que en Inglaterra podian reunirse, pero en algo contrariaba su impaciencia, porque las di-

<sup>1</sup> Estrada.

<sup>2</sup> Cabrera de Córdoba.

ficultades en la navegacion de tan numerosa flota inclinaban á D. Álvaro á fijar la primavera como estacion á propósito para la salida, esperando la ocasion de un tiempo asegurado de vientos del Sur ó Sudoeste, frecuentes en esta época del año, que, en cuatro ó cinco dias á lo más, impulsaria al convoy hácia su destino. En el verano reinan, generalmente, los vientos del Norte y Nordeste, contrarios á esta navegacion, de modo que, á juicio del marino, habia de subordinarse á cualquiera otra necesidad la de la partida, y aun así, inestables como son los fenómenos atmosféricos, no cabia en la prevision el cálculo de la travesía, que consigo llevaba el de consumo de agua y raciones.

Disponiendo en Flándes el ejército invasor, se disminuia el influjo de los tiempos, bastando pocas horas para atravesar el Canal de la Mancha; por aquel sitio se han verificado desde los tiempos más remotos los ataques á las islas Británicas; allí tenía D. Felipe tropas veteranas familiarizadas con la victoria, y auxiliares en el conocimiento práctico de las costas de los marineros de Dunquerque y Neoport; organizando los medios indispensables al trasporte de los soldados no habia que disponer en España más que la escuadra de combate destinada, en caso necesario, á forzar el camino seguro de la del trasporte.

No se alcanzaban, en verdad, estas ventajas sin perder la de unidad en el cuerpo expedicionario y en el mando, á que el Marqués de Santa Cruz acordaba primordial consideracion, aleccionado por las funestas consecuencias que en todas edades y naciones ha producido

la falta de armonía entre los caudillos de tierra y mar, en empresas semejantes; mas en el ánimo del Rey no ofrecia temor el dualismo, proponiéndose conservar en su mano la direccion suprema; ántes creia que el nombre y la reputacion europea que gozaban Farnesio y Bazan anticipaba y disponia en la moral el efecto seguro que se alcanzaria conduciendo el uno las tropas, rigiendo el otro las naves.

Decidida en principio esta forma, consultándola á los caudillos, quiso oir tambien, respecto al desarrollo, la opinion de los caballeros ingleses que habian venido á su servicio vejados y perseguidos por el Gobierno de Isabel, llamándolos á la corte, porque el escrito no limitára la palabra.

William Stanley fué de opinion que se embistiera á Irlanda ántes de atacar á Inglaterra. Conociendo perfectamente las islas, sus posiciones, las costumbres y deseos de los habitantes, por haber militado quince años con ellos, tomaba á su cargo, dándole seis mil soldados, armas para otros tantos, pólvora y víveres para tres meses, poner en manos del Rey la de Irlanda, que proporcionaria no despreciables caballos, puertos seguros y un cuerpo de naturales bien ejercitados y con especial rencor contra los ingleses. Acometida desde aquella base Inglaterra por las fuerzas españolas sería vana la resistencia <sup>1</sup>.

El capitán Bantista Plati, ingeniero milanés de gran reputacion, que fué de los comisionados por el Rey para

<sup>1</sup> Estrada.



reconocer las costas y levantar planos, juntamente con el coronel William Semple, se inclinaba á promover ante todo una diversion por Escocia, incitando al Rey á la venganza del suplicio de su madre, proveyendo á los nobles de recursos con que armar las gentes que tenian prevenidas, y empezada por alli la guerra, acometer la isla de Wight, cuya traza traia, procurándose con su puerto una buena base de operaciones para la armada que asegurase la invasion <sup>1</sup>.

Alejandro Farnesio, grande en todas sus acciones, no fué ménos ingenuo al emitir el parecer que se le pedia proponiendo *que se echase todo el resto* contra las islas de Holanda ántes de intentar la empresa de Inglaterra <sup>2</sup>. Exponia la incapacidad de los puertos de Flándes para recibir bajeles de tanto porte como eran los que iban á salir de España, observando que sólo el de Flessingue era capaz de abrigarles, y por ello, no sólo necesario, sino forzoso, ocuparlo y poseerlo ántes de arriesgar la armada en mares peligrosos y sembrados de bajíos, porque las empresas en que se interesa la hacienda y la reputacion, conviene no intentarlas por un solo camino como las leves, que si se yerran, fué poco lo que se perdió emprendiéndolas, sino prepararlas para volver segunda y tercera vez á la demanda, como lo hizo César. Se obligaba, ayudándole por mar, á ganar aquella plaza y puertos, con lo cual á un mismo tiempo y con sólo un gasto se aseguraba la jornada de Inglaterra y se

<sup>1</sup> Apéndice G.

<sup>2</sup> Coloma.—Estrada.—Bentivollo.—Herrera.—Cabrera de Córdoba.

tomaban en la mano las riendas de los estados rebeldes.

Por último, el iniciador de la acometida, D. Álvaro de Bazan, en consonancia con los anteriores pareceres, instaba á que se mirase con atencion como se echaba á la mar una armada en que habian de navegar las fuerzas del imperio español, pues á su juicio, para la ejecucion del pensamiento del Rey, tan distinto del suyo, precisaba, en verdad, algun puerto, fuera en Irlanda, fuera en Holanda ó Zelanda, inclinándose más por los últimos <sup>1</sup>.

Estuvo dudoso en la resolucion el Rey, hallando tanta variedad en los pareceres, cuya autoridad y peso, al decir de historiadores modernos, que no indican la fuente de la noticia, hizo notar á D. Felipe el consejero de toda su confianza, D. Juan de Idiaquez, instándole á seguirle, más no faltando en la corte otras personas animadas de ruines pasiones, insinuaron que el Marqués de Santa Cruz, ofendido del papel secundario que le tocaba en la campaña, procuraba dificultarla <sup>2</sup>, y que el Duque de Parma encaminaba el discurso á dilatar la guerra y perpetuar con ella su antoridad y mando en los Países Bajos, con miras acaso más altas <sup>3</sup>, siendo evidente que la rebelion acabaria desde el momento en que le faltára el apoyo de Inglaterra que la sostenia.

Como es fácil persuadirnos á lo que deseamos, el Rey, instado ademas por el papa Sixto V, que ofrecia contribuir

<sup>1</sup> Estrada.

<sup>2</sup> Propalaba esta suposicion D. Alonso Martínez de Leiva, esperando le dieran el mando de la armada, que ambicionaba. Cabrera de Córdoba.

<sup>3</sup> Idem.

á los gastos de la expedicion con un millon de escudos de oro luégo que se le diese la nueva de que la milicia española habia puesto el pié en la isla, pensando que tomar algun puerto allí ó en otra parte era negocio largo; que cuanto se diese á la dilacion se daria al enemigo para prevenir la defensa, y que en todo caso la cuestion habia de reducirse á una sola batalla; mortificado por las averías que habian sufrido los galeones en el viaje á las Azores, amonestó sériamente al Marqués de Santa Cruz que activase los aprestos y no fuera causa de perder la oportunidad con nimia circunspeccion<sup>1</sup>, ordenando juntamente á Farnesio la rápida disposicion del ejército de Flandes y las embarcaciones de transporte.

Con esta orden terminante se cortó el bosque de Was, emprendiendo la construccion de ciento treinta barcones, cuarenta filipotes y algunos navíos de hasta doscientas toneladas, limite de capacidad que, por el calado correspondiente consentia la barra de los puertos, y se hacian con tal presteza, que no se creyera ser fábrica de humanas manos; casi todas las barcas eran de carga, con disposicion de recibir caballos, artillería de sitio y tren de puentes, y simultáneamente se abrian canales en la tierra firme uniendo los rios á fin de llevarlas por Gante y Brujas hasta Neoport, sin que pudiera ofenderlas la artillería de los holandeses, siendo obra de tanto ingenio como costa<sup>2</sup>.

El ejército se organizó en tercios y regimientos, as-

<sup>1</sup> Estrada. — Cabrera de Córdoba.

<sup>2</sup> Coloma. — Estrada. — Bentivollo. Estos autores apuntan los nombres de los jefes y el pormenor de las tropas.

cendiendo á treinta mil hombres de infantería y mil ochocientos caballos escogidos; de los primeros, siete mil españoles, mil doscientos irlandeses del regimiento de Stanley y los demas italianos, alemanes y walones, incorporándose por la fama de la jornada y del caudillo muchos nobles y grandes Señores de España, Italia y otras partes, entre ellos Cárlos de Austria, Felipe de Lorena, Juan de Médicis, Amadeo de Saboya y Octavio de Aragon. Ann de Africa fué un hijo del rey moro, y así, con razon, escribe Coloma que no habia memoria de haberse visto tanta y tan lucida nobleza en los Estados-Bajos, desde que Cárlos V renunció los reinos.

Acampó este ejército, provisto de artillería y municiones, en los contornos de Dixmuda y Brujas, donde tenía Alejandro su cuartel general, esperando para embarcar la conclusion de la fábrica de los bajeles y el aviso de la llegada de la armada católica, que habia de levantar el bloqueo establecido por los holandeses con escuadra de cincuenta navíos, muy bien armados, al mando de Justino de Nassau, hijo bastardo del Príncipe de Orange.

En España no avanzaban los aprestos á medida de los deseos del Rey, que, desatendiendo las justísimas observaciones del Marqués de Santa Cruz, queria que de cualquier modo se hiciese á la mar, bien ó mal dispuestas las naves, con tal *que no se aventuráran totalmente*<sup>1</sup>. Tras de repetir los despachos con frases impacientes y embozadas inculpaciones, comisionó al Conde de

<sup>1</sup> Cabrera de Córdoba, que continúa diciendo calumniaba la intencion y diligencia del Marqués, D. Alonso de Leiva, deseoso de ir él con la armada, t. III, pág. 267 y 273.

Fuentes á que fuese á Lisboa, inspeccionase y diese calor á los trabajos, fiscalizacion que no pudo sufrir la delicadeza del capitán general, ya trabajado por el desvelo y continua ocupacion. Falleció con sentimiento general, de que participó el Rey tanto más, cuanto llegó á su noticia que la voz pública le suponía causante de la muerte <sup>1</sup>.

No apreció, sin embargo, D. Felipe en toda su extension la pérdida de aquel hombre que tantas páginas gloriosas había dado á la historia de España, ni le preocupó un instante su reemplazo en la direccion de la empresa que traía entre manos; desde el momento en que supo la enfermedad del Marqués, sin esperar el fin, hizo que D. Juan de Idiaquez escribiera en su nombre al Duque de Medina-Sidonia, diciendo que había puesto los ojos en él para encargarle la jornada, sin dilatar la salida.

Los historiadores coetáneos, copiados sin reparo por los sucesivos hasta nuestros días, estiman que, siendo el Duque inexperto en la mar, fué, no obstante, elegido para el mando de la armada por los merecimientos y autoridad de la ilustrísima casa de los Guzmanes, atendiendo al entusiasmo con que se habían alistado como aventureros y aventajados en los galeones, los Grandes, los mayorazgos, la flor de la nobleza de España, que difícilmente hubiera aceptado otra cabeza, y realmente no eran de despreciar el concurso voluntario de tan lucida gente, el refuerzo que aportaba y la influencia que en

<sup>1</sup> Apéndice II.

el ánimo del soldado naturalmente ejercía participando de las penalidades de la navegacion.

Cabrera de Córdoba, eco de la Corte, apunta que faltaba al Duque esperanza, por no haber dado lugar su grandeza á alcanzar por sí lo que otros que, de pequeños, ascendieron á cargos de tanta autoridad, mas era prudente y dócil, y sabia con discrecion y buen entendimiento seguir los pareceres de tantos valerosos capitanes como iban en la armada. Herrera señalaba únicamente como influyentes en la eleccion las condiciones de *prudéntísimo y benignísimo* que poseía el Duque, y es muy posible que no dejara D. Felipe de pesarlas, dado el carácter dominante y vidrioso de Alejandro Farnesio, tomándolas por garantía de la sumision del primero y de la unidad de accion, por tanto, en las funciones de mar y tierra. Con todo, hubo á mi juicio otras causas que obraron en la designacion de la persona en cuyas manos iba á ponerse con la suerte de Inglaterra la reputacion de España; causas misteriosas sin las que no encuentra explicacion la deferencia, la debilidad mejor dicho, con que un Rey tan severo sufrió las genialidades y torpezas que iban apareciendo <sup>1</sup>.

Conocida la voluntad del Soberano de honrarle con el

<sup>1</sup> « Fué su severidad de manera que temblaban todos en su presencia, áun los más validos, y se turbaban los más doctos, y áun enmudecian..... Decia el Duque de Alba que el Rey le enviaba á conquistar reinos arrastrando las cadenas y los cepos. Tanta era la aeveridad de Phelipo » — Parreño. *Los dichos y hechos del Rey Phelipe II*, pág. 35 y 37. « Nel mondo alcun Principe fu più di lui severo, ma non tiranno, ancorche tale venisse qualificato dà Protestanti. » Gregorio Leti, *vita di D. P. Giron*, t. I, pág. 377.

puesto que habia servido con tanto brillo el Marqués de Santa Cruz, con ingenuidad de que habrá pocos ejemplos, se confesó, al contestar, incapaz de gobernar la armada por inexperiencia en las cosas de la mar y de la guerra, que no habia visto ni tratado, y tanto por el amor que tenía al servicio de S. M., decia, como por conciencia y obligacion, habia de manifestar que no trataba de embarcarse, ya que daria mala cuenta de lo que se le confiara caminando en todo á ciegas y guiándose por el parecer de otros, que podria ser bueno ó malo. La salud le ofrecia mayor inconveniente, porque en los bajeles se mareaba, y no era pequeño el del estado de la hacienda, tan pobre y empeñado, que *no tenía un real que gastar en la jornada* <sup>1</sup>.

El Rey creyó, sin duda, tan exagerada y modesta la exposicion de condiciones personales como lo era la del caudal; fiaba sobre todo en la docilidad que obraria la inexperiencia á favor del Consejo que pensaba poner á su lado; en la sangre guzmaná, ganosa de ocasiones con que reverdecer las glorias de la casa, y en el buen efecto de la eleccion entre los de la armada; así en el momento de saber la muerte del Marqués de Santa Cruz, sin darse por entendido de los fundamentos de excusa, ordenó al Duque se pusiera sin dilacion en camino de Lisboa, haciendo las mayores jornadas, en la inteligencia de que allí encontraria las órdenes oportunas para que todo estuviera á punto y se hiciese á la vela la armada el día 1.º de Marzo, y D. Alonso, sin insistir en la

<sup>1</sup> Docum. núm. 53.

renuncia, limitóse á escribir que habiéndose confesado con Su Majestad, y cumplido con la conciencia, obraria deseoso de merecer la alta merced que le hacía fiando tanto de él <sup>1</sup>.

Le agradeció mucho D. Felipe que, haciendo el sacrificio de su reposo, fuera á servirle en la jornada, repitiendo que de tal manera consideraba la importancia, que á no ser menester su persona en el reino, así para atender á ella como á otras muchas cosas desde la Corte, holgára hallarse en la ocasion y lo hiciera con gran confianza de que habia de sucederle muy bien, y aún escribió en *post data* de su puño: «Muy confiado estoy que con vuestro gran celo y cuidado os ha de suceder todo muy bien, y no puede ser ménos en causa tan de Dios como ésta, y con esto y con lo que aquí se os dice, no hay por qué lleveis cuidado de nada, sino de lo que tocáre á la jornada, que sé el que tendréis <sup>2</sup>.

En 21 de Marzo se le expidió el título de capitán general de mar Océano, con retencion del de las costas de Andalucía que tenía antes, concediéndole las mismas atribuciones y sueldo que gozaron D. Alvaro de Bazan y D. García de Toledo; y aunque por separado, se le hizo merced de veinte mil ducados de ayuda de costa y se le acordó autorizacion de repartir dos mil más en ventajas y entretenimientos, le pareció que no se le daba mucho <sup>3</sup>.

Los preparativos de su casa, contra la prevencion del

<sup>1</sup> Docum. núm. 60.

<sup>2</sup> Docum. núm. 65.

<sup>3</sup> Idem 74, 77, 84, 87.



Rey, le entretuvieron casi un mes : no llegó á Lisboa hasta el 15 de Marzo, siendo lo más grave que, lejos de hallarse la armada á punto como se le decia, y en disposicion de dar la vela en el momento, á su parecer todo estaba mal repartido, habia que aligerar unas naos, poner más carga en otras, disponer la artillería en todas, adquirir pertrechos, pólvora, municiones, distribuir la gente, procurar pipería.....

Tuviérase por censura al Marqués de Santa Cruz declaracion tan distinta á la del experto marino, que habia fijado para el 15 de Febrero la salida de la armada, si los despachos sucesivos no dieran la clave de la diversidad de pareceres. Don Álvaro de Bazan disponia sesenta y cinco naves y no queria que lleváran ni más ni ménos de 16.500 hombres de tropa, y hombres y naves parecian corta cantidad al Duque de Medina Sidonia. No teniendo la franqueza de decirlo desde un principio, con pretextos dilatorios pedia uno y otro día el acrecentamiento, respondiendo á las apremiantes comunicaciones del Rey, que ordenaban no perder hora de tiempo, con seguridades de no haber persona que más que él deseara ver en la mar los bajeles, que visitaba uno por uno reconociendo los viveres, examinando la vasijaería, previniendo el negocio de los asentistas con impropio trabajo y movimiento continuo. Don Felipe, consumido de impaciencia, accedia á las peticiones, pasaba por los pormenores sin importancia que llenaban las cartas del capitan general; lisonjeaba y estimulaba su amor propio permitiendo le escribieran en su nombre que *todo lo acierta quien tiene tal celo y tanta*

*prudencia*<sup>1</sup>; acusaba recibo de las comunicaciones en que daba cuenta con satisfaccion el Duque que una santa priora de Lisboa<sup>2</sup> y un monje grave le predecian la victoria; y que el prior de Saulúcar, que llevaba en su compañía por confesor, queria que S. M. hiciera recomendacion secreta al nuncio de S. S., y extendia la benignidad soberana hasta suplir las atribuciones desconocidas del general, encargando el embarque en la armada de pilotos prácticos de los mares del Norte, que á reserva de servir á su tiempo, en consejo formáran previamente derrotero y cartas para distribuir á todas las naves; que fijára lugares de reunion, dado el caso de dispersarse con temporales, con otras infinitas prevenciones que al parecer escapaban á la prevision del jefe. Se hicieron, por contentarle, nuevas levás de soldados en Extremadura, Castilla y Portugal; se agregó á la armada la escuadra de Andalucía, enviando gruesas sumas que llevar de respeto, pues que decididamente sin ellas no salia; se razonó extensamente la negativa única de que no fuera tambien, como deseaba, la escuadra de galeras de España, y en todo esto se consumieron noventa dias, ó sea hasta el 30 de Mayo, con las raciones correspondientes á personal tan numeroso.

Ciertamente cubia en el Duque la vanagloria de haber logrado reunir la armada más imponente que hubiera surcado jamas el Océano: 130 naves que medían 57.868 toneladas, armadas con 2.431 piezas de artille-

<sup>1</sup> Docum. núm. 80, 108. Deben examinarse desde el 56 en que empieza el mando del Duque.

<sup>2</sup> Apéndice 1.

ria, conduciendo más de 30.000 hombres de mar y guerra, obedecían sus órdenes <sup>1</sup>. Se dividía en escuadras con nombres de la localidad en que se habían formado. La de Portugal, al mando inmediato del Duque, se componía de doce hermosos galeones de la Corona que anteriormente habían navegado siguiendo la insignia de don Álvaro de Bazan, siendo el *San Martín*, capitana elegida para esta jornada, bajel de mil toneladas y enaren-ta y ocho cañones, la misma con que el egregio Marqués de Santa Cruz consiguó la famosa victoria de las Terceras. Juan Martínez de Recalde, gran marineró, llevaba el cargo de almirante general, con el peso de la dirección técnica, y tenía además á su cuenta la escuadra de Vizcaya, compuesta de diez naos escogidas y cuatro patajes. La escuadra de Castilla, de catorce naos, regía Diego Flores de Valdes, jefe que fué de la expedición al estrecho de Magallanes en 1581. Pedro de Valdes, soldado bizarro que militó con Bazan, llevaba la escuadra de Andalucía, la última que se organizó, y la más igual en porte y fuerza de los diez galeones y naos de que constaba. La escuadra de Guipúzcoa, de doce naos, iba á cargo de Miguel de Oquendo, otro de los primeros marineros de su tiempo. Martín de Bertendona, bilbaíno, que en combates y navegaciones tenía ganada muy alta reputación, gobernaba la escuadra llamada *Levantisca*, por ser formada de diez naos de Italia, Venecia y Ragusa. La escuadra de las urcas, convoy pesado á que habían dado contingente las construcciones del Norte de

<sup>1</sup> Documentos 109 y 110.

Europa, juntamente con las del Mediterráneo, con veintitres vasos, dirigia Juan Lopez de Medina. Don Antonio Hurtado de Mendoza, despues relevado, recibió el mando de la escuadra ligera de veintidos zabras y pataches. Cuatro galeazas de Nápoles, de gran fuerza, gobernaba D. Hugo de Moncada, caballero catalan, digno de su apellido, y cuatro galeras de Portugal, llevadas como auxiliares, tenian por cabo á D. Diego Medrano, capitán valeroso.

En la infantería se contaban: el tercio de Sicilia, mandado por D. Diego Pimentel; el de Flándes, de D. Francisco de Toledo; el de Nápoles, de D. Alonso de Luzon; el de los galeones de Indias, de Nicolas de Isla; y el de D. Agustin Mejía, amén de las compañías sueltas y de los dos que levantaron en Portugal Gaspar de Sosa y Antonio Pereira, formando el Estado mayor general D. Alonso de Leiva, anteriormente capitán general de las galeras de Nápoles, destinado secretamente por el Rey para sustituir al Duque de Medina Sidonia en caso de accidente; D. Francisco de Bobadilla, maestre de campo general, veterano de las Terceiras, y hombre de gran experiencia en mar y tierra, con otros entendidos jefes que en la relacion general se especifican.

Como voluntarios, con plaza sencilla de soldados, ó como aventureros y entretenidos, embarcaron más de trescientos caballeros, no sólo de la nobleza de España, mas tambien de otras naciones amigas, y aun de Inglaterra, Irlanda y Escocia; capitanes, alféreces y sargentos reformados; religiosos é hidalgos. Son de citar entre tantos, el

Príncipe de Áscoli <sup>1</sup>, un hermano del Duque de Saboya, Tomás de Granvela, Enrique Brenne, capitán alemán; Manuel Paleólogo, Pablo Siglerio; Martín Cortés, hijo del conquistador de Méjico; Lope de Vega Carpio, con más de seiscientos criados entre todos, llevando galas y joyas sin número que lucir en la victoria que tenían por segura <sup>2</sup>.

Pasada nuestra de la gente, que era por entónces operación prolija y delicada, por las precauciones que contra el fraude, sin destruirlo, se adoptaban, se celebró con gran solemnidad la bendición y entrega del estandarte Real de la Armada, acudiendo á la iglesia mayor de Lisboa el Cardenal archiduque, como gobernador de aquel reino, con lucidísimo séquito, para dar por su mano al Duque la régia insignia en que se ostentaban las figuras de Jesucristo y de la Virgen María sobre las armas. Se llevó en procesion el estandarte de S. M. <sup>3</sup> hasta la capitana, saludándolo la artillería de naves y castillos, y los mosquetes y arcabuces de la infantería, escuadronada en las plazas y calles de la carrera del cortejo, dando contento el brillo de los coseletes y morriones de los soldados, el colorido de las banderas, de las plumas y ban-

<sup>1</sup> Antonio Luis de Leiva, que algunos dicen era hijo natural de Felipe II.

<sup>2</sup> Herrera, tercera parte, lib. iv, publica lista con variantes de la de Simánacas, poniendo la naturaleza de varios de los caballeros.

<sup>3</sup> Documentos 103, 159; Cabrera de Córdoba, t. III, pág. 291. Tengo noticia de un folleto anónimo que existe en la Biblioteca de Venecia, donde se describe el estandarte. Parece que sobre la imagen de Jesucristo crucificado había inscripcion en latin que decía: *Defende, Señor, tu causa*, y sobre la de la Virgen María, *Muestra que eres Madre*. Carta del Sr. E. Teza, de Pisa, á D. Eduardo Saavedra.

das de los capitanes y las colgaduras de las ventanas, no ménos que en el río el bosque de los mástiles engalanados con tantas flámulas y velados á intervalos por las nubes del humo de las salvas; espectáculo grandioso sólo comparable con el que á los pocos días ofrecia la armada misma abandonando las aguas sosegadas del Tajo, cubriendo de lona el espacio visible; simulando una ciudad que caminaba, á la media luz del crepúsculo matutino.

Era el 30 de Mayo de 1588, fecha en que escribió el Duque de Medina Sidonia avisando al Rey lo que tanto habia deseado, y oportunidad que consideró excelente para decir de paso, no habia querido hasta entónces insinuar lo servido en esta máquina, habiéndola hallado tan atrasada y ruin y no contando con auxilio en el personal de los ministros de S. M., que no creyó verla en tal estado en un año. Bien sería, por tanto, y ya que no queria hacer mala obra á nadie, recordára S. M. que se privaba del descanso y quietud de su casa por servirle con amor, y tuviera en la memoria á los hijos que abandonaba tan pobres, siendo tiempo de hacerles merced y honra <sup>1</sup>.

Dejando por el momento á las naves agrupadas en las escuadras respectivas, en principio del viaje, por cuyo buen suceso se elevaban preces en todos los templos de España, segun órden expresa del soberano <sup>2</sup>, veamos el objeto real del armamento.

<sup>1</sup> Docum. núm. 114.

<sup>2</sup> « Se hicieron en estos reinos las más extraordinarias plegarias y devociones que yo he visto jamas. » Sigüenza, *Tercera parte de la Hist. de la Orden de San Jerónimo*. — Cámara, *Vida y escritos del beato Alonso de Orozco*.

Las instrucciones de Felipe II comprendían la navegación, el combate y el desembarco, formando pliegos ostensible y reservado <sup>1</sup>, amén de las prevenciones sueltas que no afectaban al plan de la empresa. Prevenían ante todo la union de los bajeles mantenida con los medios de la enseñanza náutica, por la cual, en la contingencia de temporales ú otros casos fortuitos de la mar, habian de señalarse dos puntos de reunion á los dispersos: uno, en las inmediaciones de la Cornúa ó cabo de Finisterre; es decir, en la extremidad septentrional de la península Ibérica; otro, en las islas Sorlingas, extremidad meridional de Inglaterra, límites que fácilmente podian alcanzarse en la travesía con tiempos forzosos de uno ú otro polo. En lo normal, habia de ir directamente la Armada al Canal de Inglaterra; enviar con frecuencia y precaucion avisos al Duque de Parma, y no hallando obstáculo, asegurar el paso de su ejército, aumentar el contingente con seis mil hombres de la Armada, situarse con ella á la boca del Támesis, auxiliar las operaciones y mantener la comunicacion con los puertos de Flándes. Si el enemigo procuraba diversion dirigiendo escuadra hácia las costas de España, no habia de hacerse cuenta de ella, siguiendo sin inquietud el camino trazado.

Podría suceder que la Armada inglesa estuviera reunida á la boca del Canal; ó que una parte mantuviera este puesto, y otra se hallára más arriba, fuera con objeto de guardar mejor las costas ó con el de batir á la

<sup>1</sup> Docums. 94, 95, 96.

española entre dos fuegos; en cualquiera de los dos casos debia estar meditada la disposicion de las naves, y en el primero acudir sin vacilacion y destruir la fuerza separada. El combate se libraria tambien en la eventualidad de que el enemigo siguiera la Armada, acercándose, y de cualquier modo, procurando estorbar la marcha, junto ó separado, en el nombre de Dios se le daria la batalla. En ésta quedaba al criterio del General libre accion, con presencia de las circunstancias, advirtiendo que por la superioridad del enemigo en el manejo de la artillería, su designio habia de ser mantenerse á distancia, y el nuestro embestir y aferrar, por la ventaja en este género de ataque. La armonía y buena correspondencia con el Duque de Parma era objeto de recomendacion especial, señalando las consecuencias que en ocasiones semejantes ha ocasionado la desunion de las cabezas, y «porque las victorias son dón de Dios, y Él las da y quita como quiere», encargaba que la conducta de la gente tendiera á merecerla y en todo mirára el Duque «que no habia querido poner negocio de tanto peso en otras manos que las suyas, por la confianza que siempre hizo de su persona.»

No cabe nada más meditado, claro y preciso que esta instruccion, al final resumida en una sola frase: «el pelear en la mar, que á la verdad es la sustancia, es lo que habeis de hacer por vos solo.»

La instruccion secreta, redactada para el caso infortunado de no conseguirse el paso del ejército de Flándes á Inglaterra, ordenaba el intento de ocupar la isla de Wight para recoger la Armada y tener puerto seguro



desde donde se hicieran los efectos descados, obrando de acuerdo con el Duque de Parma.

En las instrucciones parciales estaba prevenido que ninguna determinacion de importancia se adoptara sin audiencia del Consejo, compuesto de los más experimentados generales, y más adelante se despacharon al Duque otras enareciendo la conveniencia de tomar un puerto en la costa de Inglaterra, y á ser posible, con preferencia el rio de Londres; mas esta orden, fechada á 7 de Agosto, no pudo llegar á su destino. De las anteriores escribió el Capitan general á S. M. aplaudiendo la forma del mandato y asegurando su exacto cumplimiento <sup>1</sup> por tener estudiados y previstos los casos que pudieran ocurrir en el encuentro de enemigos, y parecerle, como á los generales de la Armada, con los que habia tratado la materia, que ántes que por tierra se intentara nada convenia romper la Armada enemiga, y esto se haria con el favor de Dios, si osaban aguardar, como siempre sucedió topando ellos con fuerzas españolas. En cuanto á lo demas, vencida la fuerza naval de Inglaterra, tenía por fácil la conclusion de la jornada.

Esta creencia, general en España, no carecia de fundamento, reconociéndolo los historiadores ingleses que con imparcialidad han tratado de los sucesos, como ha de verse; mas ántes, porque en los estudios históricos lo pequeño como lo grande debe esclarecerse, no es ocioso investigar la razon de los cargos de vanidad y

<sup>1</sup> Docums. 98, 113, 160.

arrogancia que con epigramas nos han hecho algunos por el adjetivo hiperbólico de *invencible* aplicado á la Armada.

Los documentos que acompañan al presente escrito muestran la seriedad con que el Rey de España preparó la expedición, firmemente resuelto á satisfacerse de las injurias que habia recibido, pero con la nobleza del fuerte y la conciencia del que ántes ha agotado los medios de conciliación. En las órdenes, instrucciones, cartas ó cédulas no hay altivez en la frase ni presunción en el éxito; ni se desprecia la fuerza del enemigo, ni se encomia la propia; D. Felipe las considera en condiciones, en práctica, en disposición relativa, como el político y el militar han de considerarlas siempre; calcula á sangre fría la cifra y la ocasión con que la suya alcance superioridad, y terminado á satisfacción el plan, pone el efecto en manos de Dios, *que da y quita las victorias como quiere*. La palabra *invencible* no procede, con toda seguridad, del Rey, ni de ninguno de sus servidores por consiguiente, incluso el daque D. Alonso de Guzman, que si no media tanto las suyas, no dejaba, sin embargo, de conocer las reglas de la cortesía. En sus documentos tampoco la usó.

Posible es que entre la gente joven que buscaba la fama en la contienda, se pronunciase en la conversacion familiar; si así aconteció, la procedencia vulgar no autoriza á formular censura sobre base tan débil; ninguno de los cronistas españoles de la época, y no son pocos, nombra á la fuerza reunida en Lisboa de otro modo que *la Armada* ó *la grande Armada*; así la designan

muchos extranjeros <sup>1</sup>, y si en Lisboa se imprimió relacion que la titula *felicitísima Armada*, porque así se designó ántes á la de D. Alonso de Bazan, ni deja de ser vulgar la aplicacion, ni es lo mismo que invencible, dichosa, siquiera haya algo tambien de presuncion en el segundo adjetivo.

En Flándes, donde católicos y luteranos luchaban con la suña peculiar de las guerras intestinas, grabaron los primeros unas medallas alusivas á la Armada, por cuanto habian de sentir su efecto los contrarios, y acaso fueran las manifestaciones artísticas, en que nadie ha pensado, aunque debieron mortificar mucho por entónces á los de Holanda y Zelanda, motivo de la expresion que el sarcasmo de los ingleses nos devuelve injustamente <sup>2</sup>.

La relacion de los bajeles que componian la Armada, toneladas, artillería, pelotería y otros pertrechos, gente de mar y de guerra, etc., publicada, como queda dicho, en Lisboa, se dió tambien á la estampa en Madrid, con otro título más serio <sup>3</sup> y la coleta *que nuestro Señor la encamine en su santo servicio*. Siendo necesarias licencias para la impresion, es evidente que no aparecieron sin gestion de los centros oficiales que poseian los datos estadísticos. La primera circuló inmediatamente en Flándes y en Inglaterra traducida en

<sup>1</sup> Larouse dice que desde entónces se adoptó en toda Europa la voz *Armada* para designar un gran armamento naval.

<sup>2</sup> Apéndice J.

<sup>3</sup> *Relacion verdadera de la Armada que el Rey nuestro señor mandó juntar en la ciudad de Lisboa el año 1588.*

latin, frances y aleman, y dando mucho que hablar, fué desautorizada por Antonio de Herrera, escribiendo <sup>1</sup> :

« La publicacion de aquella escritura, afirmaron los ministros del Rey católico que no se hizo por su consejo, porque declarar al enemigo las fuerzas que contra él se aparejan es amenazalle, y amenazándole, darle lugar y despertarle para que se prevenga, sino que algunos padres religiosos, deseosos de dar ánimo á los católicos, la hicieron, y otros dicen que con artificio é industria fué hecha y publicada por los mismos ingleses para el efecto que consiguieron, y á esto se da más crédito, porque nunca se ha podido averiguar qué religiosos fueron éstos y los ingleses siempre usaron de semejantes astucias, y ellos abiertamente culparon dello á D. Bernardino de Mendoza, embajador del Rey católico en la corte de Francia, para que se diese más crédito á la escritura, la cual siempre negó D. Bernardino de Mendoza y afirmó no haberla hecho ni sabido della. »

Estaban preparados otros papeles que no habian de salir á luz hasta el momento en que sentára pié en Inglaterra el Duque de Parma; el principal una Bula de Sixto V, renovando las excomuniones de sus predecesores contra la Reina Isabel, declarando que la Armada del Rey Católico no iba á oprimir con las armas aquellos Estados, sino solamente á poner en libertad la isla y religion tiranizadas, sin mudar ley ni quitar bienes, y ofreciendo grandes indulgencias á los que ayndasen á tan santa empresa. El doctor Allen, investido con la púrpura cardenalicia y

<sup>1</sup> Tercera parte de la *Hist. del Mundo*, lib. iv.

el cargo de Legado apostólico, á petición de D. Felipe, acompañando á Farnesio, había de circular esta Bula, que conformaba con el manifiesto del Rey Católico <sup>1</sup>.

No puede desconocerse que sin consulta y aprobacion de D. Felipe no se hubieran redactado é impreso en Flándes las excitaciones del Cardenal á sus compatriotas católicos, ni cabe dudar que los conocia el Duque de Parma, gobernador de aquellos estados. La negativa de Herrera tampoco convence; los impresores de Lisboa se hubieran guardado bien de estampar sin autorizacion del Archiduque aquella *Relacion*, formada á ciencia cierta por los Contadores del Duque de Medina, y casi casi con seguridad presumo que ántes de reimprimirla en Madrid, la pluma ejercitada del monarca pasó sobre la palabra *felicísima* aplicada á la Armada y agregó la jaculatoria que la última tiene. Lo cierto es, repetirlo no importa, que ni en documentos oficiales, ni en escrito de los cronistas ó historiadores del tiempo, aparece el adjetivo ridiculizado, y bueno es recordar que algun escritor inglés, nada circunspecto, ha consignado que «el Cónclave del Vaticano, Su Santidad el Papa, cardenales, curas, frailes y jesuitas, fueron los que declararon *invencible* á la Armada» <sup>2</sup>.

Que el Rey de España no tenía ideas de conquista ni aspiracion al ensanche de sus dilatados dominios, se prueba con la embajada que envió al de Escocia ofreciéndole, con la ocasion de vengar la muerte de su ma-

<sup>1</sup> Apéndice K.

<sup>2</sup> *Barrow's Life of Drake*, pág. 144.

dre, la corona de Inglaterra, y sobre todo, con la instrucción secreta escrita para gobierno de Alejandro Farnesio <sup>1</sup>, declarando daba por bien empleados los gastos y fatigas si se conseguía en Inglaterra, cuando ménos, el libre ejercicio de la religion católica. Pero á la Reina y á sus ministros no convenia de ningun modo que semejante idea influyera en los ánimos; al decretar los aprestos de defensa anunciaron, por lo contrario, al país, que la Armada intentaba la conquista absoluta, con repartimiento de bienes, que no á otra cosa iban tantos nobles y señores como publicaban las *Relaciones*; de éstas sacaron el partido que la habilidad les sugeria y con propósito de hacer más odiosa la tiranía á que D. Felipe los aparejaba, escribieron folletos con relacion de las barbaridades que los españoles habian perpetrado en Holanda y América, acompañando pinturas y descripciones de los horrores de la Inquisicion y de sus instrumentos de tortura, de que se inventaron modelos para colocarlos en las puertas de las iglesias, con advertencia de que la Armada venía bien provista de ellos <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Docum. 96.

<sup>2</sup> Nos archives possèdent trois curieuses ballades anglaises, avec gravures; on y voit les grils, fonets, etc, qu'apportaient les espagnols — Michelet — *Histoire de France*. t. xii, p. 195. — Steinitz, página 198, hace la misma afirmacion. Larrey escribe con seriedad que el objeto de Felipe II fué poner á Inglaterra bajo el yugo de la Inquisicion, y para ello embarcó en la Armada Martin Alarcon, vicario general del Santo Oficio. Henry Martin, *Histoire de France*, dice haber visto papeles ingleses informando al público « que los españoles llevaban orden de pasar á cuchillo hombres, mujeres y niños mayores de siete años y señalar á éstos con hierro candente en la cara para hacerlos esclavos. » Tomo x, pág. 94.

El temor ofusó momentáneamente el entendimiento de los consejeros de la Reina, habiendo de ellos quien propuso como único medio de defensa el degüello general de los católicos del reino, porque, componiendo una mitad, ó acaso dos terceras partes de la población, se había de imponer con ayuda de los españoles <sup>1</sup>. Atenuado al fin tan inhumano recurso con la prision y destierro de algunos miles, se estableció un Consejo militar y fueron llamados á las armas todos los varones de diez y ocho á sesenta años de edad, con proyecto de organizar dos cuerpos de ejército, uno de 36.000 hombres al mando de lord Hundson, y otro de 30.000 regido por Leicester. El primero fué nominal; del segundo llegaron á reunirse unos 15.000 hombres hasta el 15 de Agosto, fecha en que la Armada se hallaba en la mar, y del continente de los ciudadanos repentinamente trasformados en soldados, sin poderse procurar armas con que aumentarlos, no se hacian ilusiones los verdaderos militares, expresando que no resistirian á las tropas veteranas del Duque de Parma <sup>2</sup>.

En la mar alistaron todos los bajeles de la marina real, que eran treinta y cuatro, de ellos, cinco de porte de 800 á 1.100 toneladas; la ciudad de Lóndres aprontó otros treinta y tres; varios particulares, diez y ocho, y acudiendo al embargo se agregaron por un lado cuarenta y tres naves pequeñas y cincuenta y tres de cabotaje por otro, formando un total que varian los historiadores

<sup>1</sup> Camden. — Lingard.

<sup>2</sup> Lingard, iv, 336.

de la época y que en promedio monta á 180 naves de porte de 32.000 toneladas con 18 á 19.000 hombres <sup>1</sup>. El mando en jefe de esta fuerza se confió á lord Howard Effingham por tener el cargo de almirante de Inglaterra, y ser hombre enérgico y resuelto, poniendo á su lado consejeros experimentados, porque en la náutica no era mucho más experto que el Duque de Medinasidonia. Las mejores naos se encargaron á capitanes de confianza, convocando á los que en viajes comerciales, en descubrimientos y en el corso y piratería se había hecho notables, y en tal concepto se designó á Drake como teniente general, y jefes de las escuadras á Hawkins, Forbisher <sup>2</sup> y Seymour.

En el exterior se aplicó la Reina á conseguir ayuda del Turco y del Rey de Dinamarca, sin resultado, pero más afortunada en Escocia, insinuando que Felipe II no había de satisfacerse con la conquista de Inglaterra, sino que emprendería la de toda la isla, movió el irresoluto ánimo de Jacobo. En Holanda y Zelanda halló desde luego disposición á conjurar el peligro común, con el armamento de ochenta naos de guerra destinadas principalmente á vigilar los puertos de Flándes é impedir la salida de la flotilla de Farnesio, y al fin la explosión del patriotismo llevó á los católicos de Inglaterra á ofrecer vidas y haciendas en defensa del territorio, como lo hacían los otros, que tal efecto suelen producir las invasio-

<sup>1</sup> Lediard.—Lingard.—Steinitz.—Enciclopedia británica.—Documento 197.

<sup>2</sup> Forbisher, Frobisher y Fourbyshe le nombran indistintamente los autores ingleses.



nes de extranjeros. Estos mismos católicos, con provision de dinero y armas, bien lo dijeron Stanley y Semple, hubieran obrado de otro modo <sup>1</sup>.

Tiempo es de volver la vista hácia la grande Armada, que desde la boca del Tajo pugnaba con vientos contrarios por ganar camino hácia el Norte. En diez dias de brega se impacientó el Duque, observando la pesadez de marcha y movimientos de las urcas, é hizo desembriamiento de más gravedad en los víveres, tan malos y podridos, que hubo que arrojar mucha parte á la mar por no servir sino de apestar la gente, y en el agua, gastada en tan poco tiempo la que se calculó para tres meses.

Qué fué de la escrupulosidad con que el general en persona habia reconocido los navíos uno por uno; qué fruto habia producido aquella exquisita vigilancia con que excusaba la dilacion de la salida cabia preguntarle, notando la contradiccion de aquellos despachos y los de ahora, en que la precipitacion y la mala fe de los asentistas eran los culpados. Sirviéndole de pretexto para llevar á la capitana con parte de la escuadra á la Cornua, entró en la tarde del 19 de Junio, sin comunicar la resolucion, ni dar orden de ninguna especie, y como durante la noche arreciára el viento, ocurrió que miéntras los jefes de alguna de las escuadras las mantenian atravesadas en espera, los de otras, que vieron fondear á la

<sup>1</sup> La misma opinion tenta Leicester y la expresó sin rebozo en estos términos: «2.000 hombres empleados por el enemigo, con dinero y armas, nos hubieran hecho más daño que el desembarco de 30.000 en nuestro territorio.»

capitana, quisieron imitarla entrando en cualquiera de los puertos inmediatos, y alguno, no descubriendo señal, continuó la navegacion hácia Inglaterra, de modo que al amanecer el día 20 estaba en completa dispersion la Armada y comprometida en parte por haberse declarado temporal del Sudoeste, á juzgar por la direccion de los bajeles, que en documentos no consta.

El Duque se vió en situacion difícil tratando de explicar lo ocurrido, sin que se hiciera manifiesta la verdad. El recurso de exagerar la fuerza del tiempo adelantando su principio, no bastaba á disculpar la desobediencia de las instrucciones Reales, dejando de dar punto de reunion en las proximidades de cabo Finisterre. No fijó para el caso de separacion más que uno solo en las Sorlingas, y como al hacerlo comunicó la orden escrita á los capitanes que incurriria en pena de la vida, declaracion de traidor y perdimiento de bienes el que, apartándose de la capitana, arribára sobre cualquier puerto de España <sup>1</sup>, aislado el Almirante de las urcas, con doce y algunas naos agregadas hizo rumbo al cabo Lizart, esperando allí casi un mes, con gran exposicion de caer en manos de la Armada inglesa, cuyos exploradores la vieron, reconocieron y cambiaron algunos cañonazos.

El hecho probaba, por otro lado, que lo que hicieron las urcas, siendo los buques más pesados, pudo hacer la Armada entera, y ponerse en tres días en Inglaterra, ayudada del temporal, en vez de resistirlo, que es á lo que se vieron obligadas las escuadras más inmediatas al

<sup>1</sup> Docum. 136.

General, por haberlo visto entrar en puerto, resultando un descalabro general de aparejos y la total dispersion dicha.

El Duque escribió, sin embargo, al Rey, considerando providencial que le hubiera ocurrido entrar en el puerto, y encarreciendo las gracias que por ello habian de darse á Dios, porque así no habia sido mayor el accidente, librándose de averías la capitana y las otras naos que la acompañaron, y en su modo singular de ver las cosas, significaba temor de que divulgado el suceso salieran corsarios de la Rochela y apresáran las naves rezagadas, sin poderlo él remediar, ya que quedaba deshecha en una noche la obra de dos años, siendo de precision arbolar y carenar los más de los bajeles, gasto inmenso añadido al de 30.000 ducados diarios que costaba la manutencion de la Armada detenida.

Sorprenderá que algunas horas de mal tiempo produjeran tamaños efectos, si se juzga por lo que en nuestros dias es un buque de guerra; mas preciso es en esto, como en todo, apartar la imaginacion de lo que nos rodea, llevándola tres siglos atras desembarazada, libre y dispuesta á considerar con el hombre, las ideas bajo cuya influencia obraba, y los elementos que por el estado de las ciencias y las artes se ofrecian al logro de sus empresas. Antes se ha dicho que la breve campaña que hizo el Marqués de Santa Cruz á las islas Azores, en espera de las flotas de Indias, maltrató las embarcaciones en términos de aplazar la jornada por aquel año, que era el de 1587; á cada paso ocurría otro tanto, porque con ser la construccion naval española la más perfecta y

reputada entre los pueblos marítimos, esa perfeccion relativa distaba mucho de la absoluta que el genio persiguiese incesantemente.

La ligazon de los miembros del vaso era en aquella época muy endeble; no se le echaba aforro interior, y pendia principalmente de la obra del calafate la impermeabilidad. No habia tampoco diferencias entre naves de combate ó de comercio; todas se aplicaban á la necesidad de momento sin más que añadir ó quitar piezas de artillería, circunstancia que en apariencia ofrecia ventajas al Soberano, ya que sin sostener de continuo marina militar, en ocasiones de guerra se hallaba en aptitud de embargar las naves de sus vasallos y cualquiera de extranjeros que estuvieran en sus puertos, reuniendo de pronto escuadras á medida del deseo.

En realidad carecia el sistema de conveniencia; habia que proveer el aumento de las piezas, hacer obras de emplazamiento, cubierta provisional de alojamiento para la tripulacion aumentada, pañoles en que guardar los víveres y la pólvora; obras perdidas al despedir el bajel, que ganaba sueldo, y de cumplirse las ordenanzas, se indemnizaba al propietario por pérdida ó desperfecto.

El aparejo de impulsión consistia principalmente en dos palos enormes, en relacion con el vaso, que sostenian dos velas de mucha superficie, llamadas *papahigos* mayor y trinquete; á popa y proa, para facilitar el movimiento giratorio, llevaba otras dos velas, mesana y cebadera, y en buenos tiempos dos masteleros volantes, con vela de gavia.

El peso y la fuerza de palanca de los palos contribuia

á debilitar el casco en los malos tiempos en que la mar produce rápidos movimientos, y cuando éstos eran extraordinarios, con el juego de las maderas se salía la estopa de las costuras y la nave se anegaba. Por esto se excusaba la navegacion en invierno, y á cada viaje se calafateaba de nuevo el buque desde la quilla arriba.

Cuanto mayor era la capacidad del bajel, tanto más débil y más expuesto á averías resultaba; así los marineros experimentados estimaban como tipo mejor el navío de cuatrocientas toneladas, en circunstancias ordinarias, y más pequeño en las de mares tormentosas. Los galeones que inventó D. Álvaro de Bazan ofrecían ventaja en los viajes á Indias, por la mucha carga que admitían; no en los mares de Europa, donde el excesivo calado acrecentaba el recelo de los marcanes, no pudiendo abrigrarlos en cualquier puertecillo como los otros.

Durante el temporal que dispersó á esta Armada, en una de las naos grandes se abrieron las costuras, separándose las tablas de modo que entre algunas cabia la mano, y como naturalmente se inundaba, se atribuyó á milagro que lograra entrar en el puerto de Gijón <sup>1</sup>. Otra nao, ya vieja, se abrió en Flándes por hacer salva, yéndose á fondo tan pronto, que se ahogó parte de la gente <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Docum. 142.

<sup>2</sup> La mandaba el capitan Bobadilla, y ocurrió el suceso el año 1574. En el de 1586, viniendo un navio de Sevilla al paraje de Deva, haciendo salva á Nuestra Señora de Iciar, dispararon una de las mayores piezas de artillería, y con su formidable estruendo se abrió el navio y se fué á pique, y excepto cinco hombres, todos se ahogaron, y á los cinco hombres, que asidos de algunas tablas andaban, los recogió un esquife de Motrico.—Isasti, *Historial de Guipúzcoa*.

Con estos datos, indispensables en la apreciación de la jornada de Inglaterra, no causará extrañeza lo ocurrido á la Armada en aguas de la Coruña; lo sorprendente es que en aquellos tiempos, con semejantes embarcaciones, escudriñáran los españoles la figura del globo terrestre, dejando poca cosa que descubrir en estrechos, islas ó bajos á los de las edades sucesivas <sup>1</sup>.

Por desgracia, no pertenecía el noble D. Alonso de Guzman á la familia de osados navegantes que tal cosa hicieron, ántes por verdugo de su fama le puso el azar sobre un galeon en que se marcaba. Desde la Coruña, á 24 de Junio, se determinó á escribir al Rey en prueba de amor y obligado de la conciencia, que pareciendo ser servicio de Dios lo ocurrido, haría muy bien en desistir de la empresa, tomando algunos medios honrosos con los enemigos, en atención á que la fuerza de la Armada era exigua, los víveres escasos, la gente enferma, y de los jefes y oficiales *pocos, ó casi ninguno, que entendiera y supiera cumplir con las obligaciones de sus oficios* <sup>2</sup>.

Y no paró aquí la ofensa que hacía á Recalde, Oquendo, Bertendona, Aramburu, Valdés, Bobadilla..... á la flor de la milicia española de mar y tierra, á la milicia misma; pues que tres días despues, el 27 de Junio, pretendió, que reunidos en Consejo los mismos á quienes ultrajaba secretamente, sancionáran el singular parecer remitido al Soberano, presentando mañosamente la pro-

<sup>1</sup> En mis *Disquisiciones náuticas* se contienen noticias extensas de la conformación, armamento y demas circunstancias de las naves de esta época.

<sup>2</sup> Docum. 129.

posicion, anticipando el discurso é iniciando la discusion por la palabra del veedor <sup>1</sup>, á quien no correspondia, porque fuera eco de la suya.

No podia ser dudoso el acuerdo : desentendiéndose de lo que no importaba á los generales, convinieron en que debia reunirse la Armada en la Coruña y continuar el viaje con gran seguridad y á negocio hecho, estando, como estaba, el ánimo de la gente contento y con la cierta esperanza de victoria. Pedro de Valdés se singularizó alegando el conocimiento que tenía de las cosas de Inglaterra, para decir que, aunque no se reuniera la Armada entera, con los bajeles que estaban en este puerto y en los próximos habia fuerza suficiente con que ir al Canal; pero tenía por cierto que ántes se incorporarian todos ó los más que faltaban, pues que la tormenta pasada no fué muy forzosa. Pidió que su voto se escribiese y se mandase al Rey con los otros, peticion que contrarió mucho al Duque, por cuanto no habia medio de negarla <sup>2</sup>.

Illegaron á manos de Felipe II en estos documentos las pruebas de incapacidad é irresolucion del Duque, suficientes para convencerle de la verdad con que habia dicho que no daria buena cuenta de lo que se ponía en sus manos. Véase al mismo tiempo comprobado en los despachos que el consejo es inútil para el que no quiere oirlo y que, sobreponiéndose el temor á la reflexion, podria dictar resoluciones de irreparables consecuencias.

<sup>1</sup> Empleo análogo al de intendente.

<sup>2</sup> Docum. 131.

Sin embargo, ni dió el Rey señal de la entereza de su carácter relevando en el acto al General que se permitia poner á discusion las órdenes recibidas, ni mostró siquiera desagrado por la detencion que siguió al descalabro de la Armada. En el estilo ordinario, sin cargo, sin reconvenccion, como si nada particular hubiera acaecido, acreditando más que alguna influencia secreta obraba en su mente con relacion á D. Alonso de Guzman, escribió á 5 de Julio <sup>1</sup> que no desistia de la empresa por lo sucedido, ántes se hallaba dispuesto á llevar en todo caso adelante lo comenzado, venciendo las dificultades que se atravesáran, en cuyo concepto, recogiendo las naos dispersas, reparándolas *volando*, dejando las que no pudieran seguir, fueran catorce ó quince, habia de continuar la jornada, despachando, en tanto, correo diario de lo que el apresto adelantaba.

Hubo de resignarse el Duque en cuanto á la salida; no así en la disminucion de naves, volviendo al sistema de las dilaciones de Lisboa, por cuanto, muy al contrario, pretendia que los buques y los soldados se le acrecentasen sin límite. Acudió entónces D. Felipe á la recomendacion particular de los Consejeros de la Armada, que le proporcionaron más datos de las condiciones personales del caudillo. Oquendo, Valdes y Recalde <sup>2</sup>, dispuestos hasta el sacrificio, insinuaron con circunspeccion que de poca cosa servia la gestion de cada uno y de todos para contrarestar la obstinacion caprichosa del

<sup>1</sup> Docum. 134.

<sup>2</sup> Docums. 132, 133 y 140



Duque, murmurada ya de la gente; que el segundo se veía maltratado por el parecer que emitió en el Consejo, y respecto á la marcha, que sentía mucho el Capitan general la prisa que S. M. le daba.

Con estos informes volvió á escribirle el Rey manifestando satisfaccion de que no se hubiera perdido ningun bajel, «no siendo nuevo que pusiera diligencia tan grande en cosas del servicio, pues vivía seguro de lo mucho que por él se desvelaba»<sup>1</sup>. Á descargar su trabajo enviaba á la Coruña al secretario Andres de Alba, con órden de entender en los aprestos y asistir á las juntas de la Armada con los Consejeros, y fué el mejor acicate en el movimiento, iniciado, por fin, el 22 de Julio, ó sea á los treinta y dos dias de la entrada, componiendo en total ciento veintidos la demora causada por el Duque.

Iba la Armada esta vez mejor dispuesta que cuando salió de Lisboa, reemplazados los enfermos, añadidas algunas carabelas con víveres, la gente contenta y animada, ansiando combatir. El viento favorable la puso en ocho dias á la vista de Inglaterra, sin que faltáran más que las cuatro galeras, embarcaciones abiertas poco á propósito para navegacion de golfo y que, hostigadas de la mar, tuvieron que arribar sobre la costa de Francia<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Docum. 146.

<sup>2</sup> Lediard, Leti y Larrey afirman que tres de las galeras entraron en un puerto de Francia por la astucia de un esclavo inglés llamado David Gwinn, que consiguió ayuda de los forzados moros. No he visto nada que confirme tal cosa: las galeras arribaron, obligadas por el tiempo, sobre la costa de Francia; la *Diana* se perdió en Bayona; las otras tres regresaron á los puertos de España, segun consta en los documentos oficiales.

Agrupadas las naos sobre cabo Lizard <sup>1</sup>, arboló el Duque el estandarte del Crucifijo, disparando tres piezas con orden de que todos hicieran oracion, que en prácticas religiosas era muy celoso; convocó despues el Consejo de Generales para deliberar con vista de las noticias sabidas de unos pescadores que apresó el alferez Juan Gil y separadamente habian declarado que en el puerto de Plymouth <sup>2</sup>, á seis leguas de la Armada, se encontraba la de la Reina de Inglaterra, compuesta de sesenta naos, al mando del gran Almirante, habiendo pocos dias que se le habia reunido la de Drake, no sabian con cuántos <sup>3</sup>.

Así era la verdad; el temporal que dispersó sobre la Coruña á nuestras naves habia causado tambien averias en las suyas, obligándolas á repararse en diferentes puertos, y habiendo circulado el rumor, que parecia confirmar el tiempo de espera, de haberse deshecho la *Invencible*, quedando aplazada la expedicion para otro año, la reina Isabel, cuyo tesoro estaba abrumado con el gasto, ordenó el desarme de los cinco navíos mayores, despidiendo la gente. El almirante Howard estimó precipitada la resolucion miéntras no se asegurase la noticia, y ofreció abonar de su bolsillo los sueldos el tiempo que invirtiera en reconocer por sí mismo los puertos del golfo de Cantabria. Navegando con este propósito se fijó el viento al Sudoeste, y temiendo lo aprovecharan los españoles, regresó á toda vela sin cumplir su objeto.

<sup>1</sup> Lisardo, Lisarte, Lizarte.

<sup>2</sup> Plemua, Plenuit.

<sup>3</sup> Docum. 168.

Acababa de entrar en Plymouth cuando se avistaron las primeras velas nuestras.

El viento Sudoeste que en popa las impulsaba era contrario á las inglesas para hacerse á la mar, y tuvieron éstas por segura su ruina, creyendo inminente el ataque hallándose encerradas. Así pretendieron que se hiciera los Generales del Consejo, representando al Duque la gran ocasion que la fortuna le deparaba; mas él no la aprovechó, pretextando que las instrucciones terminantemente le prohibian iniciar el combate, por más que Recalde, Leyva, Oquendo y los otros insistieron en que el primer objeto de la Armada era la destruccion de la enemiga, objeto que tanto más fácilmente podia conseguirse, cuando la encontraban dividida y acorralada, y que el mismo Rey ordenára el ataque si estuviera presente. Expusieron ademas, que con seguir la navegacion y meterse en la estrechura del Canal, sin tener noticia de estar preparada á salir de momento la flota del Duque de Parma, nada hacian, siendo por todos conceptos provechoso al pensamiento y al deseo de S. M. deshacer y aniquilar, como se podia, la parte mejor de la fuerza naval inglesa. El Duque se mantuvo, con todo, en obstinada negativa, repitiendo que la obediencia de las órdenes Reales no le dejaba libertad para otra cosa que seguir navegando hasta unirse al convoy de Farnesio.

Enojosa es la tarea del que investiga la verdad cuando sólo tropieza con motivos de censura. No habiendo razon que hiciera dudar de la buena fe de D. Alonso de Guzman, culpando á su escasa inteligencia de la

interpretacion errónea de las instrucciones quedaria sin tacha el concepto militar, pareciendo que sacrificaba el deseo en aras del deber, como parece al criterio de nuestros historiadores, alguno de los cuales no desperdicia la ocasion de escribir largo párrafo detestando «la tiranía de Felipe II, que coartó las facultades, la voluntad y accion del malhadado Duque.» Pero la ligereza de la apreciacion es manifiesta con la lectura de los documentos aquí reñidos: ántes de salir de Lisboa sabía perfectamente D. Alonso á qué atenerse, y habia escrito á la Majestad, consignado queda, que penetrando sus instrucciones, asesorado de los peritos, lo primero que habia de hacer era *romper la fuerza que tuvieran los enemigos por la mar*<sup>1</sup>. El día mismo de la reunion del Consejo, que fué el 30 de Junio, volvió á escribir sin dar cuenta de la reunion, aunque de ella se apropiaba una de las conclusiones; esto es, que no era bueno penetrar en la estrechura del Canal y exponerse á los peligros de los bancos de Flándes sin tener certidumbre de que el Duque de Parma estaba en disposicion de hacerse á la mar; consideracion que le decidia á no pasar de la isla de Wight<sup>2</sup> en tanto no recibiera noticias suyas<sup>3</sup>.

Tampoco deja bien parada la sinceridad del Duque

<sup>1</sup> Docum. 113.

<sup>2</sup> Wight es la palabra inglesa que más dificultad ofrecia á los escritores españoles de la época, juzgando por las variantes que usaron, de las que he visto Vich, Wyeh, Vect, Vectis, Vuique, Duich, Duyque, Duvaic, Ubiech.

<sup>3</sup> Docum. 160.

el hecho de no haber levantado acta de este primero é importante Consejo, como no lo hizo en ninguno de los sucesivos, dándose por descargado con el *Diario de navegacion* que remitió al Rey á la conclusion de la campaña, único documento que hasta ahora se ha publicado, como queda dicho, y del que por precision me iré ocupando, comparándolo con otros españoles é ingleses; que no se juzga bien sin oír á las dos partes.

Por de pronto, dicen los últimos que tan luégo como tuvieron conocimiento de la aproximacion de la Armada á Plymouth, con gran diligencia empezaron á sacar los bajeles del puerto, trabajando día y noche á la espin por serles el viento contrario y soplar con fuerza, de modo que tardaron cuarenta horas en poner á la vela su escuadra <sup>1</sup>, y viéndola en la mar bendecian á la Providencia, no tan sólo por haberles librado del gravísimo peligro del ataque, sino por encontrarse á la espalda y barlovento de los españoles, seguros de otro y en disposicion de atacar por sí, que era inesperada y grandísima ventaja.

Poniéndose á la vista los adversarios, procedieron al reconocimiento de la fuerza y situacion respectiva, maniobrando desde léjos los ingleses sin otro objeto por de pronto, como dato de todo punto indispensable al comienzo de la lucha.

Aparecia en las *Relaciones* divulgadas que la *Invencible* se componia de 130 naves de porte de 57.868 toneladas, con 2.431 piezas de artillería y 30.656 hombres.

<sup>1</sup> Más dice el documento 171.

Los autores ingleses discrepan en la fijación de las suyas, y, por lo general, se dejan llevar de la exageración al comparar unas con otras, singularizándose John Barrow <sup>1</sup>, aunque por más moderno ha podido disponer de los datos que todos los demás recogieron. En su libro pone :

|                 | Buques. | Toneladas. | Cañones. | Hombres.                             |
|-----------------|---------|------------|----------|--------------------------------------|
| Ingleses.....   | 197     | 29.744     | 837      | 15.785                               |
| Españoles.....  | 132     | 59.120     | 3.165    | 8.066 marineros.<br>21.621 soldados. |
| Diferencias.... | 65      | 29.376     | 2.328    | 14.836                               |

« Los españoles tenían, por consiguiente, doble fuerza que los ingleses, excepto en el número de buques, y en artillería, cuádruple. No había en toda la Armada de Inglaterra más que 19 piezas de 60 libras y 28 de 33, siendo el resto culebrinas, medias culebrinas, sacres, miñones, falcones y otros cañones pequeños. No se sabe cómo iban armados nuestros buques mercantes; pero considerado su tonelaje, los dos tercios, cuando ménos, debían de servir de embarazo más que de otra cosa. De los de la Reina, los mejores, al costado de los españoles, *parecerían como balandras puestas al lado de navíos de tres puentes*. Sus castillos altos, con una y dos andanas de cañones; las popas igualmente levantadas y fuertes, dificultaban mucho abordarlos, porque desde allí barria la cubierta la mosquetería, y además, por uno de los artículos de las Instrucciones, llevaban

<sup>1</sup> *Life of Sir Francis Drake*, 1861.

en las gavias cajas de piedras para arrojarlas sobre los asaltantes.»

Lo singular es que este autor copia las cartas oficiales de Drake, y en una dirigida á Lord Henry Seimour se lee <sup>1</sup>: «Envío ésta á toda prisa: la Armada española es de unas cien velas, pero me parece que no llegan á la mitad las de guerra»; con todo, hace su comparacion fantástica, contando únicamente la artillería de los buques de guerra ingleses enfrente de la que llevaba el total de los españoles, y aun así presta un buen servicio, pues ninguno de sus compatriotas hace la menor indicacion de cañones. Respecto á parecer *balandras al lado de navios de tres puentes* los mejores de sus bajeles, basta dirigir la vista á los estados que publicó Lediard, para advertir que los navios *Arc*, *Raleig*, *Oso Blanco* y *Triunfo* median de 800 á 1.100 toneladas, y que eran, por tanto, del porte de los mayores españoles.

No ménos exagerado el italiano Letí, apuntó en su historia que «tenian los costados de los galeones españoles cuatro ó cinco piés de espesor, de modo que las balas de cañon no los pasaban á no dispararse muy cerca; que los más pequeños montaban cincuenta cañones, y las galeazas eran de sorprendente belleza, estando adornadas de cámaras, torres, capillas y *púlpitos para predicar*.»

Por término medio, de lo que escriben otros autores <sup>2</sup> se deduce que las escuadras del Canal, sin contar la ho-

<sup>1</sup> *Life of Drake*, pág. 130.

<sup>2</sup> Mordin, Lingard, Lediard, Steinitz, Enciclopedia británica.

landesa del conde Justino de Nassau, ascendian, como ántes queda expresado, á 180 naves de porte de 32.000 toneladas, con 18 á 19.000 hombres, y por estas cifras se ha calculado, generalmente, la superioridad de la nuestra, sin tener en cuenta que aquellas *Relaciones* de intento aparecieron abultadas. En el Consejo de guerra que se reunió en la Coruña ántes de la salida, hizo presente el Veedor general, D. Jorge Manrique, que descontada la chusma de galezas y galeras, los pajes, religiosos, personal de hospitales, mozos de mulas y otras plazas análogas, el efectivo de la gente de mar y guerra de servicio era de 22.500 hombres <sup>1</sup>; por consiguiente, de corta significacion en número era la diferencia á favor de los españoles <sup>2</sup> y harto compensada con la calidad.

Los equipajes de los ingleses se componian de voluntarios, en cuerpo homogéneo por la nacionalidad, el ejercicio y el patriótico impulso que los guiaba á la defensa de la patria. Por excepcion embarcaron, distribuidos en las naves, 1.875 soldados <sup>3</sup>. Las tripulaciones españolas, siguiendo el antiguo sistema cimentado en las galeras, se dividian en gente de mar y gente de guerra, ó sea en marineros y soldados, concediendo supremacia á los últimos y limitando el número de marcanes á lo

<sup>1</sup> Docum. 131.

<sup>2</sup> Aún debe disminuirse el personal de las cuatro galeras que no llegaron á entrar en combate; sin embargo, los ingleses, y por ellos otros extranjeros, sostienen que la *Invencible* era superior en 14.000 hombres.

<sup>3</sup> Lediard.



preciso en el servicio del timon, velas y artillería. El reclutamiento era forzoso para unos y otros; los marineros se embargaban por sorpresa en las embarcaciones de comercio y pesca y en los pueblos del litoral; los soldados se levantaban en el interior de la Península, y una vez á bordo, todos quedaban en clase de detenidos, con guardias en la playa que impedían el desembarco. En la ración, que corría á cargo de asentistas, no se ponía gran cuidado por los oficiales Reales, que formaban el cuerpo de la Administracion; en las pagas no habia mejor cuenta, por el aflictivo estado de la Hacienda, siendo cosa comun y ordinaria que en todo viaje algo largo se arrojáran al agua, podridas, las vitnallas, y nada raro que la deuda, como ocurrió en Lisboa, montára á diez y siete pagas y *muriera la gente de hambre y de coraje*<sup>1</sup>. Ocurria, por consecuencia natural, que en las marchas y alojamientos del tránsito huían cuantos lograban burlar la vigilancia, con mucha mayor diligencia si habian tenido la fortuna de coger alguna paga; así, en los dos años que se demoró el armamento de Lisboa hubo que repetir las levas, moviendo una masa que pasaria de 50.000 hombres para conseguir la reunion de la mitad de la cifra.

Y al fin, tratándose de soldados, no era el empeño difícil, porque los Corregimientos de villas y ciudades aprontaban el contingente pedido sin otra exigencia que la aptitud del individuo para coger una pica ó un arcabuz; mas respecto á marineros, hacian cada vez más

<sup>1</sup> Docums. 78 y 85.

embarazosa la leva, estando tan castigada la clase con la repetición de armamentos y expediciones, y mucho más ahora, que tan considerable Armada exigía una cifra reglamentaria por encima de los recursos naturales de la población de la costa y de su movimiento industrial marítimo. Por de pronto, se rebajó el número que en relación con las toneladas se tenía marcado, llenándolo, en parte, con grumetes y pajes, ó sea con muchachos aprendices del oficio, y en otra con soldados del tercio de galeones que, navegando por instituto en la carrera de las Indias, estaban algo familiarizados con el tecnicismo de á bordo. Por complemento se buscaron portugueses, italianos, levantiscos en general; griegos, venecianos y raguseños ó *arragocces*; se pasaron á los barcos desde las prisiones los tripulantes de varias urcas holandesas apresadas, considerando que no por enemigos dejarían de ser de utilidad prudentemente distribuidos, y no llegando con todo esto á la suma precisa, se acudió al recurso extremo de tomar por la fuerza, el día antes de la salida, los marineros de buques franceses, alemanes, dinamarqueses y otros extranjeros que se encontraban en Lisboa y puertos inmediatos de Portugal, quedando todavía mezquinamente dotadas las escuadras de brazos útiles con que manejarlas.

De los soldados, aparte el núcleo de los cinco tercios viejos, relleno con bisoños, dos compañías de la guarnición de Lisboa, y una que se agregó en la Cornuá, la generalidad se componía de campesinos de Extremadura y Castilla llegados á última hora y que por vez primera veían la mar al salir del Tajo el 30 de Mayo, al

tiempo que, como novedad, veian tambien las armas puestas en sus manos.

En el conjunto de la fuerza inglesa no dejaria de haber tambien nulidades; la influencia de la época lo mismo á ellos que á nosotros se extendia, y en organizacion se hallaban por debajo del alcance de los militares españoles. Tampoco por ser de la costa serian todos excelentes marineros los que acudieron á tripular las naves; pescadores, cargadores, industriales y aún labriegos habria allí, lo que no quita, como he anticipado, que constituyeran agrupacion más similar en elementos, disminuyendo por su homogeneidad material y moral la ventaja numérica, distante, por otro lado, de la enormidad admitida como cierta.

Respecto á las naves, acredita la diferencia de más de 27.000 toneladas que las españolas excedian en dimensiones y capacidad á las adversarias, y debian de serles muy superiores en accion por dominarlas desde la borda y castillos. La masa perjudicaba, en verdad, á la ligereza; pero favorecia así al choque como á la resistencia, ofreciendo á las combinaciones del candillo recursos de que el enemigo carecia; recursos que el egregio Bazan hizo patentos en la batalla de las Terceras, despreciando los rudimentarios principios de la táctica, que recomendaban la formacion en media luna, y sentando los que en nuestros días habian de dar fama á Nelson, circunscritos á lanzar sobre el enemigo grupos de gran empuje que parcialmente lo deshagan.

La omision de los escritos ingleses no consiente investigacion tan segura en punto á artillería; sin embargo,

los avisos que el rey D. Felipe tenía de Londres, sirviéndole para escribir las instrucciones, y la seguridad con que en ellas advirtió la probabilidad de que el enemigo combatiera de lejos *por la ventaja que tenía en los cañones* y su disposición para apuntar bajo y echar á fondo <sup>1</sup>, persuaden que era mayor el calibre de sus piezas, corroborándolo el dato suministrado por Barrow, de llevarlas de 60 y de 33 libras <sup>2</sup>.

Don Alonso de Bazan apresó el año 1591, sobre la isla de Flores, la almiranta que habia sido de Drake, llamada la *Venganza*, y tenía 43 cañones de bronce, los 20 de la cubierta baja de 40 á 60 quintales y los restantes de 20 á 30 <sup>3</sup>. En el manejo, segun refiere el capitán Alonso Vanegas, obraban con tanta rapidez, que así disparaban ellos los cañones como nosotros los mosquetes, marcándose una diferencia como de tres á uno en los tiros. De la artillería española, la mayor parte, casi la totalidad, era de los calibres de 10, 6 y 4 libras de bala <sup>4</sup>, llevando por excepcion las galenzas en la proa, como buques de especial construccion para el ataque, algunas piezas de 50 á 20 libras <sup>5</sup>, y en los principios del arte existían errores, transmitidos hasta el presente siglo, cuyas funestas consecuencias procuraba ya prevenir el Rey, como se ha visto. Tenfase al cañon por arma

<sup>1</sup> Docum. núm. 94.

<sup>2</sup> En el documento núm. 185 bis se declara haber recogido á bordo de la capitana una bala enemiga que pesó 50 libras.

<sup>3</sup> Cabrera de Córdoba.

<sup>4</sup> Docum. núm. 165.

<sup>5</sup> Docum. núm. 39.

poco noble, buena cuando más para iniciar el combate y entretenerlo hasta el momento de *llegar á las manos*, esto es, de dar el abordaje, que era como se decidía. Bajo la presión de estas ideas se recomendaba á los artilleros que apuntáran alto, tirando á desaparejar al enemigo *porque no escapase*, y como herir un palo vertical sea cosa tan difícil, las balas iban á perderse en el agua sin daño del enemigo, aunque agujereasen las velas ó cortáran algún cabo de maniobra.

Ya con estos preliminares es ocasión de acompañar á la Armada en su marcha desde la altura de Eddystone, donde quedaba, siguiendo y comentando el *Diario* del Duque de Medina-Sidonia <sup>1</sup>.

Todos los autores coetáneos, singularmente los extranjeros, manifiestan conformes el asombro de los ingleses al descubrir el conjunto de las naves. «No vió por ventura el Océano, dice uno <sup>2</sup>, espectáculo de mayor admiración. Extendíase la Armada española en forma de media luna con inmensa distancia entre sus puntas. Los árboles, las antenas, las torreadas popas y proas que en altura y número tan grande sobresalían á tanta máquina naval, causaban horror lleno de maravilla y ocasionaban duda si aquella campaña era de mar ó de tierra, y si en muestra tan pomposa tenía más parte este ó el otro elemento. Venía con espacioso movimiento, aun cuando traía llenas las velas, y casi parecía que gemían las ondas debajo de su peso y se cansaban los vientos de regirla.»

<sup>1</sup> Docum. núm. 165.

<sup>2</sup> Bentivollo.

Don Alonso de Guzman habia dividido la totalidad de sus fuerzas en tres secciones: la vanguardia, al mando de D. Alonso de Leiva; la batalla, que dirigia su persona, y la retaguardia, regida por el almirante Recalde. Con las tres formó una línea de más de siete millas de extension, de modo que figuraban un arco ó media luna, como ellos decian. En el extremo de la izquierda <sup>1</sup>, ó más inmediato á la costa de Inglaterra, iba D. Pedro de Valdes, reforzado con dos galeazas; en el opuesto, Oquendo con las otras dos. Las urcas y pataches marchaban en peloton por delante, fuera de esta línea <sup>2</sup>. Era el viento del Oesudoeste, impulsando casi por la popa á toda la línea, que difícilmente conservaba las distancias, rezagándose algunos de los bajeles más pesados.

Los ingleses, en número de 60, siguieron á respetable distancia en un principio, engruesando su cuerpo á medida que los buques iban saliendo de Plymouth; al anoecer el día 30 se contaban por los vigías nuestros unas cien velas.

Observando lord Howard la resolucion del Duque de navegar sin empeño, y lo que al ataque favorecia la disposicion de una línea tan prolongada, hizo adelantar, el domingo <sup>3</sup> 31 de Julio, una pinaza <sup>4</sup> que á manera de

<sup>1</sup> No sé por qué lo llaman derecha algunos escritores españoles, cambiándole.

<sup>2</sup> Así lo representan los planos de Adamo.

<sup>3</sup> El *Diario* de Camden y los demas papeles ingleses difieren diez dias en la cuenta. Ningun historiador se ha fijado en esta diferencia, que consiste en que por entónces se habia hecho ya en España la correccion del Almanaque y en Inglaterra no. Casi todos los extranjeros siguen la cuenta inglesa.

<sup>4</sup> Llamada *Defiance*, segun unos; *Disdain*, otros.

reto disparase toda la artillería, y dividiendo en dos columnas su fuerzas, él con una y Drake con la otra, avanzaron por retaguardia contra los enemigos; habiendo acordado ántes no comprometer en modo alguno la accion, sino cañonear solamente á los atrasados, retrocediendo y manteniéndose á barlovento en caso que los españoles les volvieran el costado. Con arreglo á este plan rompieron el fuego por ambos extremos, procurando envolverlos, y á impedirlo acudieron Leiva y Recalde, tan sin orden por no darlas el Duque, que osadamente se metieron solos entre las dos columnas enemigas, sufriendo un fuego horroroso. Acudió la capitana, arbolando el estandarte en el trinquete, seguida de otros galeones, y sin esperarlos cñieron el viento, retirándose los ingleses. Los nuestros volvieron á su formacion y continuaron su viaje.

Este primer encuentro alentó á los marineros ingleses, que pudieron reconocer la pesadez de movimientos de los galeones y la prisa con que iban adelante sin deseos de combatir, influyendo desfavorablemente en la moral de los nuestros, por reconocer tambien en su jefe la decision de estar á la defensiva con fuerza tan superior. La nao de Recalde estuvo por mucho tiempo sola, batiéndose con siete galeones enemigos que le hicieron daño de consideracion así en el casco como en la arboladura, partiéndole el trinquete, el estay mayor y mucha jarcia, y causándole siete muertos y treinta y un heridos.

Dos ocurrencias desgraciadas contribuyeron á que las impresiones tan distintas de los adversarios adquirieran desde luégo un desarrollo fatal para nosotros. La tarde

del combate embistió la nao *Catalina* á la capitana de Pedro de Valdes, partiéndola el baupres y atravesándola á la mar, y como el viento habia refrescado, se vino abajo el palo trinquete sobre el mayor, partió la verga de éste, y estando el buque sin más vela que la mesana y casi sin gobierno, se fué quedando atras. El Duque amainó para ordenar que otro galeon la remolcase; mas no consintió este socorro el estado del mar, segun apunta el *Diario*, y como Diego Flores de Valdes indicára que estando cerca la anochecida, si se detenía la capitana continuaria navegando la mayor parte de la Armada, y á la mañana siguiente se encontraria con ménos de la mitad, seguido del enemigo, de modo que aventuraba por un bajel la jornada, determinó que el capitán Ojeda con su nao y cuatro patajes, otras dos naos y una galeaza, esto es, ocho naves, quedáran en compañía de la de Valdes, procurando darle remolque ó sacarle la gente, y él con la capitana se incorporó con la Armada, procurando tenerla recogida.

Casi al mismo tiempo del desarbolo se incendió la almiranta de Oquendo, *Nuestra Señora de la Rosa*, volando las dos cubiertas y el castillo de popa, con muerte de doscientas personas. Iba en ella el pagador Juan de la Huerta y parte del tesoro, que por precaucion estaba dividido. Acudiendo prontamente al socorro por órden del Capitan general, se apagó el fuego, y tomando un galeon el remolque se unió al cuerpo de la batalla, abrigada por las demas naos. Se averiguó que habiendo maltratado el capitán á un artillero holandes por traidor, visto su comportamiento en el combate de la mañana,



despechado puso fuego en la popa y se arrojó al agua <sup>1</sup>.

Desdichado principio de campaña, no tanto por la pérdida material, que en todo caso se arriesga, cuanto por la reflexion que en la cuenta del día habian de hacer los que formaban parte de *la Invencible*. El lector no dejará de advertir que las dificultades que se ofrecieron en el auxilio de la capitana de Valdes no impidieron que la almiranta de Oquendo fuera socorrida. La gruesa mar, el viento, la proximidad de la noche, el temor de la separacion, lo mismo á la una que á la otra se referian, y por mayor igualdad, en la de Valdes se guardaba otra parte del tesoro de la Armada; ésta fué, sin embargo, abandonada al enemigo, hallándose intacta en el casco, mientras la primera, inutilizada por el incendio, se conservaba.

En las relaciones privadas se deja ver la dolorosa impresion que causó el hecho, estimándose premeditado é intencional, tanto por la envidiosa condicion de Diego Flores <sup>2</sup>, como por la mala voluntad que el Duque tenía á Valdes desde que votó contra su opinion en el Consejo de la Coruña. El descontento y la murmuracion se extendieron hasta los oficiales de la capitana y criados del General <sup>3</sup>, llegando á sus oídos las censuras é inculpaciones

<sup>1</sup> El Duque no consignó nada de esto. La naturaleza del marinero ha sido discutida; quién dice que era inglés, quién flamenco; los más están en que era holandés y es lo más probable, pues sería uno de los prisioneros de los Países-Bajos que se embarcaron en Lisboa.

<sup>2</sup> Cabrera de Córdoba expresa que Diego Flores era enemigo, por envidioso, de Valdes. T. III, pág. 294.

<sup>3</sup> Casi todas las relaciones privadas censuran duramente al Duque por el abandono del galeon. «Acordaron de dejalle en manos

que de barco á barco se hacian á gritos, é inspirándole la disculpa contradictoria de las circunstancias que estampó en el *Diario*, la vaguedad que deja en duda la suerte que tuvo la nave, y el descargo poco delicado en el dictámen y consejo de Diego Flores, que no siempre aceptaba.

Suponer que influyera en el acto la firmeza con que Valdes sostuvo sus opiniones, así al tratar de la salida de la Cornüa como del ataque de Plymouth, toca en juicio temerario, pues blasonaba D. Alonso de cristiano, devoto y fiel cumplidor de los preceptos evangélicos; tenía siempre en la boca el nombre de Nuestro Señor, pidiéndole guiára sus acciones; navegaba en compañía de su confesor y director espiritual, y sin esto, por la nobleza del nacimiento y la educacion caballeresca, no es de admitir que pasion ruin le llevára á determinacion premeditada. Sin que la maldad tuviera parte en el abandono, cabe explicarlo por otras enalidades que irán manifestándose más y más con la continuacion de la jornada, lo que no quita que en las naos fueran los comentarios tantos como los hombres; que la entereza de Valdes se recordára, y que su misma bizarria contribuyera á entristecer los ánimos, pasando la palabra, «que no dando la batalla por tan buen general y tan buen navío, parecia que caminaba la Armada solamente á salvamento», ó sea en huida <sup>1</sup>.

del enemigo», dice la señalada entre los documentos con el número 169. «Dicen que de Consejo se hizo el dejarla, e fué mal hecho.» Documento núm. 170. «Se pudo favorecer y no se quiso.» Idem. «El enemigo tuvo más misericordia de Valdes que nosotros.» Documento núm. 171.

<sup>1</sup> Cabrera de Córdoba.

Al amanecer el día 1.º de Agosto rodearon los ingleses al galeon de Valdes, intimándole Drake la rendicion. Al decir de algunos <sup>1</sup>, no obstante el estado de inmovilidad, combatió con los dos primeros enemigos que se acercaron y no arrió la bandera hasta la llegada de los otros; los historiadores contrarios sólo apuntan que Valdes trató de poner condiciones á la entrega, que no le fueron admitidas, quedando prisionera la dotacion, que se componía de 304 soldados y 118 marineros <sup>2</sup>. Halláronse á bordo cuarenta mil ducados del Rey <sup>3</sup>, que Drake repartió entre su gente, consintiéndola el saqueo de las cámaras y equipajes, y el buque fué conducido á Dartmouth, de donde pasaron los presos á Lóndres en exposicion del primer trofeo á tan poca costa conseguido <sup>4</sup>.

Mandó el Duque este día á D. Alonso de Leiva que pasara á retaguardia con las galeazas y los mejores galeones, que serian unos cuarenta, mientras Recalde reparaba las averías de su bajel, y él encaminaba la vanguardia, á fin de no ser molestado del enemigo, y porque la marcha fuera más rápida despachó en pataches á los sargentos mayores, dándoles orden por escrito de hacer guardar á cada bajel el puesto que tenía señalado,

<sup>1</sup> Estrada y Herrera. Doc. núm. 185 bis.

<sup>2</sup> Lediard pone 450 hombres en junto. Al salir de Lisboa aparece en la Relacion oficial con los 422 arriba anotados. Llamábase la nao *Nuestra Señora del Rosario*, media 1.150 toneladas y montaba 46 cañones; era, por tanto, una de las más fuertes y mejores de la Armada.

<sup>3</sup> Otros dicen cincuenta mil.

<sup>4</sup> Apéndice L.

con prevencion de ahorcar en el acto al capitan que se apartára del suyo, á cuyo efecto habian de llevar consigo á los capitanes de campaña (fiscales) y á los verdugos.

Por segunda vez dictaba el de Medina-Sidonia órdenes de severidad inusitada, amenazando con pena infamante á los jefes, como si éste fuera medio eficaz para levantar la moral decaida y corregir la murmuracion manifiesta <sup>1</sup>. Don Alvaro de Bazan habia seguido camino opuesto inculcando en sus capitanes la máxima seguida por caudillos modernos, «que un bajel no está en su puesto más que cuando se halla en el fuego», pero las lecciones demasiado cercanas del vencedor de las Terceras no tenian autoridad en el criterio de D. Alonso de Guzman, que se estimaria tan apto como él para darlas en el manejo de aquella *gran máquina naval*, cuya organizacion habia desde un principio alterado y corregido.

Á las once de la mañana avisó el capitan de la nao *Nuestra Señora de la Rosa*, incendiada la tarde anterior, que se iba á fondo y no habia medio de seguir marinándola. Anota el General que ordenó en consecuencia se sacase de ella el dinero y la gente, echándola á pique, y que así se hizo, mas no es cierto; los pataches se contentaron con el cumplimiento de la primera parte, abandonando la nao con la mayor parte de los heridos á bordo. Llegando á ella los ingleses se horrorizaron viendo el destrozo de la voladura; las cubiertas estaban

<sup>1</sup> Antonio de Herrera, en disculpa del Duque, expone que dictó la orden por no haber en la Armada la necesaria obediencia, y que la ejecucion no se hizo como conviniera. Tercera parte, lib. iv.

embarazadas con fragmentos de pertrechos y miembros humanos esparcidos, habiendo entre los muertos más de cincuenta heridos ó mutilados con vida; el olor era insoportable. No por ello despreciaron la embarcacion, que fué llevada al puerto de Weymouth.

Pasó el resto del día sin que se acercáran á la retaguardia como el anterior, por estar el viento calmoso y temer que las galeazas aprovecharán la ventaja de los remos. Reunidos en Consejo los jefes á bordo de su Almirante, propusieron atacar con más vigor en vista de la desordenada formacion de los españoles y del plan conocido que tenian de evitar la accion procurando reunirse con las fuerzas del Duque de Parma, á lo que Howard se opuso, persuadiéndoles de lo que importaba á Inglaterra conservar la escuadra en que consistia su única defensa, sin comprometerla en un combate que, perdido, entregaba al país y á sus familias al enemigo, al paso que continuando como habian empezado, hostigando la retaguardia, recogiendo los rezagados y manteniendo á los otros en la intranquilidad, irían disminuyendo su fuerza en tanto se presentaba cualquiera oportunidad de obrar sin riesgo. La regla de conducta habia de ser cañonear á prudente distancia evitando cuidadosamente el abordaje, y retroceder conservándose á barlovento así que el enemigo mostrára intencion de generalizar la funcion.

Si el instinto animal enseña al lobo la manera de seguir el rebaño que codicia en satisfaccion del hambre, la inteligencia ha de guiar mejor al capitan para que, sin mengua de su bandera, dilatando y evitando en su caso

el encuentro procure impedir lo que el enemigo intente y alcanzar lo que por sí se propone, que son los fines principales de la guerra. El sacrificio de Leónidas es grandioso, pero la astucia de Horacio es más útil, y como al fin sólo al vencedor se da la palma, más que la gloria de sucumbir peleando uno contra diez, se aplaudirá siempre al éxito de diez que destruyen á uno. Así, no por adversario ha de escasearse á lord Howard Effingham el justo reconocimiento de superioridad militar en la campaña que le dió renombre á nuestra costa.

La fortuna, que por lo general ayuda á la resolución, le favoreció colocándole frente á un caudillo cuya ineptitud, acaso más que su habilidad, había de ser factor principal del resultado; véase, en prueba, lo ocurrido en la noche segunda que las dos escuadras surcaban una en pos de otra el Canal, ó sea la del 1.º de Agosto.

Convenidos los jefes ingleses en la ejecución del plan, fué designado Drake para guiar la vanguardia, llevando de noche fanal que sirviera de señal á los otros, y habiendo descubierto un grupo de naves que hacía rumbo al Sueste, ó costa de España, creyó que parte de nuestra Armada se apartaba con cualquier objeto, y sin vacilar la siguió. Estas naves eran mercantes alemanas; lo supo el día siguiente; pero en tanto con la oscuridad no había notado Howard el movimiento; equivocó el farol del Duque de Medina-Sidonia con el de su Almirante y fué aproximándose insensiblemente, de modo que al lucir el alba se vió, seguido sólo de dos buques<sup>1</sup>,

<sup>1</sup> El Oso Blanco y la María Rosa.

envuelto en la retaguardia española; de su armada no se descubrían sino los topes en el horizonte, y otra vez, como en Plymouth, debió considerarse perdido; mas por raro que parezca, ni el Duque se dió por entendido ni osó nadie tomar iniciativa desobedeciendo la orden absurda del día anterior, apartándose los tres bajeles sin que se les disparase un cañonazo <sup>1</sup>.

Hermoso día se presentó éste 2 de Agosto, con el viento calmoso y mar llana, y fué grande la alegría de la gente notando que, á medida que el sol se levantaba, las ventolinas giraban hacia el Nordeste, á donde se fijaron por fin, contrarias al viaje, pero inmejorables para caer sobre el enemigo, que ciñendo en gran desorden hacia diligencia en vuelta de tierra para volver á ponerse á barlovento. Leiva, Oquendo y Recalde, sin ser llamados, acudieron espontáneamente á la capitana, instando vehementemente al Duque á aprovechar tan buena oportunidad enviando por delante á las galeazas al ataque de los enemigos más apartados, pues su armada se vería obligada á socorrerlos y no podría esquivar el combate general. Don Alonso accedió tomando la misma vuelta de tierra y aproximándose ambas armadas á la isla de Portland, tuvo la inglesa que virar, viniendo á coincidir las dos cabezas, la nuestra á barlovento, en cuyo instante el bravo Bertendona se lanzó sobre la capitana de Howard, puesto que correspondía al Duque. Don Diego Enriquez, Pimentel, Oquendo, Mejía, con otros capita-

<sup>1</sup> Lediard, Larrey, Jurien de la Gravière. El *Diario* del Duque no menciona el suceso.

nes, arribaron creyendo alcanzar la ocasion suspirada, y en el mayor desórden, mezclados ingleses y españoles se cañonearon, vuelta la popa de los primeros en huida, sin llegar nunca á tenerlos á tiro de mosquete, por su mayor ligereza: únicamente el referido Bertendona pudiera alcanzar alguno de los más atrasados si se contentára con ménos que la capitana enemiga <sup>1</sup>.

Estando en esta mezcla y confusion muy apartados los españoles unos de otros en el ardor de la caza, saltó otra vez el viento al Sursudoeste y los fugitivos con su favor revolvieron por grupos sobre los más adelantados, entre los que estaba, como es de suponer Recalde. La capitana *San Martin*, tambien separada, sufrió ataque de preferencia; pero siempre á distancia como queda dicho, sin que valieran los intentos de venir á las manos.

Duró el cañonco hasta las cinco de la tarde, hora en que lord Howard recogió sus bajeles. El combate se sostuvo de parte y parte con gallardía, ejercitando los capitanes su pericia en la maniobra. Desde la costa se oía—según dijeron—un ruido, semejante al del trueno, que tuvo suspensos y angustiados los ánimos, y habia razon, pues que dispararon ambas armadas más de cinco mil balas, aunque sin daño ni ventaja de verdadera importancia para una ni otra.

Tuvimos este dia cincuenta muertos y sesenta heridos, velas agujereadas y jarcias partidas. La capitana recibió algunos balazos en el casco, que mataron dos soldados y rompieron el estandarte. Se ignora la pérdida de los

<sup>1</sup> Docum. núm. 168.



ingleses, salvo la de una zabra que se vió irse á fondo <sup>1</sup> y el incendio de una nao, que apagaron <sup>2</sup>.

Al amanecer el día 3 volvieron los ingleses á escaramuzar con la retaguardia, donde se hallaban Recalde y Leiva con las galeazas: hicieron frente y se formalizó la accion por algun tiempo, miéntras no acudió mayor número de naos, que entónces se retiró el enemigo, habiendo consumido casi toda la pólvora y municiones, segun refieren sus cronistas, en espera de repuesto que pidió con urgencia á los castillos de la costa. De una y otra armada se dispararon sobre cinco mil proyectiles, habiendo en la nuestra sesenta muertos y setenta heridos. Al anochecer contaron nuestros vigías ciento cuarenta velas. Habia enviado el Duque aviso diario al de Parma de lo que adelantaba la marcha, y al hacerlo ahora anunció el propósito de intentar la ocupacion del fondeadero abrigado por la isla de Wight, que les serviria de base de operaciones despues de juntarse <sup>3</sup>.

El día 4 amanecieron muy atrasadas la nao *Santa Ana* y un galeon de Portugal, y al verlas se echaron encima los ingleses agrupados en cuatro columnas.

Las galeazas que acudieron las primeras al socorro estuvieron rodeadas y en grave peligro, cayendo sobre ellas una granizada de proyectiles; las sacó del apuro

<sup>1</sup> Llamada *Plaisir*, su capitan, Cock ó Cope, murió.

<sup>2</sup> *The Swallow* de Richard Hawkins.—Lediard pretende que este día nos apresaron una gran nao veneciana y muchos buques pequeños. No es cierto.

<sup>3</sup> Estrada.—Al Rey habia comunicado el mismo propósito desde cabo Lizard.

Recalde con la retaguardia, entrando sucesivamente en accion los otros galeones por el meridiano de la isla de Wight y no léjos de tierra. El viento constante del Sursudoeste roló al Oesudoeste aventajando á nuestros bajeles, porque en parte quedaron á borlovento, y por esta circunstancia y la de celebrarse aquel dia la fiesta de Santo Domingo de Guzman, de que era el Duque devoto y deudo, se determinó á dar la batalla, mandando largar el estandarte Real y las banderas y flámulas de las naos, así como que todas ocupáran su puesto y cargáran con empeño de abordar. Creyóse que habia llegado este caso, tan ardorosos se presentaban los ingleses, acercándose más que otros dias. Su capitana hubo de recibir daño de consideracion, pues que arrió el estandarte, tiró pieza de socorro y remolcada de once barcas trató de alejarse del combate hácia sotavento: el momento era crítico; arribando sobre ella evidentemente hubieran tratado de socorrerla los suyos y no les quedaba otro medio que llegar al costado; mas para ello era necesario resolucion y actividad que el Duque no tenía: con las dudas y la indecision de siempre dejó escapar de las manos por tercera vez la victoria; pretextando que el viento refrescaba y que volvía á soplar del Sudoeste, poniendo el enemigo á barlovento, ordenó la recogida de su armada, y mudando al mismo tiempo el parecer de acudir á la isla de Wight, continuó la navegacion hácia la estrechura del canal, sin noticias de que por allí le esperasen.

Tiráronse este dia de parte y parte tres mil balas, teniendo de la nuestra cincuenta muertos y setenta

heridos, dos de los primeros en la capitana. En la variedad de las relaciones se halla que el galeon *San Martin*, nuestra capitana Real, estuvo en peligro, habiéndole cortado la driza de la mayor; que las galeazas se libraron por rareza estando en trance de sucumbir, mientras otras señalan como superior el riesgo de la nao de Howard, sacada á remolque de las barcas, y de uno y otro lado supusieron los escritores que fueron á fondo embarcaciones del contrario, sin que esto último ocurriera <sup>1</sup>.

Los ingleses aseguran que no fué su capitana la que se retiró averiada, sino la nao *Triunfo*, de 1.100 toneladas, que mandaba Martin Forbisher, y se vanaglorian de haber logrado apresar al galeon portugués *Santa Ana* por trofeo de victoria. El Diario del Duque no consigna semejante apresamiento, aunque empieza diciendo que el retraso de la urca *Santa Ana* originó el principio del combate.

Lo ocurrido fué, que, estando desaparejado desde el primer combate el galeon de este nombre, que servia de capitana á Recalde, trasbordó el almirante á otro bajel mejor dispuesto al cumplimiento de su importante misión. Quedóse rezagado el *Santa Ana* por su mala marcha, siendo acometido, así que amaneció, por el enemigo; mas no logró capturarlo: desamparado y sólo se batió con energía, intentando acogerse á la costa de Francia, y llegando á la boca del Havre de Gracia, como

<sup>1</sup> En el documento núm. 185 bis se dice que desapareció una nao vizcaína.

un trozo de verga cayera sobre la cabeza del Maestre de Campo Nicolás de Isla, que dirigia la defensa, quitándole la vida, desmayó la tripulacion teniendo ya cuarenta muertos más y muchos heridos, y arribando sobre los bancos perdieron la nao y desembarcaron en el puerto, pasando despues á Flándes <sup>1</sup>.

Acabó de abatir y disgustar á nuestra gente el comportamiento de su jefe en este dia, y si ha de darse crédito á ciertas noticias privadas, Leiva, Oquendo y Recalde, indignados al extremo, prorumpieron en quejas y censuras graves públicamente, siendo amenazados por el Duque con la pena de muerte, que para todo y á cada paso tenia en la boca. Desentendiéndose de cualquiera observacion, ordenó que en lo sucesivo se acelerase la marcha, y despachó nuevo aviso á Alejandro Farnesio instándole á disponer con toda urgencia la armadilla y el ejército de invasion, teniéndolo embarcado para juntarse en el momento en que él llegára, encargo que repitió el dia 5, en que, por calma, estuvieron los bajeles inmóviles, pidiendo esta vez que se le proveyera de balas de los calibres 4, 6 y 10 libras, que eran las que más se habian gastado en los combates; se preparára bizcocho y á ser posible se le incorporáran 40 ó 50 filipotes por ser embarcaciones ligeras, con las cuales bati-ria las contrarias de la misma clase. Los ingleses utilizaron mejor la inaccion del dia, corriendo por su costa la alarma, con la inquietud que sentian viendo avanzar la armada enemiga. No sólo recibieron pólvora, muni-

<sup>1</sup> Apéndice M.

ciones y viveres, sino tambien mucha gente, que con la nobleza, se embarcó en refuerzo de las tripulaciones <sup>1</sup>. Al ponerse el sol se entabló el viento y continuó nuestra Armada su camino con rumbo directo á Calais <sup>2</sup>.

Amanecieron las dos escuadras, el 6, muy próximas, pero sin hostilizarse; la retaguardia de la española iba recogida y en orden á prevencion de ataque. A vista de la costa de Francia reunió el Duque el Consejo en consulta de la mejor determinacion, siendo su parecer fondear en Calais, y avisar á Farnesio que acudiera allí, emprendiendo la salida de Dunquerque y Neoport, que tan próximos están. Los más de los generales no participaban de esta opinion, por ser muy peligroso el fondeadero, tener tan inmediato al enemigo, y no estar expedito el camino al ejército de Flandes. En caso de fondear creian mejor hacerlo más adelante, en el cabo Margat, que obviaba mucho los inconvenientes, siendo, por otro lado, el lugar que designaban las instrucciones Reales; no hubo, sin embargo, conformidad más que en las objeciones al fondeadero de Calais <sup>3</sup>, y como los pilotos expusieran que, de continuar navegando con los vientos reinantes del Sudoeste, la corriente impulsaria á la Armada hácia el mar del Norte y habia de ser muy difícil volver á la estrechura, el Duque, poco amigo de imposiciones, resolvió seguir el primer impulso, y á las

<sup>1</sup> Lediard publicó relacion de los titulos y caballeros que embarcaron este día.

<sup>2</sup> Calés.

<sup>3</sup> Oquendo fué de parecer que si fondeaban en Calés se perderian. Documento núm. 185 bis.

cinco de la tarde mandó dar fondo en la rada de Calais, haciéndolo con dos anclas por la velocidad y fuerza que allí tienen las mareas. El gobernador de la plaza francesa recibió con agasajo la visita del capitán Heredia, comisionado por el Duque para cumplimentarle, y llevó la deferencia al punto de manifestar que la Armada se encontraba en paraje muy arriesgado.

Lord Howard y Drake fondearon también hacia el Sudoeste, esto es, á barlovento, fuera de tiro de cañon, y habiéndoseles reunido las escuadras de lord Henry Seymour y de William Winter <sup>1</sup>, que estaban cruzando sobre Dunquerque, distribuyeron la fuerza, fondeando una parte entre Dover y Sandwich. Sobre Dunquerque quedó la holandesa de Justino Nassau y así estuvo la española entre doscientos treinta bajeles enemigos sin inquietar al Duque, ántes como nunca estaba satisfecho y tan tranquilo, que al amanecer el domingo 7 de Agosto, envió á tierra al proveedor y contador de la Armada á comprar víveres, que esperaba embarcar sin embarazo. Despachó también sucesivamente emisarios al de Parma, entre ellos al veedor D. Jorge Manrique, al Príncipe de Áscoli <sup>2</sup> y á su propio secretario Arceo, urgiendo la partida, porque el capitán Rodrigo Tello, que vino de Dunquerque, le avisó que no había nada embarcado y que Farnesio se encontraba en Brujas sin dar disposiciones, aunque desde el 29 de Julio sabía la proximidad de la Armada. Otros confirmaron esta mala no-

<sup>1</sup> Nuestros historiadores suponen que era John Hawkins el que mandaba esta escuadra.

<sup>2</sup> Asculi.

ticia, extendiéndola Arceco á la seguridad de que en el estado en que había visto las cosas no bastaban quince días al embarco.

Farnesio contestó, no obstante, que inmediatamente iba á prevenir lo conveniente, y marchando, con efecto, de Brujas á Dunquerque el mismo día 8 de Agosto, circuló la orden de embarco con gran risa de los soldados, pues á muchos tocó entrar en navios donde no había puesto mano el calafate, estando ademas sin municiones, sin bastimentos y sin velas <sup>1</sup>. En un momento entraron á bordo unos catorce mil hombres, tan apretados «como es costumbre amontonar y recalcar los sacos de trigo», yendo, sin embargo, contentísimos los soldados con tal de pisar el suelo de Inglaterra, donde se prometían desquitarse <sup>2</sup>.

Su caudillo no sentía igual deseo, por lo que los antecedentes revelan. Dicho está que desde un principio se declaró contrario á la jornada en la forma que el Rey la meditaba, queriendo, ante todo, acabar la sumision de Holanda. Desconfiando de todo punto de que se hiciera la acometida sin esta prevencion, cuando supo la arribada de la Armada á la Coruña, creyó fracasada la idea, é internó el ejército que tenía en los puertos, por mantenerlo con más facilidad, alzando la mano en la diligencia de la construccion y armamento de bajeles. Cada correo le llevaba despachos del Rey con recomendacion de actividad y anuncio de salida del Duque de Medina-

<sup>1</sup> Coloma.

<sup>2</sup> Estrada.

Sidonia, salida que se prorogaba indefinidamente, respondiendo á la duda de su pensamiento, que es fácil la persuasión de lo que deseamos. El aviso de hallarse la Armada sobre Plymouth le cogió, pues, de sorpresa, pues ni aún la capitana, en que él había de embarcarse, estaba para navegar.

La suspicacia buscó razones con que explicar por este lado el embarazo de la empresa, y el rumor de inteligencias entre Alejandro y la reina de Inglaterra corrió, no sólo en Flándes, sino que se difundió en Venecia, Milan y Roma, llegando á Madrid. Lo desvaneció con dignidad el interesado, y el Rey le renovó las seguridades de su estimacion y confianza; basta, con todo, fijar la atencion en los términos de las prevenciones hechas al Duque de Medina-Sidonia <sup>1</sup> para advertir que Felipe II dudó siempre de la cooperacion del ejército de Flándes. Mas sea de esto lo que quiera, no importando esencialmente al objeto de la presente reseña, es de saber que viendo asomar la Armada española, se resolvió á salir con los navios que pudieran seguirle <sup>2</sup>, y lo hubiera hecho seguramente, á obrar de otro modo D. Alonso de Guzman, bien deteniéndose en la isla de Wight, como tuvo pensado, siquiera los dias que fueran precisos á la conclusion de los preparativos, ó haciéndolo en el cabo Margat, barrida la escuadra holandesa que tenía cerrados los dos puertos de Dunquerque y Neoport, en que estaba el ejército.

<sup>1</sup> Véase preferentemente la instruccion secreta, documentos números 95 y 163.

<sup>2</sup> Coloma. — Estrada.



Al ponerse el sol el domingo se observaron en la escuadra inglesa movimientos que hicieron sospechar alguna tentativa nocturna: el capitán Serrano fué comisionado para salir á barlovento con una pinaza provista de anclote y calabrote, y en caso de venir bajel de fuego remolcarlo hácia la tierra, siendo advertidas las naos de estar con vigilancia y con los bateles en el agua dispuestos al mismo efecto; mas no uno sino ocho se aparecieron pasada la media noche, iluminando las llamas el horizonte y caminando en direccion de la Armada con grandísima velocidad, impulsados por el viento y la marea. La memoria reciente de la máquina infernal de Anvers, cuyo estrago habian presenciado algunos de los embarcados en nuestros bajeles, atemorizó á la gente, aumentando el pánico la orden del general de cortar las amarras á toda prisa.

Era intencion del Duque que las naos se apartáran del rumbo de los brulotes y volvieran á tomar sus puestos, maniobra impracticable, no ya de noche y con tan crecido número de embarcaciones, pero ni siquiera de día y con pocas, siendo tan grande la fuerza de la corriente y fresco el viento <sup>1</sup>. Lo que hicieron casi todas fué picar ó cortar los cables y largar las velas al mismo tiempo con tal confusion y gritería, que se aborlaban y chocaban unas con otras haciéndose averías y cayendo en peloton hácia sotavento, en direccion de

<sup>1</sup> Oquendo aconsejó que no se desamarráran los bajeles, sino que fuesen ocho ó nueve barcas con garfios de hierro y echasen hácia tierra los buques de fuego. Docum. núm. 185 bis. Hubo quien aconsejó al Duque que abandonára la capitana y se fuera á Calés.

Dunquerque. Cuando pasaron las naos incendiadas, yendo á consumirse en la playa sin haber causado directamente ningun daño, disparó una pieza la capitana, anclando seguida de algunos bajeles, sin distinguir lo que habia sido de los otros. En aquellos tiempos no estaban á la mano más que las dos anclas de las serviolas; las otras se llevaban en la bodega, exigiendo tiempo y trabajo la faena de sacarlas, así aunque las naos oyeran el cañonazo y entendieran que mandaba imitar la manio- bra del general, ni podian vencer la marea, volviendo á barlovento, ni dado que lo consiguieran tenian con qué amarrarse, habiendo dejado en el fondo sus anclas.

Al amanecer el día 8 descubrió el Duque su Armada en completa dispersion hácia Gravelingas, no estando á su lado más que dos galeones y algun patache. En esta situacion comprometida, hubiera ocurrido á cualquier marinero llevar sin pérdida de minuto y dejándose llevar del viento á toda vela reunir las escuadras sobre el buque más á sotavento : lo primordial, lo urgente, era la agrupacion, y el ejemplo que por tantos días habia ofrecido el enemigo, volviendo la espalda cuando le convenia, sin perjuicio de tornar á su tiempo, enseñaba el único remedio á la imprevision de la noche pasada; pero la fatalidad parecia aconsejar á D. Alonso de Guzman lo peor en cada caso. No pensó en otro peligro que el de los bancos de Flándes, que era el más remoto, y despachando á los pataches con orden de prevenir á los bajeles que se mantuvieran de orza, hizo rumbo al punto en que queria verificar la reunion, seguido del galeon *San Marcos*, que mandaba el Marqués

de Peñafiel, y del *San Juan*, de D. Diego Enriquez.

Apénas la claridad de la aurora consintió ver á los ingleses la disposicion del adversario, en columnas compactas cayeron sobre él, alcanzando primeramente á los tres galeones aislados y batiéndolos á tiro de arcabuz con inmensa superioridad, sin dejar por ella de evitar cuidadosamente el abordaje. Habia llegado la ocasion propicia, tan pacientemente esperada por el almirante Howard; los brulotes sin incendiar le habian hecho mejor servicio del que calculára.

No hay que decir si acudieron á sostener la capitana los que podian hacerlo; Recalde, Oquendo, Bertendona, Leiva, todos los capitanes á porfia trataban de alcanzar sus aguas; mas, como tenian que dar más ó ménos bordos ántes de conseguirlo, eran sucesivamente atacados ó más bien acosados, dándose el caso de que el superior, con fuerzas muy superiores tuviera que habérselas, como que sólo once de las naos españolas sufrieron por mucho tiempo el fuego de más de ciento enemigas, y no pasaron de cuarenta las que en todo el dia llegaron á ponerse á tiro.

Duró tan desigual pelea desde las ocho de la mañana hasta las tres de la tarde, hora en que la aproximacion de toda la fuerza hizo retirar á los ingleses, atentos al propósito prudente de no comprometerse. Ni osaron abordar á ninguno de los bajeles aislados ni consiguieron que uno solo se rindiera, aunque dice equivocadamente alguno de sus escritores que capturaron dos naves venecianas. Hicieron sí, esta vez, daño de tanta consideracion como deja entender la naturaleza del combate. Nuestra capitana recibió varios balazos á flor de agua,

sumando ciento siete los que tocaron en el casco y aparejo, ocasionando doce muertos y veinte heridos, saliendo del encuentro con mayor daño los galeones y naos *San Márkos*, *San Juan*, *San Juan de Sicilia* y *Begoña*. Los peor librados resultaron ser los galeones *San Felipe* y *San Mateo* y la nao vizcaína *María Juan*, de las de Recalde. Cada uno de los tres últimos sostuvo por separado la carga de toda la escuadra inglesa, y así quedaron sin cosa sana, acribillados los vasos, sin jarcias ni velas y la más de la gente muerta ó herida. Pasaron los primeros de seiscientos, y de ochocientos los segundos. Retirado el enemigo acudieron los pataches á salvar los tripulantes de estos bajeles, y haciéndolo oportunamente en la vizcaína, se fué al fondo. De los dos galeones se trasbordó sólo una parte por impedir la operacion la mar que era gruesa, con la particularidad de que hallándose ya en la urca *Doncella* el maestre de campo don Francisco de Toledo, como viera que algunos de sus soldados quedaban en el galeon, dijo que preferia morir con ellos y saltó á bordo otra vez, llevándole el viento, casi sin gobierno, hácia la costa. En la Armada los dieron por difuntos, creyendo que durante la noche habian zozobrado, empero no fué así; en aquel mal estado consiguieron hacer camino hasta la boca de Neoport, donde fondearon, y desembarcando Toledo con los pocos que le acompañaban, rogó al Duque de Parma procurase salvar la artillería, por ser cuarenta y ocho las piezas de bronce, y los pertrechos de valor, ya que el buque estaba inservible: tratóse, en efecto, de hacer el salvamento, pero por mucha prisa que se dió fué mayor la de la escuadra

holandesa en apoderarse de él y llevarle al puerto de Flessinguen. Acudió allí mucha gente á la fama del vino de Ribadavia que hallaron en la bodega, tan de su gusto, que miéntras gozaban del paladar descuidaron los agujeros de las balas, y tumbando sobre un costado se fué á pique el galeon sumergiéndose con él á los bebedores holandeses en número de trescientos <sup>1</sup>.

Don Diego Pimentel se negó también á abandonar el *San Mateo*, y pasó la misma noche en esfuerzos por mantenerlo á flote y alcanzar la costa. Á la madrugada se halló entre treinta naves holandesas, y aunque deshecho y desaparejado, todavía peleó seis horas, hasta que, muertos los más y heridos casi todos, se dió á la fuerza y porfía de los enemigos, vendiendo tan caras las vidas y sus libertades los españoles, que quedará eternamente por ejemplo de valor y generosa resistencia <sup>2</sup>.

Todavía hay que hacer mencion de otra pérdida. Al arrancar la Armada la noche del 7 huyendo de los bajeltes de fuego, en aquella confusion se abordó la galeaza de D. Hugo de Moncada con la nao de Leiva, y procurando desembarazarse, chocó el timon de la primera con una de las anclas abandonadas, rompiendo los machos. Se halló, por tanto, D. Hugo imposibilitado de seguir á la capitana cuando amaneció, y viéndose abandonado, á tiempo que se acercaban los enemigos, intentó tomar el puerto de Calais valiéndose de los remos y enviando por

<sup>1</sup> Coloma — Estrada. — Larrey lo confirma sin otra variacion que ser de Canarias el vino que les hizo descuidar las bombas.

<sup>2</sup> Larrey enaltece mucho la defensa del galeon. Véase Apéndice N.

delante aviso al gobernador de la plaza con peticion de asilo bajo sus cañones, miéntras reparaba la averia.

Al estar sobre la barra, por la falta del timon arrolló un golpe de mar á la galcaza, que fué á los bajos, quedando acostada, sin poder usar de los cañones, en cuya disposicion la abordaron las embarcaciones menores de los ingleses. Los forzados aprovecharon la ocasion para arrojarse á nado, haciéndolo con ellos mucha parte de la gente de mar y guerra, por considerar que el bajel no tenía defensa; permanecieron, sin embargo, á bordo con los oficiales unos veinte arcabuceros subidos en el alcázar y castillo, y como la inclinacion del costado los dejaba al descubierto, sirvió sólo su valerosa resistencia de honra á la bandera. Don Hugo cayó muerto de un mosquetero que le atravesó la cabeza; sucumbió en la proa Juan Setanti, caballero catalan, cayendo mal heridos el capitán Luis Macian y D. Francisco de Torres. Los ingleses saquearon la nave, hallando á su bordo una parte del tesoro Real, y aunque el gobernador frances de la plaza les intimó cesáran en la hostilidad, al retirarse se llevaron prisioneros á los capitanes Mendoza, Solórzano y Loaisa por obligarlos al rescate <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Tratando del suceso, Cabrera de Córdoba lamenta la pérdida por ser el mejor bajel que en su espacio sustentó el mar, asegurándolo porque presencié la construccion en Nápoles. Lediard cuenta que sus compatriotas cogieron á bordo cincuenta mil ducados; Steinitz reduce la cantidad á veintidos mil, agregando entre los pormenores que no sólo intimó el gobernador frances que dejáran el buque, sino que rompió el fuego con los cañones del castillo, á pesar de lo que se llevaron los prisioneros de distincion que valian rescate. Coloma dedica sentidas frases al valor desgraciado de D. Hugo

Sin contar las averías ni la baja del personal, hubo, pues, la de cuatro bajeles en este día, que es muy poca, consideradas las circunstancias. Á no ser tanto el respeto con que los ingleses miraban aquellos castillos flotantes, y tal la bizarría de las tripulaciones que entraron en fuego, hubiera quedado completamente deshecha la grande Armada, dispersa, y fatalmente situada entre el enemigo y los bancos de Flándes, que no la consentían maniobrar libremente. Las pérdidas de los ingleses no constan en sus relaciones <sup>1</sup>.

Algunos historiadores, por dar más colorido al cuadro del combate, agregan «sopló furioso Sudoeste acompañado de copiosísima lluvia, que encespando las olas, y deslumbrando á los pilotos, los relámpagos que sin cesar se cruzaban en la atmósfera, á la violencia de los vientos comenzaron á chocarse fuertemente nuestras naves, hundiéndose unas con el peso de las masas de agua que por sus aberturas recibían, estrellándose otras en los bancos de la costa, y dispersándose todas» <sup>2</sup>.

de Moncada y sus compañeros. Tiempo adelante, por gestión amistosa con el Rey de Francia, fué á Calais un comisario español á recoger la artillería y pertrechos de la galeaza. La gente de mar y guerra salvada pasó á servir á Flándes, mas no así los forzados turcos y berberiscos, que ascendían á doscientos setenta, pues si bien reclamó la entrega el embajador de España, secundado por el Duque de Guisa, los de Nevers y de Biron tomaron interes por estos desdichados que, de rodillas en las gradas de la catedral de Chartres, al paso del Rey, gritaban: *¡Misericordia! ¡Misericordia!* Consultado el Consejo Real informó que al pisar tierra de Francia habían dejado de ser esclavos, procediendo dejarlos en libertad, pero enviándolos á Constantinopla.

<sup>1</sup> Solamente Steinitz dice que se les fué á fondo un bajel pequeño.

<sup>2</sup> Lafuente, *Hist. gen. de Esp.*, t. XIV, pág. 245. Edic. de 1864.

El afán de embellecer las relaciones conduce en la Historia á desfigurar la verdad de los sucesos, que es el objeto principal á que ha de atenderse el que los cuenta. Ni se estrelló en los bancos nave alguna, ni las olas por sí solas los hundieron. En cuanto á los fenómenos atmosféricos, es exacto que llovió y que sopló el viento con intensidad; pero es poco formal significar, en alas de la poesía, que obedecieran al capricho de los ingleses soplando mal para nosotros y bien para ellos, como también se ha escrito en gongorina especie, fuente de la copiada.

«Apénas habían levado áncoras, cortando por la prisa algunos navíos las maromas de ellas, cuando comenzó á encrepescarse furiosamente una tempestad; á rasgarse con el choque de las nubes y arder con crueles voladoras luces, el cielo; á seguirse las terribles amenazas del pié-lago, hinchado agora, agora echado; á llevar la violencia de los vientos á mar alta á los navíos, más léjos de lo que era menester para hurtar el cuerpo al vano espantajo del temido incendio; á quebrarse algunos con los golpes recíprocos que se daban, y á precipitarse á lo profundo con el peso de las ondas, que por las grandes aberturas recibían; otros embraveciéndose el aquilon y el viento de Occidente, á ser estrellados contra los bancos de la costa de la provincia de Flándes; reconociendo al mismo tiempo los ingleses que les asistían con militonos y auxiliares suyos los vientos contra la potencia. De aquí más osados con la ocasion, y esparcida por el mar la Armada, la embestían ellos con sus navíos ligeros» <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Estrada., lib. ix, dec. 11.



Lo que cumple escribir en verdad y justicia, es que el comportamiento de nuestros capitanes rayó en el heroísmo, no siendo culpa suya que lo esterilizara la mala dirección á que obedecían. Nadie hiciera más que ellos, ya se estime el valor, ya la inteligencia marinera con que obraron.

Reanudando la relación del *Diario*, llega el 9 de Agosto, víspera de San Lorenzo, día de mayor zozobra que el anterior por luchar la Armada con enemigo de más poder que el inglés. Mal reunida aún, hallándose á retaguardia la capitana con las tres galeazas, las naos de Recalde y Leiva y otras dos, y el enemigo á barlovento con ciento nueve velas. Había saltado el viento al Noroeste con chubascos y aguaceros, y como es travesía en aquella costa, abatía á los bajeles sobre los bajos de la Zelanda, sin que de una y otra vuelta lograran franquearse. Los pilotos prácticos, reunidos en consulta, manifestaron que en la situación en que se hallaban sin la voluntad de Dios no era posible que ninguna de las naves se salvára, siendo cuestión de horas parar en los escollos en que se harían pedazos. Tan perdidos estaban, que la escuadra inglesa, gobernando al N. N. E., se alejó por no exponerse en aquellos lugares en que consideraba concluiría la existencia de los invasores. Pasadas largas horas de angustia, sondó la nave *Trinidad* en seis brazas de agua y la patrona de las galeras en cinco, que era poco más de lo que necesitaban para flotar. «Fué el día más temeroso del mundo, porque toda la gente estaba ya desesperada de buen suceso y esperando la muerte»<sup>1</sup>;

<sup>1</sup> Docum. 169.

pero en el momento supremo, ántes que tocára ninguna de las naos, cambió el viento al Sudoeste con la misma fuerza, y saliendo todas con felicidad hácia el Norte, se unieron y ordenaron en la formacion normal, alentándose mucho las tripulaciones, por atribuir á milagrosa intervencion el salvamento <sup>1</sup>.

Con tan próspero suceso, convocó el Duque por la tarde, á bordo de la capitana, al Consejo de generales para acordar lo que habia de determinarse, empezando él la deliberacion, haciendo presente el mal estado en que se hallaban los bajeles más gruesos, desaparejados y haciendo agua por los balazos que habian recibido; la escasez de municiones, que casi habian consumido en los combates, y la de no menor importancia de víveres y agua. Con esto invitó á que cada uno manifestára si sería bien volver al Canal de Inglaterra, con la certeza de que el Duque de Parma no podia salir tan presto, ó volver por el mar del Norte á España.

Opinaron todos los generales que se volviese al Canal, aunque se perdiesen peleando con los ingleses, que habian refrescado su Armada, porque haciendo otra cosa no conseguian el fruto de su jornada; que si el Duque de Parma no acudiese al cumplimiento de lo concertado, á lo ménos, como hasta aquel punto no se habia faltado por aquella Armada en lo que de su parte habia de hacer, no se faltaria en lo demas, con que quedaban descargados, y que aunque la Armada iba tan falta de todas las cosas, pues llevaban dinero, se podian proveer

<sup>1</sup> Apéndice O.

sin que lo hiciese el Duque de Parma; todo lo cual se entendia dando lugar el tiempo, al cual no se podia poner freno <sup>1</sup>.

Como se ve, aquellos insignes jefes, criados por el Marqués de Santa Cruz, no desmintieron un momento, fuera en la navegacion, en la batalla ó en el Consejo, el concepto que merecian. En el empeño de volver al Canal y de combatir sin tregua no hubo discrepancia singular; y si no alegaron otros razonamientos, sería porque despues del deber y obediencia de las instrucciones Reales, todos son ociosos; por lo demas, no dejaría de ocurrirles, como ocurre á cualquiera que examina los sucesos, que estando la Armada á la defensiva, obrando sin vigor en la navegacion desde Plymouth á Calais, y á pesar del desgraciado incidente de los brulotes y consecuente dispersion, con todo el poder naval unido de Inglaterra, Holanda y Zelanda, no habian osado los almirantes aceptar la batalla general, ni habian de osarlo despues, toda vez que las pérdidas sufridas desde el principio de la campaña no pasaban de seis bajeles; quedando todavía más de ciento veinte que presentarles.

La salvedad del tiempo que hicieron, y debian hacer, como base en el cálculo de las operaciones, sirvió al Duque para interpretar á su modo la conformidad del acuerdo, guardándose muy bien de consignarlo en acta, y escribiendo solamente en el *Diario* que los del Consejo resolvieron se volviese al Canal, si el tiempo diese lugar para ello; y si no, que obedeciendo al tiempo se

<sup>1</sup> Herrera.

volviese por el mar del Norte á España.» Falscada la decision, quedaba en cierto modo cubierta la responsabilidad del desdichado pensamiento que le asediaba; con todo, por aligerarla más puso en aquel documento, á raíz del Consejo, advertencia que á nada conduciría, si no fué intencionada, á saber: «que en lo tocante á pelear, se arrimó siempre al parecer de D. Francisco de Bobadilla<sup>1</sup>, por su mucha experiencia en mar y tierra; y en lo relativo al gobierno de la Armada y mar, al del general Diego Flores Valdes, que era de los más antiguos, y los dos consejeros nombrados por S. M., que iban á bordo de la capitana.» Existen testimonios de que uno y otro influyeron, efectivamente, en ciertos momentos, y que de ordinario guiaron las operaciones, mas sin inclinar en los casos graves ni en las decisiones más trascendentales el albedrío del Duque, ante cuya obstinada voluntad no tuvieron más fuerza que los acuerdos del Consejo pleno las terminantes prevenciones del Rey.

Desde luego despachó aviso al Duque de Parma de la resolución que habia adoptado<sup>2</sup>; y como éste reflexionára mejor que, perdida la ocasion, habia de ser difícil reunir otra vez tan considerable armamento, volviendo á su primitiva idea de servirse de la Armada en ayuda de su ejército para rendir los puertos de Holanda, y acabar de someter á los rebeldes que en ellos tenian el principal elemento de resistencia, comisionó al capitán Moresin, que era persona de toda su confianza, para

<sup>1</sup> Apéndice P.

<sup>2</sup> Estrada. — El Duque escribió al Rey que no habia podido dar este aviso. Docum. 164.

conferenciar con D. Alonso de Gazman, mostrarle las últimas órdenes del Rey <sup>1</sup>, y decir «que pues habia perdido el Canal sin esperanza de volver á él, no tomase tan largo y mal seguro viaje para España por el mar del Norte con Armada tan maltratada como al cierto mostraban los mejores galeones de ella perdidos; que le enviaria pilotos para que los llevasen á las ciudades libres del Imperio é islas llamadas Anseáticas, donde seria acogido y proveido de cuanto menester le fuese para repletar y proveer su Armada, ó en un puerto desierto, poco más arriba de Ender, que es de ninguno, donde pasaria él en persona al reparo y beneficio della; en aquel invierno harian efectos grandes contra las islas rebeldes, y se dispondrian las cosas en tanto en España y en Flándes, de manera que la Armada pudiese hacer la jornada contra los ingleses, que ya no podia» <sup>2</sup>.

Todo lo conciliaba esta sensata proposicion que el Duque de Medina-Sidonia desechó, sin comunicarla á ninguna persona de la Armada, sin anotarla tampoco en el *Diario*, y sin darse por entendido de ella en la participacion de ocurrencias que debia al Rey. El mal humor fué indicio único de haberle sido desagradable la mision del capitan Moresin.

Continuando el 10 de Agosto la marcha hacia el Norte, calmó por la tarde el viento que habia seguido muy fresco del Sudoeste, y en el momento se aproximó á la retaguardia la Armada inglesa, navegando á toda vela.

<sup>1</sup> Docum. 163.

<sup>2</sup> Cabrera de Córdoba, t. III, pág. 301.

Pasó el Duque á reforzar á Recalde con doce naves de las mejores, y con esto amainó el inglés sin disparar tiro, quedándose á larga distancia, y mostrando deseo de no renovar el combate.

Al detenerse el Duque, en señal de pelear, habian dejado de acudir por la tarde el galeon *San Pedro* y la urca *Santa Bárbara*, que eran los dos más avanzados á sotavento. Con un pataje ordenó á los capitanes que pasáran á bordo del galeon *San Martin*, donde, sin otro procedimiento, oyeron la sentencia de ser ahorcados. Inútilmente procuraron que el Duque oyera sus descargos, exponiendo que por no estar el enemigo á la vista se habian adelantado para ir cogiendo el agua que sus naves hacian por el sitio de los balazos recibidos en el último combate; el general no los recibió, remitiéndolos al auditor para la ejecucion de la sentencia; y como éste hiciera brevisima informacion en que aparecia el brillante comportamiento del capitan del *San Pedro*, D. Francisco de Cuéllar, no se determinó á proceder de ligero, y envió á la capitana las diligencias, esperando orden escrita, que recibió á poco, alzando la providencia, con respecto al capitan Cuéllar, y confirmándola para el de la urca, que se llamaba D. Cristóbal de Ávila. En cumplimiento fué ahorcado éste en la verga de un patache, que cruzó entre las naos á fin de que toda la Armada presenciára el espectáculo triste de un castigo cuya severidad horrorizaba <sup>1</sup>. El acontecimiento no fué tampoco registrado en el *Diario* del Capitan general, aunque una

<sup>1</sup> Documentos 171, 184 y 185.

frase reservada que se lee en el lugar correspondiente, acaso significa que pensó mejor noticiar verbalmente la muerte afrentosa del capitán de la *Santa Bárbara* <sup>1</sup>.

El día 11 continuó navegando la Armada con el mismo viento á lo largo de la costa de Escocia. Se observó que las escuadras de Seymour y Winter se habían separado de la inglesa, porque se volvían al bloqueo de Dunquerque, y que las de Howard y Drake llevaban el rumbo de la nuestra. Cada vez que se aproximaban, amainaba la retaguardia esperando, y retrocedían al punto sin disparar un cañonazo.

Lo mismo ocurrió el día 12 hasta pasar el golfo de Edimburgo, donde los ingleses sospechaban que trataría el Duque de fondear y reponerse. Convencidos de que iba más al Norte y que su objeto no podía ser otro que doblar la extremidad de Escocia, abandonaron la caza tomando la vuelta de las costas de Inglaterra, y explicando allá la inacción de estos días con la falta de municiones. Este momento esperaba el Duque para dar á conocer á la Armada la resolución de regresar á España y concluir las anotaciones del *Diario* que iba á man-

<sup>1</sup> En el paraje aludido, correspondiente al 10 de Agosto, dice el *Diario*, con palabras subrayadas: «*Lo que en esto hizo nuestra Armada, dirá D. Baltasar de Zúñiga.*» Luis de Bavia escribe: «Queriendo el Duque remediar el desorden que aquella parte de la Armada llevaba caminando delante de la capitana, mandó ahorcar del árbol de la proa al capitán del navío que iba más delantero, con que se detuvieron los demás y guardaron orden, caminando detras de la capitana, que ya lo hacía, viendo que el enemigo no la acometía.» El documento núm. 185 bis explica la determinación de otra manera.

dar al Rey, despachando un patache desde las islas Orcadas.

Mientras hacía el Norte iba navegando llegaron á la corte de España lisonjeras nuevas remitidas por D. Bernardino de Mendoza, embajador en Francia, dando por ganada la batalla naval del 8 de Agosto, con rendición de Drake y de otros quince navíos ingleses; noticia que circuló inmediatamente la imprenta por calmar la impaciencia nacional y tranquilizar á las familias de los expedicionarios <sup>1</sup>, y en su vista escribió el Rey al Capitan general alentándole á proseguir á favor de la victoria el empeño principal de la jornada <sup>2</sup>. Despues, rectificada la especie, trascurrió largo espacio de tiempo sin saber qué se habia hecho de tantos bajeles, ignorándose en Francia, en Inglaterra y Flándes el rumbo que habian tomado y lo que podia significar la desaparicion, objeto de inquietud entre los nuestros y de burla entre los extraños <sup>3</sup>, como que nada de cierto se supo hasta mediados de Setiembre en que D. Baltasar de Zuñiga aportó con las primeras cartas <sup>4</sup>.

Escribía D. Alonso de Guzman por consuelo filosófico, que habiendo encomendado tanto á Dios el suceso de la jornada, el no obtenerlo debia ser porque así convenia á su divino servicio y al de S. M. Que estando tan des-

<sup>1</sup> Apéndice Q.

<sup>2</sup> Docum. núm. 162.

<sup>3</sup> Se dió motivo para que, burlando de nosotros, los extranjeros dijese en sus pasquines que la Armada de España con las oraciones se habia subido al cielo. — Sigüenza, loc. cit.

<sup>4</sup> Docum. núm. 164.



baratada la Armada, lo mejor que podía hacer era salvarla, aunque fuera aventurándola en viaje tan largo y de tanta altura, *siguiendo el parecer de los que tenían de S. M. el título de consejeros*, por ser muy superior la Armada de la Reina de Inglaterra en el género de pelear con la artillería y haber forzado el tiempo, que fué siempre del Sur y Sudoeste.

Otra carta dirigió al Rey con fecha 3 de Setiembre <sup>1</sup> refiriendo concisamente que hacía la navegacion con vientos contrarios y muy recios, teniendo muchos enfermos y habiendo perdido de vista diez y siete bajeles. Despues, en 23 del mismo <sup>2</sup>, participó la llegada á Santander de las reliquias de la Armada, sin tratar de ocurrencias ni dar idea de todo aquello que un general lleva á su cargo. Felizmente, repito, otras personas de la Armada tuvieron la curiosidad de anotar los acaecimientos, y por las relaciones hasta ahora ignoradas, si no con la claridad que la comprobacion de muchas ofrece hasta mediados de Agosto, se puede conocer con bastante exactitud la última y más desastrosa parte de la campaña. Los documentos inéditos que cumplen con el objeto son: relacion escrita por el maestre de una de las naos de Andalucía <sup>3</sup>, desde que la Armada entró en el Canal hasta que fondeó en Santander. Relacion de un capitán cuyo nombre no consta, desde que la Armada salió de la Coruña hasta el 27 de Octubre, en que el autor naufragó en una de las islas Hébridas, al Oeste de Es-

<sup>1</sup> Docum. núm. 167.

<sup>2</sup> Docum. núm. 173.

<sup>3</sup> Docum. núm. 170.

cocía <sup>1</sup>. Relacion de lo sucedido á Márcos de Aramburu con la nao almiranta de los galeones de Castilla que llevaba á su cargo <sup>2</sup>, pintando los grandes trabajos del viaje de regreso. Carta del capitan Francisco de Cuéllar, el que hubo de ser ahorcado, que naufragó en Irlanda y fué de los pocos que escaparon con vida á través de un cúmulo de peripecias, que, como él mismo apunta, podrian servir de motivo á un libro de caballerías <sup>3</sup>. Relacion de lo sucedido á la Armada desde que salió de la Coruña hasta que regresó á Santander, escrita en defensa del Duque, por el capitan Alonso Vanegas, embarcado en la capitana <sup>4</sup>. Carta enviada por el P. Jerónimo de las Torres á Fr. Alonso Baza <sup>5</sup>, y apuntes recogidos por el padre Fray Juan de Victoria, de los que fueron llegando á la corte <sup>6</sup>.

Monsieur Forneron cita como existentes en el Archivo Nacional de París otras relaciones manuscritas que deben ser de interes, y que sólo en extracto utiliza en su obra <sup>7</sup>, á saber: Una de la pérdida de la galeaza *San Lorenzo* y muerte de D. Hugo de Mendoza, hecha por el negro esclavo de Santa Cruz, signatura K. 1567, pieza 18; otra de navegacion y ocurrencias de la galea-

<sup>1</sup> Docum. núm. 171.

<sup>2</sup> Docum. núm. 178.

<sup>3</sup> Docum. núm. 184.

<sup>4</sup> Docum. núm. 185.

<sup>5</sup> Docum. núm. 185 bis.

<sup>6</sup> Docum. núm. 186.

<sup>7</sup> *Histoire de Philippe II*, tomo III. Es uno de los autores que con mayor extension tratan de la jornada de Inglaterra, y el único, de los que yo he visto, que haya notado la cuenta diversa del tiempo por ingleses y españoles.

za Zúñiga, sin nombre de autor, K. 1568, pieza 123, y K. 1567, piezas 148, 152 y 153, y otra del naufragio de la urca *San Pedro el Mayor*, escrita por D. Gonzalón del Castillo, K. 1582, pieza 81.

Es muy doloroso que habiendo un escritor imparcial extranjero encontrado méritos para elogiar al General de la Armada *Invencible*<sup>1</sup>, la razón fría y los fueros de la verdad obliguen á un compatriota, aceptándolos con gratitud como debidos en justicia á la generalidad de los que la tripularon, á separarlos en absoluto de la personalidad del candillo, por ser evidente que rechazó la razonable proposición de repararse en los puertos de Alemania que le hizo Alejandro Farnesio<sup>2</sup>, se desentendió del acuerdo del Consejo de generales y desobedeció en todas sus partes las instrucciones del Rey, sólo por eludir la repetición de un combate, que, librado en el caso más desfavorable y con adversa fortuna, de modo alguno hubiera producido en hombres y naves el horrendo desastre á que la pusilanimidad, junta con su ineptitud, llevaron á la Armada.

<sup>1</sup> «En todas partes se hizo burla del desastre y se hace hoy todavía, dando fe á relaciones ligeras ó escritas con evidente exageración. La monarquía que tanto tiempo había aterrorizado á Europa, no podía esperar en la desgracia justicia ni piedad. Toca á los marinos juzgar con equidad á los otros marinos infortunados. ¿Qué escuadra de nuestros días, y con más motivo en los tiempos de Luis XIV ó Luis XV, hubiera resistido mejor las pruebas de toda especie que tuvo que sufrir la grande Armada? Medina-Sidonia llevó sus navios hasta Calais; no podía otra cosa á Villeneuve Napoleón I.» — Jurien de la Gravière, *Les Marins du xv et du xvi siècle*, t. I, p. 145.

<sup>2</sup> Forneron, t. III, p. 341.

Atando los cabos que se desprenden de los documentos reunidos, viene á prolongarse el hilo de la presente historia como sigue :

Divulgada la resolucion del Duque el dia 12 de Agosto, despues que la Armada inglesa se perdió de vista, señalado el rumbo á pasar entre las Orcadas y Fair Island <sup>1</sup>, por los 59° 30' de latitud, comunicóse la órden general de reducir la racion diaria á media libra de bizcocho, medio cuartillo de vino y un cuartillo de agua, sin otra cosa, y de arrojar á la mar los caballos y mulas por no darles de beber, como si en la necesidad no sirvieran de alimento. El General se encerró en la cámara abatido y melancólico, sin querer saber desde entónces nada de lo que ocurría, dejando que Flores Valdes y Bobadilla determináran lo que tuvieran por conveniente, y nadie se permitió hacer observacion contra el desatentado pensamiento de penetrar en la region polar sin víveres, sin ropas, con más de tres mil enfermos sin contar los heridos, que eran muchos, y un ciento de bajeles, número que jamas pasó junto por aquellos parajes ni volverá á pasar probablemente.

Los navegantes españoles de aquel tiempo no rehuian ciertamente las extremas latitudes, ni de amigos de regalo había que tacharles; acometian el paso del estrecho de Magallánes y cualquiera otro sin detenerse por las dificultades ni por los trabajos; mas, aparte del interés de los descubrimientos, se prevenian en lo posible contra las eventualidades de la mar llevando embarcaciones

<sup>1</sup> *Isla del Jayrre* se nombra en el docum. núm. 168.

de poco porte, y ahora sin la gloria de la iniciativa, en huida injustificada y deshonrosa <sup>1</sup>, estaban en condiciones peores, no sólo por la falta de recursos y las dimensiones enormes de los galeones, sino tambien por carecer de cartas, derroteros y prácticos de la costa que tenian que recorrer desde los 63° de latitud hasta los 44°, no habiéndolos en las naves, porque nada más distante podia haber al salir de España, que la idea de que llegáran á ser necesarios. Hasta el viento reinante, que servía de excusa al Duque de Medina para alejarse del paso de Calais, sin caer en la cuenta de haber puesto en el *Diario* que con él lo habian pasado de vuelta los ingleses, iba á ser rémora de la marcha que al Sur habia de enderezarse así que se doblára la extremidad de Escocia, y esto y la precision de desandar lo andado por golfo tempestuoso, no podia ocultarse al General por grande que fuera su ignorancia, ni en el Consejo dejarían de advertírselo, con la prediccion, fácil á cualquier mareante, de ser los vientos sucios, esto es, los Sudoestes y Noroestes con chubascos y nieblas, los que de ordinario prevalecen por aquellos parajes en el otoño.

El 15 de Agosto, día de la Virgen, fueron apresados tres pataches costeros, cuya gente se llevó á bordo de la capitana con objeto de utilizarla en el reconocimiento de cabos y puntas, como práctica. Con las noticias particulares que dieron del Canal de las islas, y la consulta de dos pilotos, inglés uno y el otro holandes, se trató de

<sup>1</sup> «Perdióse la reputacion de España, porque quedamos hechos risa de nuestros enemigos, viéndonos huir casi sin que nadie fuese tras nosotros.» — Sigüenza, *Hist. de la Orden de San Jerónimo*.

la derrota, conviniendo en ganar hácia el Oeste ciento cincuenta leguas á fin de montar el cabo Clear<sup>1</sup>, pasada la costa de Irlanda, que sale mucho en aquella direccion, y no comprometerse con los vientos de travesía. A falta de más precisas instrucciones, inútiles sin cartas, se recomendó de nuevo á las naos procurasen no separarse de la capitana, que daria el rumbo, y en caso impensado de hacerlo, dirigirse cada cual como pudiera á la Coruña.

El dia 17 cubrió el cielo espesa niebla que no consentia á los bajeles verse unos á otros; se dejaba sentir mucho el frio. Cuando despejó el horizonte se echaron de ménos algunas naves, pero nada se hizo por encontrarlas, siendo lo más probable que quedáran rezagadas. Cambió el viento al Nordeste, se franqueó el paso de las Orcadas y de momento sonreia la suerte á los navegantes, hinchando las velas con apariencia de impulsarlas en pocos dias hácia el golfo de Cantabria. El Duque despachó, como ántes se ha dicho, á D. Baltasar de Zúñiga con orden de adelantarse en un patache y llevar los despachos fechados á 20 de Agosto, siguiendo la navegacion hácia el Oeste por el paralelo de 62°.

Pocos dias despues, restablecido el viento del Sudoeste con gran violencia, continúa cerrazon y agnaceros, se hizo muy trabajoso el velegear siguiendo á la capitana, que no esperaba, y así cada noche desaparecian algunas, llegando á quedar diez y seis solamente con el galeon que guiaba. Gracias al cuidado de Recalde, Quiroga, Aramburu y Leiva, con las dispersas de sus respectivas

<sup>1</sup> Clara.

escuadras formaron grupos distintos y mutuamente se auxiliaron.

El frío, la humedad, el trabajo excesivo sin abrigo ni alimento suficiente, desarrolló una enfermedad general que agravó la aflictiva situación de los jefes, careciendo de médicos y de medicinas: «morían como de muy fina peste, dice una de las relaciones, y el que llegaba á enfermar, de gran maravilla escapaba.» La enfermedad sería probablemente el escorbuto, azote de los marcanes cuando padecen de necesidad, aunque no sea tan grande como en la *Invencible* tenían.

La capitana, que seguirémos por ahora, se hallaba el 3 de Setiembre en 58° de latitud por el traves de la isla mayor de las Hébridas, lo suficiente apartada hácia el Occidente para aprovechar cualquier ventaja del viento, y aunque los tiempos siempre fueron duros y atemporados, llegando á adquirir verdaderas proporciones de temporal, singularmente el 18 de Setiembre, día en que todos creyeron perecer, bajando de latitud fué hallándolos de ménos intensidad.

El error de la estima en estos malos tiempos que no consentían la observación de la meridiana del sol ni la de la estrella polar, únicas que en aquella época se hacían, hubo de causar otros siniestros inesperados. Al descubrir tierra, creyeron hallarse sobre las islas Sisargas, inmediatas á la Coruña, que era adonde hacían rumbo, y gracias á una carabela que salía, supieron que estaban en la boca del puerto de Santander. Era el día 23 de Setiembre éste en que entraron con la capitana en Laredo veintidos naos, habiendo empleado cuarenta y seis

desde el del combate y salida de la rada de Calais. Oquendo llegó casi al mismo tiempo á San Sebastian con seis de su escuadra; ocho de la de Castilla fondearon en Santander, y sucesivamente parecieron por separado algunas más en los puertos del Cantábrico.

Las que al salir del canal de las Orcadas no ganaron al Occidente tanto como todas éstas, y las que por las condiciones marineras no regian bien la vela, se vieron empeñadas sobre la costa de Irlanda; Recalde y Aramburu se arriesgaron á tomar un puerto desconocido con otras dos naos que allí se perdieron, sin que pudieran salvar la gente más que de la una. El diario del segundo<sup>1</sup> refiere los increíbles trabajos que sufrieron hasta el 14 de Octubre.

El grupo que capitaneaba D. Alonso de Leiva fué arrastrado por el temporal hácia el seno en que empieza el canal del Norte, formado por las costas de Irlanda y Escocia, yendo la urca *Rata* tan abierta, que por momentos habia de sumergirse; embarrancaron, por lo tanto, en la primera de estas islas, y apoderándose algunos mosqueteros de una torre antigua que habia en la playa, desembarcaron unos dos mil hombres, así de aquel buque como de la urca *Santa Ana* y de la galeaza *Jirona*. El jefe irlandés O'Neil les proporcionó víveres, con los que reembarcaron, aderezada la *Jirona* como mejor se pudo, mas el temporal la abrió de nuevo en el canal y únicamente escaparon con vida nueve marineros<sup>2</sup>. En

<sup>1</sup> Docum. núm. 178.

<sup>2</sup> Apéndice R. Forneron, t. III, p. 346.



Lough Foyle <sup>1</sup> naufragó un galeon con 1.100 hombres; tres naos perecieron en Sligo-Haven <sup>2</sup>; en Blasket-Sound <sup>3</sup> se hizo pedazos otra de Guipúzcoa, sin salvarse más que un solo hombre; otros nueve bajeles acabaron entre Lough-Foyle y Lough-Swilly <sup>4</sup>, sin saberse á punto cierto el sitio ni el número de los demas por no haber publicado los ingleses noticia de los siniestros, ya que con ella habian de hacer patente la inhumanidad con que se condujeron <sup>5</sup>.

Entre las islitas Erth é Ila, del grupo de las Hébridas <sup>6</sup>, dieron al traves otras dos naos, habiendo luchado con el temporal hasta fines de Setiembre, en cruel alternativa de esperanza y desesperacion. Dos veces llegó una de ellas hasta cabo Clare <sup>7</sup> y otras tantas tuvo que arribar, abiertos los costados, que remendaban con cueros de vaca los tripulantes, sin soltar un momento las bombas. Al fin alcanzaron un punto accesible, aunque salvaje, en que desembarcar, cuando el bajel se iba á pique; libraron la vida del mar, perdiéndola en la tierra por el hambre <sup>8</sup>.

Más desdichados, si cabe, los que pusieron el pié en

<sup>1</sup> Costa de Irlanda, en 55° 13' de latitud.

<sup>2</sup> Idem, en 54° 21'.

<sup>3</sup> Idem, en 52° 14'.

<sup>4</sup> Idem, en 55° 16'.

<sup>5</sup> En la carta general de Roberto Adams ó Adamo, trazada en el mismo año de 1588, se señalan diez y siete naufragios en las costas de Irlanda. Strype fija el mismo número con 4.791 hombres.

<sup>6</sup> Son nombres del mismo Adamo; el autor de la relacion del naufragio la denomina isla del Faril.

<sup>7</sup> Clero.

<sup>8</sup> Docum. núm. 171.

Irlanda, despojados de las ropas por los habitantes de la costa, ateridos de frío, huyendo por los montes, donde eran acosados como fieras y sin piedad muertos á golpes, si un día hallaban misera acogida en la choza de algún católico, otros caían en manos de los destacamentos de ingleses, que, registrando el país, no perdonaban español. Algunos, muy pocos, se libraron acogidos á las montañas, donde los naturales católicos hacían guerra á los ingleses, viviendo en estado semisalvaje <sup>1</sup>; los más, por cientos perecieron cruelmente, quedando los cuerpos insepultos, cuando los infelices náufragos no los enterraban en la arena, como hicieron con el de don Diego Enriquez y los de algunas más personas de cuenta <sup>2</sup>.

Mejor suerte alcanzó la galeaza *Zúñiga*, que habiendo remontado mucho hácia el Norte, no arribó á la costa de Irlanda hasta el 14 de Setiembre. Habían muerto ya de hambre y sed unos ochenta hombres cuando llegaron á la tierra esperando socorro; *pero los habitantes son salvajes*, dice la relacion, y nada obtuvieron; gracias

<sup>1</sup> En la interesante relacion del capitan Cuéllar, documento 184, narrando de qué modo vivió por espacio de siete meses, no sólo se ocupa de los infortunios de los náufragos, sino que describe de paso el país y las costumbres de los irlandeses, calificándolos de salvajes sin exageracion, pues de tal concepto gozaban por entónces. Estrada hace mencion especial en sus *Guerras de Flandes*, dec. II, lib. VIII, de los irlandeses que fueron con el ejército de Leicester, muchos de los cuales se pasaron más adelante al nuestro, y escribe: «Eran todos de casta de silvestres y fieras, cubiertos el cuerpo de cintura abajo, lo demas desnudos; esguazaban los rios con zancos ó pértigas, y amenazaban con arcos y saetas.»

<sup>2</sup> Apéndice S.

al encuentro de una nave francesa lograron tomar el Havre de Gracia, y reponerse á favor de la buena acogida <sup>1</sup>.

Tambien se remontó la arca *San Pedro el Mayor*, prolongando su tripulacion los sufrimientos hasta el 6 de Noviembre en que ocurrió su naufragio. Cansados por entónces de matar los ingleses, los repartieron en prisiones, sufriendo más de dos años el peor tratamiento por obligarlos al rescate, y no consiguiéndolo, los vendieron al Duque de Mercœur, en Bretaña, de donde pudieron volver á sus casas <sup>2</sup>.

En Escocia hallaron acogida los que con mejor fortuna fueron á parar en las costas; los católicos inclinaron al Rey á favorecerlos, haciéndolo desde luego los señores, que por suscripcion proporcionaron vestido, albergue, manutencion y amparo contra los insultos del pueblo luterano, no ménos fanático é intolerante que el inglés. El Duque de Parma negoció el rescate por intermedio de un mercader, ofreciendo á cinco ducados por cada español que llevára á Flándes, y embarcados por mayor seguridad fueron conducidos al puerto de Yarmouth, pidiendo el dicho mercader salvo conducto de la Reina. Aseguran que con acuerdo del Consejo, y no queriendo parecer ménos compasiva que el de Escocia, dió consentimiento para que continuáran el viaje <sup>3</sup>; mas no falta quien tilde de perversa la concesion, toda vez que al hacerla se dió aviso á la escuadra holandesa previniendo

<sup>1</sup> Forneron, t. III, p. 347.

<sup>2</sup> Idem id., p. 353.

<sup>3</sup> Lediard.—Steinitz.

que interceptára las naves <sup>1</sup>. Ello es que acercándose á la barra de Dunquerque fueron cañoneadas y abordada una, los holandeses pasaron á cuchillo á 270 de aquellos desgraciados inermes, dando lugar á terrible represalia.

El Dr. Luis de Bavía ofrece algunos otros pormenores de la Armada en su *Historia pontifical*, diciendo:

«Dió orden el Duque, á toda la Armada, que le siguiesen, y que si el tiempo contrario los apartase, se encaminasen á la Cornüa, donde se esperasen los unos á los otros, hasta que se diese nueva orden. Caminaban con esto la vuelta del canal que pasa entre Escocia é Irlanda; mas sobrevino una furiosa tempestad que duró hasta las diez horas desde la mañana, con notable daño de la Armada. Desaparecieronse aquí más de veinte navíos siguiendo al almirante Juan Martínez Recalde, que tomó la vuelta de Irlanda. Perdióse entre ellos D. Alonso de Leyva, cuyo valor merecia tener más dichoso fin.

»Llevaba consigo muchos caballeros principales: llegó á Irlanda con la nave tan malparada, que le obligó á mudarse á una galeaza que habia llegado; mudáronse tambien algunos caballeros que corrieron la misma fortuna. Hízose á la mar para venir á España, cargóle el temporal de snerte que se perdió: libráronse cinco ó seis marineros que llegaron á nado á tierra. Perdiéronse aquí don Antonio Manrique, conde de Paredes, y D. Francisco Manrique, su hermano; mejor dicha tuvo D. Pedro Manrique, hermano de los dos, que aunque iba em-

<sup>1</sup> Cuéllar, docum. núm. 184.

barcado con ellos, con ocasion de una compañía de infantería que estaba vaca en el galeon de Juan Martínez de Recalde, que la pidió y se la dió el Duque, hubo de dejar á sus dos hermanos y pasarse á servirla, y fué causa de no perderse. Sucedió lo mesmo que á D. Alonso á D. Diego Enriquez, en otro bajel donde iba con muchos caballeros: no tan mal á D. Alonso de Luzon, mariscal de campo del tercio de Nápoles: dió en tierra, salvó la vida, y fué preso de los enemigos, como tambien lo fué D. Rodrigo Laso, que iba con él, y sirve hoy á S. M. en Flándes. Perdióse el galeon *San Marcos*, y murió peleando en él valerosamente D. Felipe de Córdoba, hijo de D. Diego de Córdoba, caballero mayor del rey católico D. Felipe II. Es este caballero el que en la isla Tercera fué el primero que acometió al enemigo. Murieron tambien D. Martín de Alarcon, administrador general de la Armada; D. Rodrigo de Mendoza, hermano del Marqués de Cañete; D. García de Cárdenas, hermano del Conde de la Puebla, y otros muchos caballeros y capitanes entretenidos. Libráronse de este peligro dichosamente el Marqués de Peñafiel, padre del Duque de Osuna, que hoy es, y D. Enrique de Guzman, de la Cámara de S. M., por haberse pasado á la capitana. A 14 de Setiembre entró en el puerto de Lameric, en Zelanda, con su nave, el capitan Doliste de Ivella: embarcó en los patajes su gente y artillería de S. M.; reparó la urca *Danzic*, con su infantería de portugueses; trájola con parte de su gente á España, habiendo quemado su nave en 21 de Setiembre, porque no se aprovecasen de ella y de lo que en ella quedaba, los enemigos.

Procuraba Juan Martínez de Recalde reparar algunos navíos que llegaban donde él se hallaba : hizo esto con el navío en que iba D. Diego Bazan, que llegó de suerte maltratado, que recogiendo la gente, le hizo dar un barrenito. Llegó al mismo puerto Márcos de Arambulo, salió con siete bajeles para España, y llegó á Santander con ellos, donde tambien llegó Oquendo, que habia seguido la derrota de Recalde ; llegó con él D. Diego Pacheco, hermano del Marqués de Villena, que llevó consigo muchos caballeros : llegaron tan malparados, que á pocos dias murieron él y Oquendo. Detúvose más Juan Martínez de Recalde en el puerto de Irlanda ; partió al fin y llegó á Santander, donde murió dentro de ocho dias. Con él vino D. Pedro Manrique, hoy Conde de Paredes (que ya dije la causa por qué se apartó de sus hermanos). Con la determinacion que tomó el Duque de hacerse á la mar, dobló el cabo de Clara, llegó á España y desembarcó en Santander á los 24 de Setiembre.»

En historias de Francia se lee <sup>1</sup> que un gran galeon de Vizcaya, nombrado *Calvados*, naufragó en la embocadura del Orne, sobre las rocas de Normandía que han conservado su nombre, y aunque ninguno de los bajeles de la Armada lo tenía, en una de las relaciones insertas aquí se anota que el galeon *San Salvador*; de porte de 958 toneladas, perteneciente á la escuadra de Guipúzcoa que mandaba Oquendo, se incendió en el combate del

<sup>1</sup> Henri Martin, t. x. pág. 93.—Bouillet, *Dictionnaire*. V. Apéndice T.

Canal de la Mancha, y es muy probable que la gente buscára salvacion en la costa inmediata. Los naturales de ella entendieron *Calvados* por *Salvador*.

Contadas las personas que desembarcaron en el Havre y en Calais de las dos naves perdidas, los náufragos en Escocia, los del galeon *San Felipe* y los rescatados de Inglaterra y Holanda de la capitana de D. Pedro de Valdes y el galeon *San Mateo*, llegaron á Flándes más de mil trescientos españoles, que fueron de mucho servicio, entre ellos D. Alonso Luzon, D. Francisco de Toledo, D. Rodrigo Niño, los capitanes Estéban de Legorreta y Patricio Antolinez de Búrgos y los ántes nombrados, compañeros de D. Diego Pimentel.

La investigacion de la pérdida efectiva que tuvo la Armada no ha ocupado gran cosa á nuestros historiadores, que discurren en cambio largamente acerca de la impresion que en el rey Felipe II hizo la noticia del desastre, fijándose en la expresion del rostro, en la actitud de la persona, en las palabras que pronunció al conocer el fracaso de su proyecto predilecto. Somos los españoles amigos de frases campanudas, y no era de perder la ocasion de añadir una más á las que adornan la historia patria al gusto popular, procediendo del Monarca en que estaba fija la atencion de toda Europa. Cuéntase, por tanto, quién fué el cortesano que avisó la llegada del mensajero, qué hacía D. Felipe en el instante, cómo abrió el pliego luctuoso, concediendo nuestros contemporáneos á los pormenores la importancia que en el hecho se concentraba. La fuente de donde proceden los comentarios pareceme haber sido las *Décadas de las*

*guerras de Flúndes* de Estrada, tantas veces citadas. Allí se lee este pasaje :

« En sólo el pecho del Rey hizo tan poca mella aquella borrasca que trasegó el cielo y la mar, que parecía no haber llegado á él. Interesará á nuestra edad en reconocer aquí una cosa averiguada de cierto para mí, porque no siempre se traigan los grandes ejemplos de los siglos antiguos ; como si el obrar las proezas más ilustres fuera dote de los tiempos, no de las personas. Corría sangre la herida de la desgracia, cuando, adelantándose á la Armada que volvía, un correo llegó á Palacio. Cércale Cristóbal de Mora y Juan de Idiaquez, antiguos áulicos y caros al ánimo del Rey, que se paseaban en la antesala : preguntáronle ansiosos qué trae ; díceles la pérdida de gentes y naves ; quedan heridos de espanto y dolor, y dudando quién de los dos daría al Rey la atroz nueva, Mora salió á darla, cediendo sin dificultad Idiaquez. Entrando en la cuadra halló al Rey, que escribía cartas, y preguntado qué había de nuevo, habiendo respondido que de la Armada se traían no buenas, hicieron entrar al correo, de quien entendida por extenso la rota, sin mudar su semblante el Rey : *Yo, dice, doy de corazon gracias á la Divina Majestad por cuya mano liberal me veo tan asistido de potencia y fuerzas, que sin duda puedo volver á sacar al mar otra Armada. Ni juzgo que importa mucho el que nos quiten tal vez la corriente del agua, con tal que quede salva la fuente de que corría.*

» Dicho esto vuelve á tomar la pluma, y con la misma serenidad de cara con que había comenzado, prosi-



guió escribiendo. Y á fe que á muchos pareció esta respuesta del Rey imitacion de cierta insensibilidad estoica cuya hermosa apariencia parecia que Filipo solia mucho amar, como sobrepuesto á las cosas humanas é inaccesibles á aquellas desventuras que maltratan á los mortales. Pero mostrar con tanta facilidad esta misma firmeza de ánimo, aún en la apariencia (como quisieréis), inconcuso; y tener tal imperio sobre los movimientos del alma, que en una grandísima rota, en tan grande mulogro de riquezas, en el sumo desconsuelo de los suyos, alegrándose los émulo, triunfando los enemigos, no le saliese á las palabras ó al semblante el menor indicio de movimiento y turbacion interior, verdaderamente convence, ó estaba con solidez armado aquel ánimo, que despedia de sí, sin herida alguna, puntas con tan valiente impulso arrojadas, ó que estaba muy señor de sí, quien tenía á su mandar cualesquiera afecto, sacándolos á la cara y retirándolos al corazon igualmente sin estar sujeto á algun asalto de los males, por más repentinos que fuesen, en ninguna ocasion desprevénido. Por lo ménos, de Octaviano César leemos que se inmutó tanto con la nueva de la rota Variana, que pasó meses enteros sin componer la barba ni el cabello, dando tal vez con la cabeza en los postes, pidiendo á voces, como dementado, que le restituyesen las ya destrozadas legiones. Quando el Rey español, el dia en que supo la rota, ese mismo consignó cincuenta mil escudos de oro para la cura y consuelo de los heridos y pobres soldados y marineros, y en carta que hasta hoy dura, escrita á los prelados de España, los exhortó á

dar gracias á Dios en solemne sacrificio, por aquella parte de la Armada que su bondad quiso guardar. De modo que más gloria dió á Filipo esta constancia, que la que le hubiera dado la victoria de Inglaterra, pues aquel lauro le hubiera recibido de manos de la milicia; éste se le puso él arrebatándole á más fiero contrario, capitan á un tiempo y soldado en el campo de la paciencia.»

Mejor informados que Estrada, por más cercanos en tiempo y lugar á la corte, debian estar Antonio de Herrera y Cabrera de Córdoba, que se contentaron con notar la firmeza heroica de D. Felipe en el infortunio, lo que hizo tambien el escritor inglés contemporáneo Camden, y eso que un compatriota suyo, refugiado por entónces en Madrid, llamado Copley, echó á volar por Lóndres la especie, inventada sin duda para consuelo de los católicos de aquel reino, de que el Rey estaba oyendo misa cuando le comunicaron la mala noticia; y que, señalando á uno de los candeleros de bronce del altar, juró no olvidar la afrenta recibida y subyugar á Inglaterra, aunque redujera los tesoros de la Corona al valor de aquel metal y perdiera á España.

El licenciado Porreño recopiló en un libro *los dichos y hechos del rey Felipe II, llamado con justa razon el Prudente*, allá por los años de 1666, ó sea casi un siglo despues de la jornada de Inglaterra, sin olvidar la expresion de Estrada, ántes bien enredó con el follaje de la fantasía los fundamentos, ofreciendo á los autores venideros materia de efecto que no han desperdiciado. Don Modesto Lafuente, en su número, afecto como era á

semejantes recursos, pulió la frase poniéndola así en boca del fundador del Escorial:

*« Yo envié mis naves á luchar con los hombres, no contra los elementos. Doy gracias á Dios de que me haya dejado recursos para soportar tal pérdida; y no creo importe mucho que nos hayan cortado las ramas, con tal que quede el árbol de donde han salido y de donde pueden salir otras <sup>1</sup>. »*

Ocorre de ordinario que la ficción irreflexiva con que se pretende engrandecer las figuras históricas, produce un efecto contrario. Admitiendo que Felipe II hubiera dicho las primeras palabras, habría de reconocerse que ignoraba el objeto primordial á que las naves se destinan desde el punto en que son lanzadas al agua en el astillero, que no es otro que luchar contra los que se llamaron elementos; con el viento y la mar; y tal injusticia no cabe, observando la cuidadosa inteligencia con que en las instrucciones se preveía la contrariedad posible en la navegación. El Rey no pudo pronunciar, no pronunció, seguramente, esas palabras, cayendo por la base el castillo de la invención, sin más que fijar el discurso en los hechos indubitables. Don Baltasar de Zúñiga, portador de los despachos del Duque de Medina-Sidonia y encargado de extender verbalmente la relación de ocurrencias, se separó de la Armada el 21 de Agosto, dejándola reunida sobre las islas Orcadas; daría cuenta precisa del combate á la salida de Calais; pérdida de los dos galeones que se creyeron sumergidos; desperfec-

<sup>1</sup> *Hist. gen. de Esp.*, t. XIV, pág. 247.

tos de los otros; muerte de personas principales; inesperado libramiento de los bancos de Flándes; navegacion hasta el Norte de Escocia, y próxima llegada de las escuadras necesitadas de reparacion y vituallas; pero mal podia tratar de lo que no habia acontecido; los temporales y los naufragios fueron posteriores; el mismo Duque de Medina-Sidonia los ignoraba cuando arribó á Santander, y trascurió mucho tiempo sin que de una manera completa se conocieran; es más, todavía hoy se desconoce la suerte de algunas de las naos que desaparecieron sin testigos.

La grandeza de ánimo del Rey es manifiesta, y se admira en los documentos que suscribió á raíz del desastre, sin necesidad de esos resortes de efecto teatral, sacados probablemente de los documentos mismos, y compuestos en la carpeta de un novelista, ó en el corrillo de los desocupados. En carta de encargo á los prelados, dijo: « Los sucesos de la mar son varios, como se sabe..... y como de todo lo que Dios es servido hacer se le deben gracias, yo se las he dado desto y de la misericordia que ha usado con todos, pues segun los tiempos contrarios y peligro en que se vió toda el Armada de un temporal recio y deshecho que la dió, se pudlera con razon temer peor suceso.....<sup>1</sup> »

Al archiduque Alberto, gobernador de Portugal, que le pedia noticias escribiendo parecia encanto el no saberse de la Armada, contestó solamente estas palabras: « Por la relacion que va con ésta, que me envió el Du-

<sup>1</sup> Documento 177.

que de Medina-Sidonia, veréis en qué paró el encanto. Dios os guarde <sup>1</sup>.»

Tanto más es de admirar la noble entereza de D. Felipe, cuanto la puso á ruda prueba el incalificable proceder del general en quien fió la gran empresa. Dicho queda que encerrado en la cámara, indiferente á cuanto pasaba en la Armada, sólo pensaba en alcanzar las costas de la Península. Cada día empleado en la travesía aumentaba su impaciencia; en los primeros no quiso esperar á las naves rezagadas; en los últimos, pospuestos miramientos, se determinó á hacer toda fuerza de vela, aunque se quedase solo, como se quedó, pretextando que lo exigía la escasez de vituallas, como si abundáran en las demas. Cuanto le ocurrió ordenar fué *que cada uno se remedie como pueda* <sup>2</sup>.

Al descubrir en Santander la tierra deseada, como el viento contrario y tempestuoso impidiera tomar el puerto al galeon, abandonándolo al cuidado de Flores Valdes, que tuvo que correr hasta Laredo, abandonando el estandarte Real, que personalmente y bajo juramento y

<sup>1</sup> CARRERA DE CÓRDOBA, t. III, pág. 302. En la *Correspondance de Philippe II*, publicada por M. Gachard y citada al mismo objeto por M. Forneron, hay carta de D. Juan de Idiaquez al Duque de Parma, que dice con fecha 31 de Agosto de 1588: «Y si todavía no quedase alguna esperanza en Dios de que podría haberse servido de responder por su causa, y que la vuelta de la Armada ha dado ocasión á V. E., la habrá sabido tomar de suerte que no se le escape de las manos, no sé cómo se llevaría un sentimiento tan grande.» Más adelante escribía: «Le duele extraordinariamente (al Rey) no haber acabado de hacer un tan gran servicio á Dios.»

<sup>2</sup> Relacion de la galeaza Zúñiga, citada por Forneron como existente en el Arch. Nac. de París, K. 1568, pieza 123.

pleito homenaje había recibido, se metió en el bote del piloto práctico y se fué á la ciudad, participando desde allí al Rey que habían muerto en el galeon ciento ochenta personas, quedando todas las demas enfermas de mal contagioso de tantas miserias y necesidades como habían pasado, y las abandonaba tambien, « porque no estaba con salud ni cabeza para tratar de nada » <sup>1</sup>.

Sin esperar respuesta, por mano de D. Juan de Idiaquez, remitió la increíble declaracion de su ineptitud, vergonzoso instrumento á la vez de su deshonra, escribiendo entre otras cosas <sup>2</sup> :

« Mi falta de salud se va continuando y así para ninguna cosa soy de provecho, y en ninguna manera cuando la tuviera muy entera y muy firme me embarcára; porque S. M. no se ha de servir de que yo me acabe tan sin género de provecho á su servicio, por no saber de la mar ni de la guerra. Así V. S. me tenga por olvidado en todas estas materias, y le suplico, pues nuestro Señor no se sirvió llamarme á esta vocacion, no se me ponga en ella..... y en las cosas de la mar por ningun caso ni por ninguna vía trataré de ellas aunque me cortase la cabeza (el Rey), pues será esto más fácil que no acabar en oficio que no sé ni entiendo. »

Acabando de trazar su retrato el descendiente de Guzman el Bueno, capitan general del mar Océano, general de la armada *Invencible*, solicitaba con insistencia y sin pérdida de tiempo, licencia para marchar á su

<sup>1</sup> Documento 173.

<sup>2</sup> Documento 174.

casa. ¡Cuánto mejor que el rey D. Juan pudo decir : «Nasciera yo hijo de un mecánico, é hubiera sido monje del Abrojo!»

Á tiempo que reiteraba las instancias instalado en una casa, morian en los bajeles, cuidando más que de sí propios de la dolencia de sus marineros, distribuyendo refrescos y consuelos, dando sublime ejemplo de abnegacion y sufrimiento, como de energía y valor lo habian dado ántes, los generales Recalde y Oquendo, el almirante Gregorio de las Alas, con otros capitanes y pilotos, que se diria habian encadenado el espíritu vital, miéntras al servicio de la patria fué necesario <sup>1</sup>.

Ni una palabra dura, ni asomo de cargo ni reconvenccion se encuentra en los despachos Reales contestando á la participacion de los sucesos de la campaña y á las singulares manifestaciones del Duque. «Pues decís que importa tanto para vuestra convalecencia, decia uno <sup>2</sup>, el no cogeros el invierno en tierra fria, sino iros luego á curar en la vuestra, en que me haceis tanta instancia, tengo por bien que lo podais hacer, habiendo ántes de salir de ahí proveido y dado orden en las cosas que aquí se os dirán.»

Eran estas cosas, ante todo, el cuidado de los enfermos, encargando los visitára, consolando á la gente de mar y guerra, y noticiándoles que presto tendrian dinero y vituallas, con la orden conveniente para su descanso; despues, la seguridad de las naves, de cuyo mando

<sup>1</sup> Apéndice U.

<sup>2</sup> Documento 176.

habia de encargarse Diego Flores Valdes ; por último, la órden de reconocimiento de efectos y pertrechos para conocer los consumidos y los existentes. De forma que, más bien que prevencion, acreditaba la carta del Rey interes por el prestigio y la consideracion del General; al fin decia : « Dejando órden en estas cosas, que podréis fácilmente darla, os podréis partir en hora buena á mirar por vuestra salud, que espero en Dios que os la dará. »

La magnanimidad del Soberano llegó al extremo de conservar al Duque, en su residencia de Sanlúcar, el cargo y sueldo de Capitan general del mar Océano, tomando sobre sí el cometido de restaurar la Armada ; llegó á desoir los murmullos de la corte, trasmitidos por Cabrera de Córdoba en estos términos :

« Bien quisieran los aficionados del Duque acudir al remedio de los males de su gente, pues su presencia consolára y pudiera mucho mostrando su beneficencia, grandeza y liberalidad con los que libró Dios, pues volver sin victoria no quita á los príncipes la generosidad de sus corazones ni el mérito de su gran valor. »

No cabe censura más aguda de la roñosería del magnate, el abandono de su gente y la fama de su bizarría; el juicio de la campaña, que no necesitaba el epigrama, trasmite en otro estilo :

« Su retirada dió causa para que se dijese erró grandemente en tomar jornada tan grande..... No debia moverse llegado á las Sorlingas hasta saber si el Duque de Parma tenía tan pronta su embarcacion que, para jun-



tarse con él, no tardase más que una marea. Entró por el canal sin claridad alguna y se echó mar al traves casi dos días, debiendo seguir su viaje procurando meterse en Falamua, porque el enemigo estaba en Hartamua y lo podía hacer con facilidad. Usó pocos ardides de guerra cuando descubrió al enemigo, pudiendo, con una parte de la Armada, hacerle cara, y con la otra, procurar ganarle el viento, forzándole á pelear, pues se conoció en aquel día no quería abordar. Fué mal consejo no socorrer á D. Pedro de Valdes, aunque arriesgára toda la Armada, porque la desanimó, y causó el decir que, pues á tal caballero no socorría, poco podían esperar los demas de su socorro. Erró mucho en ancorar en Calés no estando cierto que el de Parma se juntaría con él brevemente, y no perdería la galeaza capitana, dos galeones y dos navíos, y tomar la resolucion y navegacion, que jamas se hizo, con tormentas continuas y hambre.....»

En fin, desoyó D. Felipe informacion secreta, en que se decia: «Si la Armada hubiera sido bien dirigida, hoy sería el Rey señor de Inglaterra», escribiendo de su mano al márgen: «*Esto primero es errado* <sup>1</sup>.»

Los cortesanos, como se ve, fueron más severos con el Duque de Medina-Sidonia que el Soberano, cuya bondad con el caudillo de la Armada más hacía notar el castigo, justo en verdad, de un subalterno <sup>2</sup>.

Para conocer las pérdidas, al mismo tiempo que se

<sup>1</sup> Arch. Nac. de París, k. 1.568, pieza 131, citado por Forneron.

<sup>2</sup> Apéndice v.

hacia relacion de las naves, ordenó D. Felipe que en las provincias y corregimientos se formáran estados expresivos de los que murieron en combate y en naufragio, con los nombres de la nao, el individuo y su clase, agregando la naturaleza, el número de viudas y huérfanos que dejaron, y el lugar de residencia de éstos <sup>1</sup>. Es dudoso que la orden se cumpliera, por la dificultad que los trabajos estadísticos ofrecían en aquel tiempo; yo no he logrado encontrar ninguna de estas listas ni debieron verlas los coetáneos, por la diversidad de las cifras que consignan. Los más estiman que el número de muertos se acercaba á 10.000; pero como en éste se incluye á las tripulaciones de todas las naves que faltaron, hay que descontar los 1.300 que se reunieron en Flándes y los 400 forzados libres, quedando por este lado reducida la suma, si bien por otro la aumentan los enfermos que sucumbieron despues del regreso. El cálculo de 8 á 9.000 bajas puede considerarse muy aproximado, y es precisamente la mitad de las supuestas por los ingleses, que nada han dicho de las suyas, porque tampoco eran pocas. Sin calcularlas Forneron da una idea de su magnitud <sup>2</sup> refiriendo que en las tripulaciones, mantenidas con pescado podrido, harina mala y cerveza fermentada los diez dias de los combates, se desarrolló una terrible epidemia: al volver á las costas de Inglaterra perdió el navío *Elisabeth Jonas* 200 hombres; en el de sir Roger Towsend no quedó

<sup>1</sup> Docum. 196.

<sup>2</sup> Tomo III, pág. 341.

más que uno sano; en la mayor parte de los otros no había gente suficiente para llevar las anclas, y la que entraba á reemplazarla en aquellos focos infectos se contagiaba de seguida. «Los héroes — dice — que con energía y actividad prodigiosas habían salvado el país, sucumbieron, víctimas de la avaricia de Isabel y de la venalidad por ella autorizada. Así, durante el mes todo de Setiembre, estuvo sin defensa Inglaterra.»

Comprueba la mortandad nuestro historiador Vazquez escribiendo <sup>1</sup>:

«A los 26 de Agosto se tomó un felibote de la Reina de Inglaterra que iba en busca de su Armada, con despachos y avisos para su General. Llevólos á Brujas don Jorge Manrique y se los dió á Alejandro Farnesio. Lo que contenían era el sentimiento que la Reina tenía por no saber de su Armada, porque no habían llegado á Londres sino veintiocho bajeles, y aquéllos muy mal tratados, y á Pechelingas treinta y dos y peor en orden y con poca gente, y que era muerta otra mucha muy particular y su piloto mayor; y que la Reina había hecho publicar un bando que nadie fuera osado en todo su reino á decir el suceso de la Armada, ni dejasen salir navíos de sus puertos para ninguna parte. Por haberse sabido esto por los despachos que Alejandro abrió, lo escribo.»

En la falta de las naos no cabe duda, y con ser con-

<sup>1</sup> VAZQUEZ, *Los sucesos de Flándes*, t. II, pág. 352. Forman parte de la Colec. de docum. ined. para la historia de España.

siderable, tampoco es tan grande como ellos propalaron.

Se especifica de este modo <sup>1</sup>:

|  |    |
|--|----|
| Abandonadas al enemigo.....                    | 2  |
| Perdidas en Francia, con salvamento de pertre- |    |
| chos.....                                      | 3  |
| Perdidas en Holanda.....                       | 2  |
| Sumergidas en combate.....                     | 2  |
| Embarrancadas en Irlanda y en Escocia.....     | 19 |
| Suerte ignorada.....                           | 35 |
| TOTAL.....                                     | 63 |

Por clases se descomponen así:

|                      |    |
|----------------------|----|
| Galeones y naos..... | 26 |
| Urcas.....           | 13 |
| Patajes.....         | 20 |
| Galeazas.....        | 3  |
| Galeras.....         | 1  |
| TOTAL.....           | 63 |

El costo total de la jornada fué calculado por D. Bernardino de Mendoza en mil cuatrocientos millones de reales.

En San Sebastian se incendió posteriormente la capitana de Oquendo <sup>2</sup>, y se perdió en Santander una urca;

<sup>1</sup> Documento 181.

<sup>2</sup> El año 1588, por el mes de Octubre, voló con pólvora en el puerto del Pasaje, la nao de Armada del general Miguel de Oquendo, vuelta de la jornada desgraciada de Inglaterra, que estando tomando la muestra entre día, por algun descuido prendió fuego la pólvora de la munición, y con gradísimo estruendo que hizo, voló la mitad de la nao por los aires con más de cuatrocientos hombres de guerra; y un negro del mismo General, que se halló en el comedor de la nao, voló en trecho de un tiro de arcabuz hasta un monte jaral que estaba en la parte del Pasaje de San Sebastian, de donde bajó aturrido y espantado al cabo de dos días, y vivió. Una pieza

ambas naves se incluyeron en la relacion general de las pérdidas, mas no deben imputarse á la jornada, por ser accidentes fortuitos que no tienen relacion con ella.

Otra de las disposiciones del Rey, al decir de Estrada, que yo no la he visto, fué poner tasa en las demostraciones del dolor, «y como antiguamente en Roma, despues de la infeliz batalla de Cannas, por decreto del Senado se estrecharon las lágrimas á treinta dias, así convino que en España se pusiese límite del duelo á las enlutadas familias de los que lloraban.» La consternacion fué realmente grande, y para consolar los espíritus abatidos escribió expresamente el P. Pedro de Rivadeneira, de la Compañía de Jesus, el *Tratado de la Tribulacion*, libro admirable, no sólo por la doctrina, sino tambien por la hermosura de los pensamientos y el encanto de su estilo clásico<sup>1</sup>; mas léjos de abatirse los ánimos con el desastre, ciudades, villas y personas acudieron espontáneamente

de artilleria de hierro colado de más de veinte quintales, parece hoy en un zarzal del camino de la Atalaya nueva, reventada por medio, que la arrojó de esta nao la furia de la pólvora.—Isasti, *Hist. de Guipúzcoa*, lib. I, cap. XXVI.—Segun el P. Juan de Victoria, no perecieron con la nao más que ciento treinta personas. Véase docum. 186.

<sup>1</sup> Se ha reimpresso en Madrid en 1877. Tambien publicó por aquel entónces Fr. Marcos de Villalba una obrita titulada *Epistola consolatoria ad Philippum II Hispaniarum Regem, classe navali, quam in Angliam miserat, ventis quassata et dispersa. Salmanticae*, 1588, en 4.<sup>o</sup>; y segun indica Gregorio Leti en la *Vita de D. Pietro Giron*, el año mismo de 1588 escribió y mandó imprimir, asimismo en Salamanca, el catedrático de la Universidad, Francisco Minga, una elegante oracion en verso latino y castellano, dedicada al Duque de Medina-Sidonia, alabando la gran constancia del rey Felipe en la adversidad de la fortuna. Mis diligencias por encontrar estos escritos no han sido felices.

al Rey alentándole á proseguir en el intento contra Inglaterra, y ofreciendo á porfía hombres y dineros para ello <sup>1</sup>.

Los rebeldes de Flándes celebraban en tanto con fiestas y alegrías el fracaso de la Armada que más de un año había sido su pesadilla, grabando medallas en perpétuo recuerdo del peligro de que la Providencia les había librado y en burla de los españoles <sup>2</sup>.

En Inglaterra fué más ruidosa la explosion de júbilo, como reaccion del temor más intenso que el de los otros pueblos protestantes; la Reina salió en carro triunfal, á la romana, rodeada de los ministros y la nobleza, dirigiéndose á la iglesia de San Pablo, donde se habían colgado los trofeos de los bajeles españoles, y en todo el reino hubo salvas, iluminaciones y otros espectáculos públicos, publicándose cantos y loas en distintas lenguas.

Como sea tan sencillo juzgar de los acontecimientos despues que han pasado, no satisfechos algunos se lamentaban en medio de las fiestas de no haber exterminado á los españoles pudiendo hacerlo, primero, cuando se retiraban por la costa de Escocia <sup>3</sup>, despues en los puertos de Irlanda; pero no faltaban personas sensatas que aplicáran correctivo á las baladronadas, demostrando con los hechos ser Inglaterra dendorá á Dios del triunfo, no al esfuerzo de sus hombres.

<sup>1</sup> Documento 188.

<sup>2</sup> Apéndice W.

<sup>3</sup> Merece atencion este párrafo de William Monson: «El Almirante español (el Duque), por consejo de su confesor, estaba decidido á rendirse si era de nuevo atacado, y es de suponer que el resto de la Armada hubiera seguido el ejemplo; pero los dejamos escapar.»

Podrían reir en aquellos momentos del adjetivo de la Armada; mas fuerza será reconozcan que para ellos fué invencible. Los pobres trofeos con que adornaron la catedral de Lóndres les fueron abandonados por la incapacidad; no eran, no, preseas ganadas con el valor; atacaron naves dispersas, no rindieron una sola: las de la retaguardia mantuvieron en respeto á todas sus fuerzas; en tanto respeto, que habiendo corrido el falso rumor de que la Armada católica, repuesta en las islas Orcadas, volvía á buscar al Duque de Parma, llenos de confusion la Reina y su Consejo, por haber mandado desarmar las naves y despedir la gente, inmediatamente ordenaron que se aprestáran de nuevo; cesaron las alegrías y hubo inquietud y zozobra en el reino hasta que las embarcaciones ligeras despachadas á inquirir la verdad, volvieron con la certeza de que la escuadra española había pasado aquellas islas y navegaba hácia el Poniente <sup>1</sup>. Creyéronse ademas en la necesidad de sincerarse ante Europa de los cargos que se hacían á la poca resolución de las escuadras britanas, cuyo almirante y jefes recibieron espléndidas recompensas de la Reina, aplausos de los ministros y ovación del pueblo.

El juicio desapasionado de los que no tenían interes inmediato en la lucha es muy distinto del de los ingleses <sup>2</sup>; segun el mio, con todos los defectos de armamento y organizacion de la grande Armada, tal como ella era, sin otra alteracion que la de hallarse en la cubierta de la capitana D. Álvaro de Bazan, en el puesto que

<sup>1</sup> Herrera, 3.<sup>a</sup> parte, lib. iv, cap. viii.

<sup>2</sup> Jurien de la Gravière, loc. cit., p. 125.

ocupó don Alonso de Guzman el Bueno, acaso no hubieran reido los isleños, salva siempre la voluntad de Aquél *que da y quita las victorias como quiere*<sup>1</sup>, pues con razon escribió el cardenal Bentivoglio<sup>2</sup>: «Pocas empresas se premeditaron más tiempo; pocas se dispusieron con mayor aparato, y ninguna por ventura se ejecutó con más infelicidad. Tan engañosos son de ordinario los designios entre los mortales. Y la divina Providencia en sus levantados decretos, determina muchas veces lo contrario de lo que en la tierra traza la humana sabiduría, confiada soberbiamente de sí misma.»

¿Habrá de culparse entónces del desastre al Duque de Medina-Sidonia? No de un modo absoluto; culpa mayor tuvo el Rey por haberle confiado tamaña empresa, teniendo motivos de saber *que no habia de dar buena cuenta de ella*; culpa alcanza Alejandro Farnesio, que, á estar apercebido y de buena voluntad, hubiera corregido los primeros desaciertos; pero de todos modos, la causa inmediata del fracaso que vistió de luto á media España, quien hundió el concepto de nuestra marina, invencible hasta entónces, y acabó con la preponderancia en la mar, fué ese hombre desdichado<sup>3</sup>. Don Felipe dió oportuna providencia haciéndose sepultar en la quilla de un galeon<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Frase de las instrucciones de D. Felipe II.

<sup>2</sup> *Las guerras de Flándes.*

<sup>3</sup> Apéndice X.

<sup>4</sup> «La madera de su ataud se sacó de la quilla del galeon portugués *Cinco Llagas* (Cinco Chagas). Forróse por dentro con raso blanco y por fuera con tela de oro negra; cruz de raso carmesí, y la clavazon dorada.» Fernandez Montaña, *Nueva luz y juicio verdadero sobre Felipe II*, p. 329.



---

## APÉNDICES.

---

### A.

**Medalla acuñada en Flándes con motivo de la partida de Felipe II.**

Á la memoria del Emperador Carlos V, fresca en los Países-Bajos y renovada en el momento de embarcarse para España D. Felipe II, se dedicó una hermosa medalla, que representa: en el anverso, partido por la mitad verticalmente, á la derecha el busto coronado del Emperador, y á la izquierda el acto de entrar en el monasterio. En el reverso, el muelle de Flesinga y la despedida de D. Felipe, que se embarca en un galeon inmediato. En el exergo se lee: «*Depart de Philippe II des Pais-Bas pour l'Espagne.*» El grabado de esta medalla se incluyó en la *Histoire abrégée des Provinces-Unies des Pais-Bas. Amsterdam.—Chez Jean Malherbe. MDCCL.*

### B.

**John Hawkins.**

Nació este aventurero en Plymouth en 1520, y habiendo hecho varios viajes á las islas Canarias, informándose de los pormenores de la navegacion de las

Indias Occidentales, así como del aprecio que allí tenían los esclavos negros, ideó tomarlos en la costa de Guinea y hacer buen negocio. No faltaron en Londres personas que se asociáran á la empresa facilitando fondos, con los que armó tres buques el año de 1562.

En este viaje de ensayo capturó á viva fuerza trescientos negros, y á viva fuerza también los vendió en la Española, respondiendo á la intimación de las autoridades subalternas de la costa con el desembarco de su gente armada. No es sorprendente que por semejante sistema realizáran considerables ganancias.

Para el segundo viaje, preparado dos años después, equipó un bajel de 700 toneladas y otros tres menores, queriendo ensanchar las operaciones. Aunque los negros se defendieron, matándole algunos hombres, cogió cuantos cupieron en sus barcos, quemando los pueblos; los vendió en Costa-Firme con iguales procedimientos que ántes, ó sea llevando por delante los arcabuces de su gente, y al regreso auxilió á los franceses que se habían establecido en la Carolina, vendiéndoles un navío, víveres y algunos cañones de bronce, que redondeaban su negocio.

Lediard juzga que el negrero procedía con perfecto derecho en virtud del tratado que supone existía entre Enrique VIII y Carlos V, y no he de discutir una opinión de que sin duda participaban sus compatriotas, pues para la tercera expedición, organizada en 1568, fueron ya diez los bajeles <sup>1</sup>, mandando uno de ellos Francisco Drake.

<sup>1</sup> Los ingleses dicen que eran seis.

El 14 de Setiembre los vieron aparecer en Villa-Rica, y creyendo fueran sus velas las de la flota de España, que se esperaba por horas, bajaron á Veracruz á recibirla los oficiales reales, saliendo en un batel. Hawkins aprovechó tan buena oportunidad prendiéndolos á todos, y sin perder momento echó gente en tierra, apoderándose de la isla de San Juan de Ulua, del navío del capitán Francisco Maldonado, cargado de vinos, y de algunos otros que había en el puerto. Conseguida esta sorpresa sin bandera, reunió en su presencia á los referidos oficiales, y dijo que, habiendo salido de Inglaterra para la Mina de Portugal, forzado por los temporales había tenido que arribar allí con propósito de carenar las naves y reponer los bastimentos, que pagaría al precio corriente. Que no causaría mal alguno á la población si se los facilitaba, y que en garantía conservaría en su poder la isla, con sus baterías. ¿Qué medio quedaba á los oficiales, obligados por fuerza mayor? Aceptaron la propuesta, haciendo desalojar la isla por completo á los españoles.

Así las cosas, al tercer día, ó sea el 17 de Setiembre por la mañana, se avistaron trece navíos de la flota de España que mandaba el general D. Francisco Lujan y conducía al nuevo virrey de Nueva España, D. Martín Enriquez. Hawkins quiso dar valor de estipulación á las condiciones impuestas á los prisioneros, encargando al capitán del puerto que saliera á noticiarlas al general y recomendára que los bajeles no se acercáran ni echáran gente en tierra mientras él estuviera allí, en la inteligencia de que dándole los víveres se iría luego.

Cumplió la embajada el capitán Delgadillo dejando perplejos al Virey y á Lujan, en primer lugar, porque entre los trece bajeles que componian la flota sólo la capitana era de guerra; la almiranta mercante iba muy cargada, y aunque tenía cañones, con una y otra era la fuerza muy inferior á la de los ingleses, máxime habiendo cubierto éstos con su gente las baterías de la isla, teniéndolas dispuestas á la defensa. En segundo lugar, temian por la suerte de los oficiales, prisioneros en rehenes.

Manteniéndose á la vela en la boca del puerto, llegó la gente de Veracruz, que serian unos ciento veinte hombres, y de noche se embarcaron en la flota, reforzándola, con lo que entró, fondeando el día 20, sin atender á las exigencias de Hawkins, que pretendia señalar un lugar en que no pudiera ofenderle. Sabiendo en tanto el Virey las tropelías é insultos que los corsarios ó piratas habian hecho en la costa, determinó castigarlos, sabido lo cual se anticiparon á romper el fuego, con la fortuna de incendiar á la almiranta española, que se voló, pereciendo unas veinte personas. No por esto se desanimaron; simultáneamente desembarcó en la isla la gente de Veracruz, dirigida por el capitán Delgadillo, tomando por la espalda á los ingleses, acuchillándolos y volviendo los cañones contra sus buques, y se lanzó sobre la capitana un barco viejo cargado de combustible. La defensa fué intrépida, pero no larga ni obstinada; Hawkins y Drake escaparon en dos barcos menores, dejando rendida la capitana, tres buques más y otro á fondo. En la primera se encontró la vajilla

de plata del que se apellidaba Almirante, mucha ropa y cincuenta esclavos negros que no habian vendido todavía. El venir las naos tan cargadas y no haber en el puerto ninguna á propósito á la persecucion, dejó á los fugitivos el camino franco; sin embargo, como iban escasos de mantenimientos, uno de ellos estuvo en la barra del rio Pánuco, y allí se le hicieron setenta prisioneros, de modo que emprendieron la navegacion á Inglaterra con grandísimos trabajos, sin otra compensacion que una parte del botin que salvó y se apropió Drake.

Constan los pormenores del combate en documento manuscrito de la Coleccion de Navarrete, tomo XXI, número 83, con título de *Relacion del suceso de la Armada y flota de Nueva España en el puerto de San Juan de Lua, con el cosario Juan de Aquines, año 1568*. Los ingleses lo cuentan de modo distinto y atribuyen el vencimiento á traicion, dando por cierto lo que le plugo contar al negrero á los partícipes de la honrosa sociedad en que la Reina estaba interesada, siendo de su propiedad el navío *Jesus*, de 700 toneladas, apresado, y algun otro. Traduzco por curiosidad la relacion de Hawkins, que se halla en la coleccion de Hacluyt.

«Llegada la flota española, dice, cambió saludo con la nuestra, segun costumbre, y empleamos dos dias en ponerla de un lado y la nuestra de otro, con tan buena fe de parte de los ingleses como mala de los españoles, pues tomaron de tierra un refuerzo de *mil hombres* y formaron plan de caer sobre nosotros á media noche. No

sospechamos la traicion hasta observar el movimiento de la gente, y preguntando entónces al Virey lo que aquello significaba, juró bajo su palabra que nada teniamos que temer. No nos satisfizo, sin embargo, la respuesta, recelosos de que hubiera gente oculta en un navio de 900 toneladas que habia fondeado cerca de la *Mignon*; despachamos nuevo emisario al Virey, y no pudiendo disimular más tiempo lo detuvo é hizo sonar una trompeta, á cuya señal cayeron los españoles sobre nosotros y bajaron á tierra en tanto número que la mayor parte de los nuestros fué degollada sin cuartel; el resto pudo ganar el *Jesus*. El navio que nos habia alarmado tenía á bordo 300 hombres que atacaron á la *Mignon*; mas estando sobre aviso pudo evitar el abordaje y salir del puerto: atacó entónces junto con otros dos navios al *Jesus*, que tambien consiguió desembarazarse y salir, aunque con mucha pérdida de su equipaje.

» El combate fué entónces horrible; en ménos de una hora fué echada á pique la capitana española (!), la almiranta incendiada y otro navio sumergido, pérdidas que disminuian mucho el daño que nos podian hacer.

» Como los españoles se habian apoderado de los cañones de la isla, nos abrasaban con ellos; los palos, vergas y jarcias del *Jesus* estaban acribillados de modo que desesperamos de salvarlo. Ademas, echaron á fondo nuestros buques menores. Llegada la noche, mientras discurriamos cómo abrigarnos de su artillería, dieron fuego á dos bajeles grandes, lanzándolos sobre los nuestros, y el terror se apoderó de la tripulacion del *Jesus*, que lo abandonó en la mayor confusion desoyendo las

órdenes del capitán. En fin, sólo la *Mignon* con una barca de 50 toneladas y la *Judit* escaparon, y todavía esta última <sup>1</sup> nos abandonó durante la noche. Vimósnos solos con el buque tan mal parado que apenas se sostenía sobre el agua, con pocas provisiones y muchas bocas, y lo que es peor, con división de opiniones, pues mientras unos querían rendirse á los españoles, preferían otros caer en manos de los salvajes.....»

Omito la narración de las atrocidades que dice cometieron los habitantes de Pánuco con 114 de estos *pacíficos y honrados comerciantes* obligados á desembarcar después de haber consumido todo lo comestible.

Hawkins no escarmentó con la lección; repitió otras expediciones en sociedad de ganancias con la reina Isabel, adquiriendo gran fortuna. Ennoblecido, como Drake, tomó por escudo de armas *un negro encadenado*, blason digno de sus empresas.

Dicho queda que se vendió á D. Felipe II con la escuadra que mandaba, y que tomó parte activa, si no eficaz, en los combates del Canal con la grande Armada.

Por última campaña fué á las órdenes del que había sido marinero suyo, de Drake, al ataque intentado contra Puerto-Rico el año 1595, llevando 26 naos y 4.500 hombres, que hubieron de retirarse con enorme pérdida visto el recibimiento que les hizo el general de la flota española Sancho Pardo Osorio; Hawkins recibió allí de una bala de cañon muerte desastrosa <sup>2</sup>. Fundó por memo-

<sup>1</sup> Era la que mandaba Drake.

<sup>2</sup> Los autores ingleses lo niegan, sosteniendo que murió del pesar que le causó el fracaso de la empresa.

ria en Chatam un hospital para marineros é inválidos de marina y dejó escrita relacion de sus viajes, que publicó Hakluyt, como he dicho. Drake sucumbió tambien en esta expedicion, al decir de Monson, porque contando con la buena estrella y en la seguridad de botín considerable, encontró la fuerza y resistencia de las poblaciones de Indias muy distintas de la vez primera, y tanta fué la pena por los sucesivos desengaños y derrotas, que murió súbitamente en Puerto Bello.

### C.

#### Tomas Cavendish.

Thomas Cavendish, que algunos llaman Candish, caballero de Suffolk, que habia disipado la mayor parte de su fortuna, empleó el resto en la compra de tres buques medianos. Embocando con ellos el estrecho de Magallanes, en 1587, encontró la gente apercebida en las costas de Chile y el Perú, y no consiguió presa ni otro daño que el incendio de algunas rancherías. Decidió, en consecuencia, hacer rumbo hácia las Molucas, teniendo la suerte de encontrar cerca de la costa de California á la nao de Acapulco *Santa Ana*, que venía de Filipinas.

La hazaña de captura del galeon mercante, que refirió á su modo, figurando un combate sangriento *con el Almirante de la mar del Sur*, consta por documentos oficiales conservados en la Coleccion Navarrete, t. xxiv, números 31 y 32, que son :

*Declaracion que hizo Tomas de Alzola, maestro de*



la nao nombrada «Santa Ana», que robaron los ingleses en el cabo de San Lúcas de la California, año 1588.

*Declaracion que hizo en la ciudad de Guadalajara del nuevo reino de Galicia, Antonio de Sierra, natural de San Lucar de Barrameda, del suceso del navío «Santa Ana», que viniendo de las islas Filipinas en demanda de la Nueva España, tomaron los ingleses cerca del cabo de San Lúcas de la California.*

Conformes ambas declaraciones refieren lo que extracto. Habiendo salido la nao *Santa Ana* del puerto de Cavite, en la isla de Luzon, el día 2 de Julio de 1587, hizo sin accidente su navegacion, viniendo á reconocer el cabo de San Lúcas en la costa de California el 14 de Noviembre. Hallándose cerca de la tierra descubrieron los vigías, primero dos velas y á poco una lancha y dos bates, que despertaron la sospecha de enemigos. La nao no llevaba artillería ni otras armas; de los mercaderes pasajeros se reunieron como docena y media de espadas y rodela; el capitán tenía dos arcabuces y un frasco de pólvora, y tomando los marineros los hierros de las bombas y piedras del lastre se prepararon á la posible defensa. Llegó la capitana inglesa por barlovento, con banderas blancas y rojas, tocando los clarines; hizo descarga de artillería y mosquetería y abordando por estribor, echó dentro de la nao más de cuarenta hombres armados, desatracándose en seguida. Los de á bordo los recibieron valientemente, matando cinco de los ingleses é hiriendo otros seis, con lo cual todos los restantes se tiraron al agua; murieron en la refriega tres españoles. Un oficial de Cavendish, que habia saltado, se subió á

la gavia mayor, y con gran furia empezó á cortar las jarcias, visto lo cual por el capitán Alzola, puso dos balas en el arcabuz y lo derribó muerto sobre cubierta.

La nave inglesa se volvió á aproximar, repitiendo descarga de artillería y escopetería que mató cuatro españoles y cuatro negros, haciendo mucho daño en el casco; acometió la tercera abordando por la proa y echando gente que fué rechazada, y desde entónces no se volvió á arrimar, sosteniendo el fuego de artillería con 29 piezas y dos lombardas pedreras que tenía, destrozando los mástiles y aparejos y acertando á la lumbré de agua dos ó tres balazos. El capitán consultó á los pasajeros lo que harían en aquel grave caso, acordando darse á partido, pues no había otro remedio, y como desde el enemigo les gritára un piloto español que tenían prisionero: *¡hombres ó demonios, qué haceis que no pedís misericordia!* echaron el batel y fué un Pedro Bravo de Paredes á tratar con Cavendish, concediéndoles éste la vida si se rendían.

Con esto fueron juntos al fondeadero del cabo de San Lúcas, tomando el inglés los registros y relaciones del cargamento; ordenó bajo pena de la vida que le entregáran las llaves y efectos, y habiendo diferencias entre los ingleses sobre el reparto, con una romana hicieron tres partes; dos para Cavendish, y una para su gente; habiendo tenido la precaucion de echar en tierra á los españoles, registrándolos uno á uno, sin dejarles un alfiler.

Acabada la operacion, y abarrotando sus naos con sestería, algalia y almizcle, hasta que no pudieron más,

dieron fuego á la nao, que se consumió hasta la lumbre del agua, dejando á los españoles en tierra de salvajes; y por despedida, á D. Juan de Armendariz, canónigo de Manila, que habia pronunciado frases de descontento, ahorcaron, teniéndolo colgado del estay mayor. Con los otros hicieron grandes maldades é insolencias, añadiendo la de escribir en el registro de la nao una carta de pago burlesca, que se entregó al capitán Alzola para su resguardo. Á cuatro mujeres pasajeras fué á las que trataron con alguna consideracion, regalándolas un tejo de oro que valdria quinientos pesos, al dar la vela para el Maluco.

Lleváronse en este metal más de 700.000 pesos, gran cantidad de perlas, y por valor de millon y medio en brocados y sedas ricas de China.

Los desdichados tripulantes del *Santa Ana* se atrincheraron como mejor pudieron contra los salvajes, y como la necesidad aguza el entendimiento, con el trabajo que es de considerar lograron, á favor de las mareas, sacar del fondo lo que quedaba de la nao, que era la quilla con el arranque de las cuadernas; aderezaron falca, timon y velas, y en aquella especie de chata se hicieron á la mar, huyendo de los indios, con la buena suerte de llegar en doce dias al puerto de Santiago, en la provincia de Colima, y de allí al de Acapulco, donde entraron el 7 de Diciembre del mismo año de 1588.

Muy contento Cavendish, obligó al piloto español á dirigir la derrota hácia las islas de los Ladrones (Marianas) y las Filipinas, que alcanzó, pero no así el buque que le acompañaba, de que nada se ha vuelto á saber,

siendo lo probable que zozobrára en alta mar. Provisto de refrescos en el cabo del Espíritu Santo, siéndole ya innecesarios los servicios del piloto, lo ahorcó, pretextando que trataba de entregar el bajel á los españoles.

Volvió á Europa por el cabo de Buena Esperanza, remontando el Tamesis con las jarcias y velas formadas de sedas. Dió la vuelta al mundo como Drake; pero, según el juicio de sus mismos compatriotas, nada les debe el progreso de las ciencias, ni de él se ocupaban; el objeto de uno y otro era sólo enriquecerse á costa de los españoles, sin escrúpulo en los medios.

Cavendish repitió la expedición en 1595 engolosinado con el botín; llevó cinco navíos, cuyas tripulaciones se amotinaron en el estrecho de Magallanes, al presenciar el acto inhumano de abandonar los enfermos á merced de los patagones, y tuvo que retroceder hácia el río de la Plata, perdiendo cuatro de los buques. Llegado con el quinto á la costa del Brasil, desembarcó la gente intentando un golpe de mano que le fué fatal: muertos todos los asaltantes, se vió sin víveres, sin agua y sin los brazos necesarios á la maniobra. En esta disposición volvió á la mar, donde pereció oscuramente.

## D.

### Sir Roland York.

En los autores españoles de las guerras de Flandes se le nombra Orlando Yor, Rolando Jore Eborancese y Roland Yorch. Alejandro Farnesio le confió una compa-

ña de caballos y sirvió muy bien hasta que murió envenenado por los luteranos, á juicio de Estrada.

## E.

### Sir William Stanley.

Guillermo Estanley, Estanlen y Stenley en nuestros autores; ántes de entregar la plaza de Daventer manifestó honradamente que no le guiaba propósito interesado, y que por tanto, ni esperaba ni queria recompensa. Fué muy considerado por el Duque de Parma y por el Rey, que le llamó á la corte. Sirvió fiel y valerosamente. El cardenal Allen publicó para Inglaterra una justificacion de su conducta, y Person hizo su apología en otro escrito, porque era grande amigo de Babington y entusiasta servidor de la desventurada reina María Stuard.

## F.

### Espionage.

De la diligencia de los ingleses, que Felipe II recelaba en una de las cartas dirigidas al Duque de Medina-Sidonia, refirió Drake que sabiendo el ministro Walsingham haber noticiado el Rey de España ante su Consejo el despacho de un extraordinario á Roma, con carta escrita de su puño, en que pedia la bendiccion del Papa informándole del verdadero objeto de los preparativos, dicho Walsingham, por conducto de un clérigo

veneciano á quien mantenía como agente, adquirió copia de la carta, sacando el original del gabinete del Papa uno de sus gentiles hombres de cámara, quien tomó las llaves de la faltriguera del mismo Pontífice en ocasión que dormía.

Don Felipe no carecía tampoco de confidentes en Londres y en París, pero no parece que le servían tan bien. Forneron ha procurado investigar el nombre de un diplomático inglés que se firmaba Julio; tenía acceso con el Rey de Francia; cobraba sueldo de Isabel é informaba cuanto sabía de España, mediando mayor estipendio. (Véase t. III, págs. 323 y 355.)

## G.

### Sir William Semple.

Guillermo Semple ó Sempil, coronel al servicio de España, buen soldado y hábil político, tiene artículo biográfico en la *Biblioteca marítima* de D. Martin Fernandez de Navarrete, t. I, pág. 606. Al decir de Estrada, era jóven egregiamente piadoso y de resolución, y vino á servir á España el año de 1573, con otros compañeros de la primera nobleza, por orden de la reina María Stuard, de quien fué criado muy afecto. Trató de disuadir á Felipe II de la idea de la jornada, insistiendo en que se podían hacer los mismos efectos con poco gasto, y sin el riesgo á que exponía un fracaso posible con armada tan numerosa, sin puertos ni abrigo en que repararla. Aconsejaba acosar el comercio inglés con bajeles

buenos y hacer guerra indirecta á Isabel, aprovechando las inteligencias en Holanda y Escocia. Don Felipe no modificó su decision, alegando estar ya hechos los gastos; pero conociendo la fuerza de las razones de Semple, le dió comision en Escocia para inclinar al rey Jacobo á su alianza contra la reina Isabel. Llevó 42.000 escudos de oro y preparó el ánimo de los católicos del reino, áun cuando halló que el espíritu débil y vacilante del hijo de Maria Stuard estaba supeditado por los verdugos de su madre, de forma que intentó ganar al mismo Semple, ofreciéndole las islas Hébridas con título de condado. Disimuló por de pronto el coronel, continuando los trabajos secretos con Sorlibury y Mac Layet allí; con Onell y O'Donell en Irlanda, todos señores poderosos y enemigos de los ingleses, consiguiendo que tomaran las armas y salieran á campaña. Todo lo frustró el fracaso de la Armada, con cuya vista fué preso en Escocia, y lo pasára mal á no conseguir escaparse por una ventana y huir á Flándes. Continuó siendo agente del Rey de España, enviando dinero y moviendo á los católicos; fué consultado frecuentemente, y durante el reinado de Felipe III y Felipe IV escribió unos *advertimientos*, indicando cómo se habia de embarazar el progreso del comercio y marina de Inglaterra que la engrandecian; atizar los elementos de discordia intestina; proteger la fe católica, poner á cubierto las Indias con otras materias de gran interes. Escribió tambien memorial de sus servicios á España, de donde están tomados estos apuntes, manuscrito en la Acad. de la Hist., Colec. de Jesuitas, legajo suelto titulado *Cárlos V, Felipe II y Fe-*

*lipe III*, estante 17, gr. 3, y Bibliot. Nac., ms. H. 50, página 474. En el referido artículo de la *Biblioteca marítima* se mencionan otros escritos suyos y la parte que tuvo en las guerras de Flándes.

## H.

### **Muerte de D. Álvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz.**

Estrada, como Cabrera de Córdoba, culpa principalmente del fallecimiento de D. Álvaro de Bazan á don Alonso de Leiva, *jóven de condicion asaz ferviente*, que, sin saber que daba prisa á su muerte, escribió al Rey la tardanza del armamento, y á los ministros que convenia enviar *quien diese al Marqués de las espuelas*. Por lo demas, páreceme mal informado el primero de estos autores en asegurar que el Rey llamó á D. Álvaro de Bazan á su presencia, y recibéndole como no solia, dijo: «*Cierto que me correspondéis mal á la buena voluntad que os he tenido*», aunque está acertado en el comentario de que «á muchos hombres invencibles y alentados entre desmesuradas heridas, derribó muchas veces con facilidad la punzadilla de una palabra, como si en ellos la honra hiciese las veces de corazon, el cual, herido, ya no sufren el vivir.»

Herrera, más circunspecto, escribe: «Mucho desconsoló á todos la muerte del Marqués de Santa Cruz, capitán de maravillosa prudencia y experiencia, y muy dichoso, en quien todos los soldados tenían puesta la esperanza del buen suceso. Muchos accidentes, se dijo,



que causaron esta desgracia, que diversos tuvieron por mala señal del fin que despues hubo, y entre ellos, que las pesadumbres que los del Consejo de Guerra, donde ya habia entrado D. Pedro de Velasco, capitan de la guarda del Rey, le daban, mohino y podrido de tanta pena, le acabó una fiebre malina.»

Cabrera de Córdoba: «El Rey invió al Conde de Fuentes á dar prisa á la salida del Armada, y el Marqués, apretado con el trabajo y cargos injustos que se le hacian de la pérdida de la empresa pasando la ocasion que la facilitara, adoleció y murió, cumplido el año sesenta y tres de su edad, á 9 de Febrero de 1588, y aquel espíritu invencible se rindió á Dios. Causó general tristeza y falta por lo que habia crecido su opinion y venturoso nombre entre las naciones enemigas, por ser tenido en todas partes por uno de los famosos capitanes cristianos que las historias celebran.»

Véase la carta del Rey, docum. núm. 52.

## I.

### Sor María de la Visitacion.

La priora de la Anunciada, en el monasterio de la Madre de Dios, extramuros de la ciudad de Lisboa, consultada por el Duque de Medina Sidonia, se llamaba Maria de la Visitacion. Fué procesada como embaucadora por el tribunal de la Inquisicion de Lisboa, recayendo, en 7 de Noviembre de 1688, sentencia de privacion del oficio de priora, así como del velo y escapulario

de la profesion, quedando como lega y en cárcel perpétua en un monasterio fuera de la ciudad, sin salir de ella sino para ir al coro á la misa mayor; ademas se la condenó á no comulgar sino tres veces al año en las Pascuas; ayuno á pan y agua los miércoles y viérnes de cada semana, y en los mismos dias disciplina pública hasta decir el salmo del *Miserere*; á postrarse por el suelo en el refectorio para que pasáran sobre ella las otras monjas, mandando que el retrato suyo, que estaba en el monasterio sacado de su natural con las llagas que fingia, se quitára y borrára sin quedar rastro; que los paños y otras reliquias que habia dado, y los libros y papeles que trataban de su vida y milagros, así los de mano como los impresos, se entregáran á la Inquisicion. De la sentencia, publicada por orden del cardenal archiduque Alberto, inquisidor mayor y gobernador del reino de Portugal, é inserta en la *Miscelánea* de Zapata, pág. 72, hay copia en la Real Academia de la Historia, *Papeles varios de jesuitas*, t. LXXVI, núm. 7, y extensa relacion del suceso en la *Tercera parte de la Historia pontifical*, de Luis de Bavía, pág. 388. En la misma Academia pueden verse las *Cartas de Fr. Mariano Azaro, escritas desde Lisboa en 1584, sobre la vida y milagros de la priora de la Anunciada, sor María de la Visitacion*. Manuscritos. Est. 18, gr. 7, número 108.

**J.****Medallas acuñadas en Flándes ántes de la salida de la Armada, y epigramas de los enemigos de España.**

Los católicos de los Países-Bajos acuñaron durante la preparacion de la Armada dos medallas, cuyo grabado se encuentra en la *Historia metálica* de Van Loon. La primera presentaba en el anverso un robusto holandés, á quien llevaba por la oreja un español, con la leyenda: TREME AURIS BATAVA (tiembla, estúpido holandés). 1586. En el reverso, las armas de España y Portugal ligadas á las columnas de Hércules bajo una sola corona; leyenda: INMENS! TREMOR OCEANI. 1587.

La segunda llevaba en el anverso el busto de Felipe II coronado de laurel, rodeado de la letra PHILIPPUS, DEI GRATIA, HISPANIARUM, PORTUGALLIE REX, COMES FLANDRIÆ. 1588. Y en el reverso repetía el de la anterior, sin más variacion que la del año 1588.

En la *Enciclopedia británica* se ha insertado con toda seriedad que D. Felipe II envió á la Reina de Inglaterra la singular *nota diplomática* siguiente:

*«Te veto ne pergas bello defendere Belgas,  
Quæ Dracus eripuit nunc restituantur oportet,  
Quas pater evertit jubeo condere cellas;  
Religio Papæ fac restitatur ad unguem.»*

La Reina contestó:

*«Ad Græcos, bone rex, fiant mandata kalendas.»*

Bizot, por el rumor que corria en Holanda, dice que

seguros de la victoria los españoles, circularon de antemano estos versos:

«AD ANGLAM ET EJUS ASSÉCLAS.

*Tu, quæ Romanas voluisti spernere leges,  
Hispano disces subdere colla iugo.»*

Contestando los ingleses:

«AD HISPANUM ET EJUS ASSÉCLAS.

*Tu, qui Christigonam voluisti perdere gentem,  
Supremo disces subdere colla Deo.»*

Paréceme que estos chistes tienen marcado sabor septentrional, como el de Teodoro Beza: *De classe Hispanorum cælitus profligata. Carmen. 1588:*

*«Streverat innumeris Hispanus navibus æquor,  
Juncturus regnis Sceptra Britannia suis.  
Quænam hujus rogitas sit motus causa? Superbos  
Impulit ambitio, vexit avaritia,  
Quam bene te ambitio mersit vanissima; ventus,  
Et tumidos tumide vos superastis aquæ!  
Quam bene totius raptores orbis avaros  
Hansit inexhausti justa vorago maris!  
At tu, cui venti, cui totum militat æquor,  
Regina, o mundi totius una decus:  
Sic servire Deo perge juvare pios:  
Ut te Angli longum, longum Angli ipsa fruaris  
Quam dilecta bonis, tam metuenda malis.»*

Y este otro:

*«Progenies nequam jurans extinguere sancti  
Lumen Evangelii vires fert classis Ibera  
Ingentes, Invincibilem dixeretque classem.  
Deservit classem Dominus, sparsitque per undas  
Et flammis circumveniens pessumdedit igne,  
Vindicat ille suam causam: laudate Jehovah.»*

## K.

## El cardenal Allen.

Guillelmo Alano de Lincaastro, varon insigneemente benemérito de la religion y de Inglaterra, lo nombra Estrada. Lingard, con copia de autoridades, asegura que Allen tradujo al inglés la Bula, mandándola imprimir en Elándes, y ademas redactó é imprimió tambien en Ambéres unos *advertimientos á la nobleza y al pueblo de Inglaterra é Irlanda concernientes á la guerra actual, en ejecucion de la sentencia de Su Santidad por el alto y poderoso Rey Católico de España, por el Cardenal de Inglaterra, año MDLXXXVIII*. El opúsculo empezaba por la declaracion del nacimiento bastardo é incestuoso de Isabel, y relataba á seguida todos los crímenes que se la imputaban, invitando por final al lector á unirse á los españoles para castigar á tan infame personaje. Como la invasion no tuvo efecto, se mandaron quemar todos los ejemplares del folleto, que es, por tanto, rarísimo. El referido Lingard lo extracta en apéndice al tomo IV de su *Historia de Inglaterra*. Barrow, escritor poco escrupuloso, dice en la *Vida de Drake*, que *un clérigo papista, nombrado Allen*, circuló traidoramente en Inglaterra la bula de excomunion de la Reina, en que se concedía indulgencia plenaria al que la asesinase, yendo despues á predicar al Duque de Parma la meritoria doctrina de dar muerte á los soberanos heréticos, si bien éste la rechazó declarando sin ambages el respeto que le merecía

Isabel. No es esta especie de las más graves que ocurren al historiador; para él, era intencion preferente de Felipe II apoderarse de la Reina de Inglaterra y entregarla al Papa, con la esperanza de que sería puesta en manos de la Inquisicion, y asegura que se circuló orden especial al jefe de la Armada y á los capitanes de los buques, que en ningun caso se molestára su persona; ántes con todo respeto y seguridad se enviára rápidamente á Roma á disposicion de Su Santidad. Larrey, interano apasionadísimo contra los españoles, acoge otras vulgaridades por el estilo; pero en medio de ellas se extiende en las noticias biográficas. Segun él, Guillermo Alan, más conocido por *el Cardenal inglés*, nació en el condado de Lancáster; estudió en el Colegio de Oriel, uno de los que componen la Universidad de Oxford, de la que fué despues procurador, y canónigo de la catedral de York. Significado por su ardiente celo católico tuvo que emigrar á Flándes al advenimiento de la reina Isabel; explicó Teología en la Academia de Douai, y recibió sucesivamente nombramientos de canónigo de Cambray y de Reims. El rey D. Felipe le acordó una abadía en el reino de Nápoles, y más adelante el arzobispado de Malinas, alcanzando para él, del pontífice Sixto V, la púrpura cardenalicia. Murió en Roma en 1594, á los sesenta y tres años de edad, y fué sepultado en la iglesia de la Trinidad de los ingleses.

**L.****Don Pedro de Valdes.**

En las campañas homéricas del adelantado de la Florida Pero Menendez de Aviles, se dió á conocer su paisano y dendo D. Pedro de Valdes, navegando en las armadas de Indias, alcanzando el grado de Almirante, la encomienda de Oreja en la Órden de Santiago, y el concepto de hombre determinado y buen marinero, aunque recio y áspero de condicion. En la guerra de sucesion de Portugal mandó la escuadra de Galicia, destinada á bloquear á Oporto, y fué herido en combate con dos buques ingleses que se refugiaron en la ria de Ferrol. Comisionado en 1581 para bloquear las islas Terceras, en espera de mayores fuerzas con que reducir las á la obediencia del rey D. Felipe II y proteger la recalada de las flotas de Indias, sostuvo el bloqueo eficazmente, haciendo de paso reconocimientos; y cansado de esperar el refuerzo, persuadido de que con un buen golpe de mano podria poner el pié en la isla y asegurar una base de operaciones, decidió desembarcar 350 soldados al mando del capitan D. Diego de Valdes, y por no seguir éste las instrucciones, deseoso de conservar tres piezas de artillería que tomó en el primer empuje, se mantuvo en un barranco de la playa, donde á favor del ardor de una manada de toros que acosó el enemigo sobre él, fué derrotado, perdiendo la vida con la mayor parte de la gente.

Ardia D. Pedro de Valdes en gana de compensar el descalabro, y como no tenía fuerza suficiente, cuando llegaron las flotas de Nueva España y Tierra Firme, pidió á sus generales se detuvieran uno ó dos dias y le auxiliáran en el ataque, ó le dieran cuando ménos algunos soldados; una y otra cosa excusaron aquéllos por no demorar, sin orden del Rey, su navegacion, y cuando llegó D. Lope de Figueroa con la Armada de refuerzo, era tan adelantada la estacion, que decidieron regresar á Lisboa aplazando las operaciones de ataque, limitando lo hecho al bloqueo, escolta de las flotas, y algunas presas y represas que hizo D. Pedro, prestando un buen servicio. Mandóle encerrar el Rey en el castillo formándole proceso, de que salió absuelto, porque siempre las acciones valerosas encuentran simpatía en jueces militares.

Volviendo al mando de los galeones de Indias, se incorporó á la armada del Duque de Medina Sidonia, tomando su escuadra el nombre de *Andalucía*.

Cuando desarboló el galeon pidió socorro al Duque, que no se lo dió, teniendo decidido su sacrificio, segun opinion general en la Armada. Aun los más afectos á don Alonso de Guzman lo censuraron, refiriendo pormenores del suceso que más ensalzan á D. Pedro. Dicen unos que le envió orden de sacar la gente del bajel y echarlo á fondo, á cuyo efecto irian pataches; mas solo se llegó uno al costado, y no queriendo salvarse sin toda la tripulacion, lo despachó <sup>1</sup>. Otros, por afear más el

<sup>1</sup> Docum. 185.



proceder del General, aseguran que, pensando en el abandono, tenía el patache orden de embarcar el dinero que iba á bordo del galeon, y que contestó D. Pedro arrancándose la encomienda del pecho : « Que donde se aventuraba la vida de tantos caballeros é hidalgos, bien se podian aventurar los dineros <sup>1</sup>. »

No hay documento que confirme la defensa de su buque despues de abandonado, que noticiaron Estrada y Herrera; los historiadores ingleses, que en esto son más de creer, expresan que descubierto el galcon al amanecer por la escuadra de Drake, envió éste una embarcacion intimando se rindiese, toda vez que la resistencia sería inútil; que D. Pedro respondió estar decidido á resistir si no se le acordaban ciertas condiciones honrosas; y no alcanzándolas, se trasladó como prisionero al navío *del Draque*, cumplimentándole en términos galantes. El general inglés devolvió la cortesía dándole puesto en su cámara y mesa, hasta que fué enviado á Dartmouth, y despues á Plimouth, estando allí diez y ocho meses, hasta que se pagó su rescate.

Lo último no es exacto; tratábase, en efecto, de reunir la considerable cantidad reclamada por su persona, cuando el capitán Baltasar de Ortega apresó en el canal de Inglaterra un buque en que iba el general William Winter, y por orden del Rey se negoció y consiguió el canje, pasando á servir en el ejército de Aragon en 1589.

El año de 1602 fué destinado á gobernar la isla de

<sup>1</sup> Docum. 186.

Cuba, siendo el primero que en ella tuvo título de Capitan general; hizo construir el castillo del Morro y estuvo afortunado en la persecucion de corsarios y piratas, tomándoles varias presas. De su gobierno trata D. Jacobo de la Pezuela en la *Historia de la isla de Cuba*, insertando una larga carta dirigida al Rey en 1604, en que reseña la situacion de la Antilla; que era D. Pedro amigo de ejercitar la pluma. De otros papeles suyos me ocuparé al tratar de la jornada de las Terceras; baste ahora apuntar que habiendo cesado en el mando en 1608, se retiró á Gijon, su patria, donde murió en 1614.

## M.

### El galeon « Santa Ana ».

En la Armada habia cuatro bajeles que llevaban el nombre de la madre de la Virgen; uno en la escuadra de Castilla; otro en la de Andalucía, y las dos capitanas de Oquendo y Recalde. El que los ingleses dicen haber apresado, guardándose de expresar á qué puerto lo llevaron, como lo hicieron con los dos que les abandonó el Duque, es el perdido en el Havre de Gracia. Coloma refiere que sabido el suceso por el Duque de Parma, envió al Havre al capitan Luis Macian á recoger la gente; y en número de doscientos soldados que quedaban, los llevó bajo su bandera á Flándes. En la relacion formada en España de las naos que se perdieron en la jornada (documento núm. 181), consta asimismo que la capitana de Recalde, nombrada *Santa Ana*, de porte de 768

toneladas, con 30 cañones y 329 hombres de mar y guerra, naufragó en el Havre de Gracia. Consta igualmente (documento núm. 186) que se reclamó de Francia la entrega de la artillería y pertrechos, y si quedára duda, todavía en carta del Rey (documento núm. 176) se dice que los 50.000 ducados que iban en la nao del maestre de campo Nicolas de Isla, fueron entregados á mercaderes que los giraron á Flándes. La urca *Duquesa Santa Ana*, de la escuadra de Andalucía, de porte de 900 toneladas, de 23 cañones y 357 hombres, cuyo nombre llevaba en honra de la Duquesa de Medina Sidonia, se da por perdida en la mencionada relacion, entre las que desaparecieron en las costas de Irlanda. La capitana de Oquendo se incendió en San Sebastian, alumbrando los funerales de tan insigne capitán. El galeon *Santa Ana*, de la escuadra de Castilla, fué el único que se conservó sin accidente entre los cuatro homónimos.

## N.

### Don Diego Pimentel.

Hijo del segundo Marqués de Távara y nieto del Conde de Alba de Aliste, sirvió D. Diego Pimentel en Portugal, llevando á su cargo la caballería del ejército con que entró el Duque de Alba y tomó posesion del estado del rebelde Conde de Vimioso. Siendo despues cruzado en la órden de Santiago, con la encomienda de Villanueva de la Fuente, tuvo en Sicilia el cargo de Comisario general de la Caballería. Salió de este reino en 1587

con título de Maestre de Campo, por jefe de la gente de guerra y naves destinadas á la jornada de Inglaterra, y rendido el galeon *San Mateo* en la honrosa forma referida, fué llevado en prision á Medemblic, adonde estuvo hasta que ayudado por el Duque de Parma, pagando gruesa suma de rescate, alcanzó la libertad, juntamente con D. Juan de Velasco, hermano del Conde de Siruela, el capitan Alonso de Vargas, D. Luis Manrique, don Juan de Cardona y otras personas de ménos viso. Quedó sirviendo en Flándes en el Consejo de guerra y asistiendo á las más lucidas operaciones; pasó con embajada especial para el Emperador de Alemania; se halló en los sitios de Ardes, Hult y socorro de Amiens, hasta el año de 1599 en que el Rey le nombró Asistente de Sevilla y Capitan general de las costas de Andalucía, en ausencia del Duque de Medina Sidonia. Obtuvo el título de Marqués de Gelves, y en 1601 pasó al estado de Milan, que gobernaba su pariente el Conde de Fuentes, con título de Capitan general de la Caballería; tuvo á su cargo la campaña del Final hasta poner en obediencia este marquesado, y por muerte del Conde de Fuente se encargó del mando de los ejércitos de Lombardía. En 1614 recibió nombramiento de Virey de Aragon, y en 1621 de Nueva España, que gobernó con acierto.

## O.

### Los bancos de Flándes.

No sin razon consideraron en la Armada milagrosa la salida de los bancos de Flándes en que estaba empeña-

da. Los ingleses, lo mismo que los españoles, la creyeron totalmente perdida. La penosa impresion de los últimos consta por los documentos aquí reunidos, así:

Documento núm. 168.—«Estando en esta apretura quiso Dios que comenzó á mejorarse el viento, y fué saliendo la Armada de los bancos la vuelta del Norte.»

Documento 169.—«Fué Nuestro Señor servido de cegar al enemigo y que no nos acometiese, y hacer milagro con nosotros en salvarnos de aquel trabajo y juntarnos aquella tarde.»

Documento núm. 185.—«Fué Nuestro Señor servido de sacar toda la Armada á mar ancha, habiéndose hallado en tan pocas brazas, que parece milagro, como cierto lo fué.»

Documento núm. 185 bis.—«Apénas hubo hombre que aquella noche durmiese; todos íbamos pensando cuando habíamos de dar en un banco de aquéllos, y verdaderamente fué grande misericordia de Dios no dar en ellos, que á los enemigos puso grande admiracion y espanto ver que habíamos pasado sin encallar.»

«Los pilotos prácticos de aquella costa le afirmaron lo mismo al Duque, y que procurase salvar su bajel, porque iban sin remedio á dar sobre los bancos con el maestral furioso que corria, y sólo Dios lo podía remediar. Mas como nunca falta á sus fieles cuando los ve en el último trance y mayor peligro, trocóse el maestral en viento de mediodía, sacando la Armada al N. sin perder baza un navío.» —Cabrera de Córdoba.

«Por causa de los vientos contrarios se causó, además de la pérdida de la ocasion, que no se ha vuelto á cobrar

aún, el peligro en que se vió la Armada de dar en los bancos tan frecuentes y tan justamente temidos en aquella costa boreal (de que la libró Dios, obrando un conocido milagro, mudando el viento cuando la sonda no daba más que seis brazas y media).» — Coloma.

«L'Anglois se voyant emporté avec assez de rapidité pour périr, ne jugea pas à propos de le suivre, et de s'exposer à partager avec lui le danger ; car il ne douta point que le vent — d' Ouest-Nord-Ouest auquel l' espagnol était obligé de céder, ne le précipitât dans les bas-fonds et contre les sables de cette côte. Cependant le vent revenant bientôt au Sud-Ouest et du Sud-Ouest à l' Ouest, l' espagnol se rassembla, et profitant du moment, sortit de danger.» — Lediard.

«On the 30 th the Lord High Admiral was still in pursuit of the flying Armada ; but perceiving the ships drifting toward the shoals of Zealand, he did not deem it necessary to press them ; but left the elements to complete the work of destruction.» — Barrow.

## P.

### Don Francisco de Bobadilla.

Con razon se indica que era este Maestre de Campo plático en la guerra de tierra y mar. Asistió con su tercio á la jornada de las Terceras el año de 1582, distinguiéndose personalmente en la batalla naval que se ganó á los franceses. Recuperada la isla de San Mignel, quería D. Álvaro de Bazan que quedára en ella Bobadilla,

á lo que se excusó en razon de estar para sentenciarse el pleito del Condado de Puñonrostro en que estaba interesado. Al año siguiente volvió con su tercio á las islas, asistiendo á las operaciones de la conquista. Despues del desastre de la Armada fué llamado á la córte por el Rey para que verbalmente informára de las ocurrencias. Fué más adelante Conde de Puñonrostro y Maestre de Campo general del ejército que entró en Aragon en 1590.



#### Noticias falsas.

Poco amigos de D. Bernardino Mendoza los autores ingleses, por su proceder en el tiempo que tuvo la embajada de España en Lóndres, han supuesto que adrede inventó la novela de la victoria de la Armada y aún que hubo quien intentó inútilmente disuadirle de sonar en en Europa tal campanada <sup>1</sup>. Es absurdo admitir que un diplomático de la talla de D. Bernardino fuera á sabiendas á propalar una noticia falsa, que más ó menos pronto habia de rectificar el tiempo. En el documento número 172 se explica por qué conductos supo las ocurrencias hasta el momento de zarpar la Armada, advirtiéndose que alguno de los agentes que tenia en Inglaterra, de buena ó mala fe, le comunicó la nueva fansta que él se apresuró á remitir á Madrid y que sin pérdida de momento circuló la prensa en hoja suelta. Á Italia llegaron

<sup>1</sup> Strype.

por la vía de Flándes noticias iguales <sup>1</sup>, y el rey don Felipe las recibió de París, de Brujas y de Venecia, por espacio de doce dias seguidos <sup>2</sup>, sin darles crédito del todo, pues que puso de su mano, al margen de una de las cartas de D. Bernardino: «*miedo he que será esto como lo de la nueva primera que envió*» <sup>3</sup>.

Llegado á Lóndres ejemplar de la referida hoja <sup>4</sup>, se tradujo al inglés, y acompañada de refutaciones orgullosas é insultantes, se imprimió en folleto con título de *Mentiras españolas circuladas por el mundo*, ó sea *A pack of Spanish Lies sent abroad into the world, translated out of the original and now ripp'd up, unfolded, and, by just examination, condemned, as containing false, corrupt, and detestable wares, worthy to be damn'd and burnt*.

El mismo Drake creyó necesario sincerarse y dar á luz con su nombre, escrito en desagravio de la verdad, diciendo:

«No se avergüenzan (los españoles) de dar á la estampa y circular por Francia, Italia y otras partes la victoria de lengua que pretenden haber conseguido contra este reino, cuando poco despues habia de ser manifiesto á todas las naciones que la Armada que llamaban

<sup>1</sup> En la Bibl. Nac. de Madrid hay ms., carta de Giulio Savorgnano, diciendo que por la vía de Ruan y París habian llegado á Italia nuevas de haber desembarcado los españoles en Inglaterra y de haber huido Drake con pérdida de diez y seis navios.

<sup>2</sup> Gachard, *Correspondance de Philippe II*, t. II, p. 77. Forneron, t. III, p. 349, con cita de los docum. del Arch. nac. de París, k, 1567, piezas 118 y 122 y k, 1568, pieza 97.

<sup>3</sup> Forneron, t. III, p. 350.

<sup>4</sup> Docum. núm. 172.



*Invencible*, compuesta de ciento cuarenta navíos, no sólo de sus estados, sino tambien de los mayores arraguceses, de las carracas de Portugal y de Florencia y de las de más porte de otros países, fué derrotada por treinta buques de guerra de S. M. y algunos mercantes, gracias á la sábia, valiente y entendida direccion de Lord Charles Howard, gran almirante de Inglaterra; arrojada primero desde Cabo Lizard á Portland, donde vergonzosamente abandonó á D. Pedro de Valdes con su poderoso bajel; de Portland á Calais, donde perdieron á Hugo de Moncada con la galeaza que regia, y de Calais arrancados de sus anclas con esquifes y lanzados fuera de la vista de Inglaterra por el rodeo de Escocia é Irlanda, donde la esperanza de simpatía en los de su religion los llevó á estrellarse contra las rocas, y los que desembarcaron, aunque muchos en número, fueron, no obstante, despedazados y rendidos, yendo de aldea en aldea conducidos hasta Inglaterra, donde S. M. la Reina, por su invencible inclinacion de no entregarlos á la muerte, no queriendo tampoco retenerlos, los remitió á su país para que dieran testimonio de la destruccion de su *Invencible Armada*, cuya composicion, número de soldados, porte de los navíos, nombres de los jefes de las escuadras, pertrechos y provisiones se dió á la imprenta, como ejército y armada irresistibles que desafiaban toda prevencion, y con cuya terrible ostentacion, navegando al rededor de Inglaterra, ni tomaron ó destruyeron una embarcacion, una barca, un bote de los nuestros en la mar, ni incendiaron una choza de pastor en la tierra.»

No quedó aquí el asunto: como en Córdoba utilizára

la *Gaceta* un ciego para componer y repartir unos romances ajustados á su texto, creció la indignacion de los britanos y produjo otra notable impugnacion en castellano porque aquí la entendieran. Es papel raro y merece más extensa descripcion <sup>1</sup>. Su título es:

«*Respuesta y desengaño contra las falsedades publicadas é impresas en España en vituperio de la Armada inglesa y del ilustrissimo y excelentissimo señor don Charlos, conde de Howarde, grande almirante de Inglaterra, etc., y del muy ilustre y valeroso caballero don Francisco Draque, y de los más nobles y caballeros, dirigida á la Sacra Catholica (sic) y Real Magestad de la Reyna doña Isabel, nuestra señora, por la gracia de Dios Reyna de Inglaterra, Francia, Irlanda, y defensora de la fee, etc., fecho por D. F. R. de M.*» — «*La verdad padece, pero no perece.*» — (Lámina que representa á un navío inglés echando á fondo á varios españoles.) — *Lóndres, en casa de Arnaldo Hatfieldo, por Thomo Cadmano. 1589.*

Á la vuelta las armas de Inglaterra y debajo una octava acróstica en loor de la reina Isabel. Sigue dedicatoria á la misma, firmada «*humilde y leal criado de V. M. D. F. R. de M.*» <sup>2</sup>.

Á la vuelta otra octava acróstica en alabanza de la misma Reina. La foliatura, que es doble, no empieza hasta la cuarta hoja.

<sup>1</sup> Débola, así como tambien la copia que sigue, al Sr. D. Pascual de Gayángos, que se sirvió mandarla sacar en mi obsequio del Museo Británico.

<sup>2</sup> Tal vez renegado español.

*Comienzan las respuestas á las cartas por las cuales se publicó en España que la Armada inglesa era rota.*

Al fin de cada carta sigue una respuesta y desengaño, y llegan á la pág. 29, en que se lee :

*«Respuesta á los romances de Cristóbal Brabo, vecino de Córdoba, PRIVADO DE LA VISTA DE EL CUERPO Y DEL ALMA, en alabanza de la victoria que la Armada española tuvo contra la inglesa, año del Señor de 1588.»*

Son dos romances, y sigue á cada uno su respuesta, alcanzando á la pág. 36. En ésta da el autor las razones que le han movido á responder á cosas tales y tan fabulosas y baxas.

En la pág. 46 sigue otro Romance en loor á la nobleza anglicana, y concluye en la 49.

Así el prólogo como la dedicatoria y relacion en prosa, son difusos ; de los romances juzgará el lector por la siguiente copia :

RESPUESTA A LOS ROMANZES DEL CHRISTOVAL BRAVO VECINO  
DE CORDOVA PRIVADO DE LA VISTA DEL CUERPO Y DEL  
ALMA, EN ALABANZA DE LA VICTORIA, QUE LA ARMADA  
ESPAÑOLA TUVO CONTRA LA INGLESA AÑO DE EL SEÑOR 1588.

#### ROMANZE PRIMERO.

Altissimo Emperador  
Jesu Christo consagrado,  
hijo de la Virgen pura  
concebida sin peccado,

Que quisiste padezer  
por pagar nuestro peccado  
y moriste en una cruz  
azotado y coronado;

Dame de la gracia tuya,  
Rey de reyes coronado,  
para que diga y requente  
este caso memorado

Que pasó en Ingalaterra (a)  
sigun he sido informado (b);  
y tu divinal donzella  
huerto divinal sagrado,

Ganame gratia de Christo  
pues es vuestro hijo amado,  
para que la lengua mia  
dé fin a lo comenzado.

Despues que partió la Armada  
como está claro y provado  
de la cibdad de Lisboa  
el mes de Mayo pasado,

Navegando con gran priesa  
y diligenzia y cuydado,  
travesó por la Coruña  
que es un Puerto muy nombrado.

#### COMIENZAN LAS PLAGAS DE EGIPTO.

Y a cabo de pocos dias  
tormenta se a levantado (c),  
y por la braba tormenta  
a la Coruña tornado.

#### ENDUREZESE EL CORAZON DE PHARAON.

Y a los veinte y tres de Julio  
de el año que es declarado,  
bolvieron a proseguir  
su viaje comenzado.

#### COMIENZAN LAS MENTIRAS.

Y a los dos dias de Agosto  
la gran Armada a llegado

---

(a) En Ingalaterra no acontezio nada sino en el mar Ozeano.

(b) Testigos falsos no hazen fac.

(c) Porque no venia en servicio de Dios sino para destruir la Iglesia.

de aquel pestifero inglés  
Francisco Draque llamado (a).

## MENTIRA.

A los quales acometen  
con ánimo no pensado  
y a diez y siete navios  
al profundo an enbiado;

Y otros quatro sin antenas  
en rehenes an quedado,  
y las demas ban huyendo  
mas de fuerza que degradado,

Hazia la buelta de Dobra  
sigun escripto he allado  
por meterse en el gran Rio  
de Londres entitulado  
para bivir mas siguros  
y tener menos cuydado.

FIN DEL PRIMER ROMANZE.

## RESPUESTA AL PRIMER ROMANZE.

Ciego, loco, mentiroso,  
sin christiandad deshorrado,  
¿por que sin respecto y miedo,  
a Jesu Christo as llamado

Para que te dé y reparta  
con prodiga y larga mano,  
del thesoro de su grazia,  
abundantissimo y sancto,

Diciendo quieres cantar,  
un muy verdadero caso,  
siempre digno de memoria,  
y al fin todo es al contrario?

Publicas, perro, verdades,  
y mentiras vas cantando;  
victoria das al venzido,  
al venzedor deshorrando.

---

(a) La Armada no estava debaxo del gobierno de don Francisco Draque sino del  
eccelentissimo señor Almirante.

Abates al vencedor,  
al vencido sublimando,  
y la gloria que es de ingleses,  
a españoles se le as dado.

Monstruo de naturaleza,  
hijo de algun abucastro,  
nacido entre espesos juncos,  
de alguna culebra o sapo.

Lucifer tienes por padre,  
y a Satanas por hermano,  
y tu madre es la Mentira;  
del Infierno eres basallo.

Faltante las tres potencias,  
y en su lugar as cobrado  
desvario y zeguedad,  
y un pote de sesos de asno.

Ciego del ánima y cuerpo,  
desconocido e ingrato,  
al nombre que de hombre tienes  
Christobal Brabo llamado.

Llámete Lope Coquin,  
viejo loco mal logrado,  
carnero topetador,  
raona, ximio o papagayo.

Avestruz, retazos de hombre,  
mico, vestido con sayo  
verde, roxo y amarillo  
insignias de hombre liviano.

Xerifalte esgrimidor  
azeytunero, villano,  
deshonesto y dissoluto,  
sin temor de Dios criado.

Amotinador perverso,  
rebolton desbergonzado,  
enemigo de ver pazes  
entre los Reyes christianos.

Dime, ¿cómo osas dezir  
que a vencido el Rey hispano  
a la Armada y flota Inglesas  
abiendo sido al contrario?

Infamas tu illustre Rey,

menosprecias su dictado,  
abates su Real corona,  
deshazes su ceptro y mando.

Y dime, atrevido y sucio,  
más vil que un rocin matado,  
¿por qué con palabras feas  
afrentas tan buen soldado

Como don Francisco Draque,  
columna de el templo sancto,  
y defensor de la Fee,  
y del gran Reyno britano?

De quien tiembla el universo,  
tan solamente en nombrallo,  
temen las Indias, que an sido  
castigadas de su mano.

Témense Galicia y Caliz,  
Sancto Domingo y Santiago,  
Sant Augustin, Cartagena,  
y el fiero mar Ozeano.

Temió el Duque de Medina,  
pues jamas osó esperallo;  
Valdés que no le temió,  
quedo preso, encarzelado.

Perdió su fuerte navio  
y sus valientes soldados,  
pero no perdió la honrra,  
pues se perdió peleando.

Los que huyen ciego, a ziegas,  
son los que son de tu vando,  
y los navios perdidos,  
rotos y despedazados,

Partieron de la Coruña  
el mes de Julio passado,  
de municiones y gentes  
bastecidos y cargados.

Los tuyos son los perdidos,  
los ingleses los ganados,  
porque estaba de su parte  
la Divina y fuerte mano.

## ROMANZE SIGUNDO DEL CIEGO

EN EL QUAL PROSIGUE SUS FALSEDADES E INJURIAS.

Despues que la gran batalla  
feneci6 con gran porfia,  
á los dos dias de Agosto,  
como ya dicho se avia,

Rec6jese nuestra Armada,  
donde mejor convenia,  
por saber si algunos daños  
la contraria hecho le avia.

Solamente se all6,  
que una nao faltado avia,  
la qual nave fue quemada,  
por descuido que tenia.

Pero salvose la jente,  
que peligrado no avia,  
y no se supo otro daño,  
ni tal cosa se sabia.

Y a los seis dias contados  
de el mes que arriba dezia,  
nuestra Armada navegando,  
en un canal se metia.

Y no menos la contraria,  
que lo mismo hecho avia,  
tan cerca de Inglaterra  
quanto cada qual podia.

Y la contraria pens6  
quel viento nos ganaria,  
pero sali6le al contrario,  
porque Dios lo permitia.

Que quando la escura noche  
tenebregosa venia,  
dispararon los contrarios,  
con fuego y artilleria,

Ocho navios ardiendo  
que cada qual que los via,  
en mirando á qualquier dellos,  
un infierno parecia.

Llenos de polvora y piedras,



y gran madera que avia,  
y otras muchas grandes cosas,  
que decir yo no sabria,

Para investir con los nuestros,  
con la cantela que avia  
y no dexar algo de ellos  
porque imposible seria.

Pero el gran Rey de los cielos,  
que el universo regia,  
no quiso que se complicesse  
su traizion y alebrosia.

Inspirole á nuestro Duque,  
lo que el contrario hazia,  
y el Duque como prudente,  
visto lo que sucedia,

Y que si ubiesse descuydo  
la Armada se quemaria,  
mando que corten los cabos  
que cada nave tenia,

Y se agan a lo largo  
por el mar que se estendia;  
y cumplido el mandamento  
de la yllustre señoria,

Cada qual fue por su cabo  
por donde mejor podia,  
y al tiempo que los navios  
cada qual feroz venia,

Llegando con gran sobervia  
con el fuego que traya,  
ya era yda nuestra Armada,  
que ninguna alli asistia.

Y así nunca tubo efecto,  
el daño que pretendia,  
porque descargó en vazio  
todo quanto mal traya.

Y despues de esto pasado  
que la noche discurria,  
y el muy relumbrante Phebo,  
sus claros rayos tendia,

Mobióse un viento apazible,  
que a todos daba alegria,

y a toda la nuestra Armada,  
que bien menester lo avia,

Y tambien a la contraria  
que no muy lexos venia;  
y en aqueste mismo tiempo,  
que ya referido avia,

Ambas Armadas salieron  
con pujanza y gallardia,  
por un canal muy angosto,  
quel brabato mar azia,

Y á la villa de Dunquerque  
una y otra parecia,  
y el galeon *Sant Martin*,  
do su excelenzia venia,

Conoció ser de la inglesa,  
la Armada que descubria,  
y tan bien las otras todas,  
cada cual la conoçia.

Y así de aquesta manera  
fueron llevando su via,  
hasta los doze de Agosto,  
y pasado aqueste dia,

Sucedió lo que adelante  
os dirá la pluma mia (a);  
asimismo entró en Cales,  
un nabio el propio dia,

Que dixo que vio rebueltas  
les dos Armadas que avia,  
y otro entró luego tras este,  
y lo mismo referia.

Dixo que vido hechar ropa,  
y gran riqueza que avia  
y que con barcas a tierra  
la gente inglesa huya (b);

Por poderse guareçer  
de el daño que les venia;  
y en aqueste mismo mes,  
venido el trezeno dia,

---

(a) Soñaba el diego que vela, soñaba lo que queria.

(b) Sin barcas se echavan al agua los de la galeaza de don Hugo.

Del Reyno de Inglaterra  
cierto aviso se tenia,  
por las espías y lenguas  
que de nuestra parte avia,

Que fueron quinze navios  
con triste mensajería,  
diciendo que el galeon,  
do el fuerte Duque venia,

Que es llamado *Sant Martin*,  
aquesta es su nombradia,  
aferró con el navio  
donde el gran ladron venia,

Llamado Francisco Draque,  
que traxo en su compania  
todos los mejores hombres  
que en Inglaterra avia.

Duques, condes y marqueses (a),  
gente illustre de valia,  
y el gran Duque lo prendió,  
sigun escripto se avia.

Y otros catorce navios,  
y mas la gente que avia;  
los demas fueron huyendo,  
cada qual, qual mas podia,

Con furia tan infernal,  
que al mundo espanto ponian,  
y el gran Duque con su gente,  
segun se nos escrivia,

Tiró la vuelta de Escocia  
por ser cosa que cumplia,  
llevando próspero viento,  
con el que de atras traya.

Aquesto es mis señores  
todo lo que se sabia,  
del estado de la guerra,  
que nuestra Iglesia seguia,

Supliquemos a Jesus  
y a la Divina Maria,

---

(a) No ay duques en Inglaterra.

que nos quiera dar victoria,  
puesto que hazerlo podia,

Y nos guarde el gran Monarcha  
don Phelipe de Castilla,  
y nos de su grazia y gloria,  
que es lo que nos convenia.

FIN DEL SEGUNDO ROMANZE.

#### RESPUESTA.

Por dezir al mar brabato,  
y que Phebo reluzia,  
y por llamar al ardid,  
trayzion y alebosia,

Un ciego modorro y necio,  
necio quanto ser podia,  
de su ingenio rudo y toseco  
descoxe su poesia.

Natural es cordovés,  
reyno del Andalucia,  
de todos quatro costados,  
gran juicio a maravilla.

Y por darnos a entender  
que versos saber hazia,  
trabó en verso macarron,  
probadissimas mentiras.

Cantándolas por las plazas,  
con voz, gritos, y armonia,  
y con aplauso de el pueblo,  
cuya historia ansi dezia.

Despues que la gran batalla,  
fenezió con gran porfia,  
a los dos dias de Agosto,  
como ya dicho se avia.

O quanto mejor dijeras,  
ciego inutil sin valia,  
pues que batalla no uvo,  
sino huyr aporfia,

Despues que la Armada nuestra  
a la inglesa descubria,  
comienza de aligerarse,  
por meterse en huyda.

Cortan cabos, alzan velas,  
por escapar con las vidas,  
buelben la espalda a la muerte,  
los de el Duque de Medina.

Y a la muerte dan su pecho,  
Howardo y su compania,  
por ser valientes guerreros,  
de ánimo y osadia ;

Y hazen como valerosos,  
que en poco el vivir estiman,  
anteponiendo la honrra ,  
y posponiendo las vidas.

Huyó el Duque, sigue el Draque  
por la orden que tenia  
de Charles el Almirante ,  
que al Draque spaldas hazia.

Con cuya sombra y calor,  
en valor Draque crezia ,  
cosas haziendo inmortales,  
que al mundo espanto ponian.

Y ansi el valeroso Draque,  
qual aguiña de rapiña  
que cogidas las dos alas,  
á la presa se abatía,

De aquesta manera y suerte  
contra sus contrarios iba  
las fieras vñas abiertas ,  
y las dos alas cogidas.

Las vñas que abre el Draque,  
son animo y osadia ;  
las alas que han plegadas ,  
son temor y covardia ;

Las alas en el no caben ,  
porque las uñas cabian ,  
con las quales prende , ó mata ,  
al que defensa le hazia.

Testigo será Valdés  
y los de su compania ,  
tambien don Jorge Manrique ,  
que huyendo escapó la vida.

*Sant Phelipe y Sant Matteo ;*

naves de muy grande estima,  
y la gente que estas naves  
las gobernaba y regia.

¿Si es tal el valor de Draque,  
porque, lengua serpentina,  
llamandole de ladron,  
le infamas y le aniquilas?

Mira que el baxo no puede  
infamar al de valia,  
ni el covarde al animoso,  
ni al Rey la bez de la villa.

Si tu aquesto conocieras,  
no tuvieras osadia  
para tan aviertamento  
dezir tal alebrosia.

El buen arbol da buen fruto  
y flores amaravilla,  
y el ruin solo da redroxos,  
gusano, oruga, y polilla.

Tal eres como el mal arbol;  
la raiz tienes podrida;  
los frutos que de ti salen,  
son falsisimas mentiras.

Mientes en dezir que fue,  
la Armada inglesa vencida;  
mientes en dezir que en barcas  
los britanicos huyan;

Mientes en dezir que fueron  
con triste mensajeria  
quince navios a Londres,  
que vellos era manzilla.

Publicando tales nuebas,  
que el Draque perdido avia  
su cuerpo, su nave y gente  
y todo quanto tenia.

Mientes en llamar ladron  
a quien tanto merezia,  
y a quien con su fuerza y maña  
aquistó gloria subida.

Mientes en dezir que huvissen  
prisioneras aquel dia,

catorze naves inglesas  
y todo cuanto trayan.

Mientes por alto y por baxo,  
y por medio y por la orilla;  
mientes en todo y por todo;  
malditas sean tus mejillas.

Tu lengua la coman perros,  
tus orejas las ormigas,  
y los cuerbos carniceros  
agan plato de tus tripas.

Tu cabeza en una orca,  
al sereno noche y dia  
puesta esté, en lugar desierto,  
por cintinela perdida;

Las manos te corten vivo,  
y los pies y las rodillas;  
azóte en las espaldas,  
y abrásente la barriga.

Las demas partes de el cuerpo  
se agan polvo y ceniza;  
los ojos de que carezes  
esos para siempre vivan.

FIN DE LA RESPUESTA AL SEGUNDO ROMANZE.

Tanto amor á la verdad se compagina mal con el culto rendido en aquellas relaciones oficiales que anunciaban al pueblo inglés el embarco en la Armada de inquisidores, obispos, instrumentos de tortura, hierros con que marcar los esclavos y zarandajas por el estilo que no hubieron de parecer suficientes, pues en otras particulares de que hasta ahora no he hecho mencion, se avisa la ida «de una nao cargada de cuerdas para ahorcar todos los ingleses; otra de azotes para azotar las mujeres; otras con tres ó cuatro mil amas para criar las criaturas de teta..... y otras con damas de la vida alegre para distraccion de los soldados, despues de pasado el

mareo.....»<sup>1</sup> es decir, una escuadra interesante mujeril que no entra en la cuenta de las que se pusieron en las relaciones españolas<sup>2</sup>.

El pobre ciego de Córdoba escribía bajo su firma lo que tenía por cierto; al paso que los ingleses, enemigos de *la mentira*, se cubrían con el anónimo ocultando los más hasta la imprenta que les servía, como quien no tiene tranquila la conciencia.

Mencionados los escritos contemporáneos en inglés y español que circularon, queda el que, por mayor importancia y con honores de libro, dieron á la estampa en idioma frances, que es el más burdo de todos, por lo mismo que en él se puso intencion y pretensiones.

Figuróse haber sorprendido el manuscrito en casa de un clérigo católico llamado Richard Leych, confidente de D. Bernardino de Mendoza, ejecutado por los delitos de traicion y lesa Majestad, teniendo la justicia inglesa la satisfaccion de haber á las manos más de sesenta páginas de insulsa filosofía con que el agente se proponia

<sup>1</sup> Forneron, t. III, p. 328, con cita de los ms. del Arch. nac. de París, k. 1568, pieza 131 — D' Aubigné, *Les Histoires*, t. III, página 87. — Hakluyt, t. I, p. 607.

<sup>2</sup> El mismo Forneron, t. III, pág. 228, da á conocer los medios de que se servían los ministros ingleses; *Walsingham*, dice, *avait recours á ses faussaires qui copiaient ou inventaient des lettres saisies*. Tenía entre los agentes secretos á un Thomas Phelips que descifraba los despachos interceptados añadiendo palabras que cambiáran su sentido; fraguaba las respuestas y á veces correspondencia completa, imitando perfectamente la escritura otro agente llamado Peter Bales, buena alhaja, que disfrutó pensión de cien marcos hasta que paró en la torre de Lóndres. Por este procedimiento de falsificación de documentos, fué denunciado D. Bernardino de Mendoza para que saliera de Inglaterra.



entretener al Embajador de España, y el público la de saborear dos ediciones (al parecer), agotada la primera en pocos días. El libro, como el de los romances, es digno de reseña extensa, siquiera para el gusto de los bibliófilos. La negra portada reza, al pié de la letra:

*La Copie d'une | lettre envoyee d'An | gleterre a Dom  
Bernardin | de Mendoze Ambassadeur en France | pour  
le Roy d'Espagne. | Par laquelle est declare | l'estat  
du Roiaume d'Angleterre, contre l'attente | de Dom  
Bernardin & de tous ses par | tizans Espagnols &  
aultres. | Encores que ceste lettre fust enuoiée a Dom  
Bernardin de Mendoze, toutesfois de bon heur, la Co-  
pie d'icelle tant en Anglois qu'en François, a esté  
trouuée en la chambre de RICHARD LEYGH Seminaire,  
lequel n'agueres fut executé pour crime de leze Maiesté,  
& trahison commise au temps que l'Armée d'Espagne es-  
toit en mer.*

*Depuis ont esté adioustez certains Aduertissemens  
receus de n'agueres, concernans les pertes & destre-  
sses de l'Armée Espagnole, tant au combat qu'elle eut  
auec l'Armée Angloise au destroit de la mer Brita-  
nique, comme aussi par tempestes & vents contrai-  
res és costes d'Irlande vers le Nord, & l'Ouest, en  
retournant des Isles Septentrionales par dela l'Es-  
cosse.*

(Viñeta cuadrada de adorno.)

Nouuellement Imprimé, 1588.

En 8.º, 64 páginas foliadas; cinco más sin foliar de aviso del impresor, fechado á 20 de Setiembre de 1588

y 26, tambien sin foliar, conteniendo noticias de los naufragios en Irlanda <sup>1</sup>. Á vuelta de la portada se lee :

*In Classem hispanicam misere dispersam,*

*Epigramma.*

Præda licet mundus non sit satis ampla Philippo,  
Ampla satis mundo præda Philippus erit.

T. M. Scotus.

En el texto, que empieza en la página 1.<sup>a</sup>, se desengaña á D. Bernardino de Mendoza de la opinion que tenía formada de Inglaterra, de los ingleses y de sus recursos ; cometida por España la torpeza de publicar las relaciones de fuerza de la Armada, la lista de señores, y *entretenedos* que no podian ir á otra cosa que posesionarse de la propiedad, conquistando el país ; las Bulas del Papa y los libros del cardenal Allen, han inflamado el corazon del pueblo, que en masa ha tomado las armas. Descubre y numera á seguida fantásticos fortísimos ejércitos dispuestos á rechazar la invasion por cualquier parte que se intente ; la entidad y valentía de los capitanes, el ofrecimiento de vidas y haciendas, y agrega que, como era de esperar, ocurrió á la Armada invencible lo contrario que se cuenta en un papel *impreso en Paris*, en Inglaterra, titulado *Mendacia de D. Bernardin de Mendoza. La Armada y los ejércitos de Inglaterra se aumentarán mucho más el año próximo*, y por consiguiente será bueno aconseje que en España se desista de todo proyecto de repetición de la jornada.

El Consejo oculta torpemente el temor que no desva-

<sup>1</sup> Biblioteca del Sr. D. Pascual de Gayángos.

necian por allá las alegrías del suceso inesperado y á la Providencia debido, pareciéndose al canto del que, no muy seguro, atraviesa de noche la enercijada de un camino solitario.

Corona la obra el impresor poniendo la memoria de los desastres ocurridos en la costa de Irlanda por correctivo «de la imprudencia ó por lo ménos temeraria ceguera de D. Bernardino al sembrar falsas nuevas *en libros impresos en frances, en italiano y en español*, á fin de que le sirva de brida para no correr tanto y detenga á un tal *Capella* que ordinariamente hace oficio de trompeta en esto de llenar el mundo de *mentiras*», y así, dice, que como los *miñones* españoles no han sabido nunca lo que es un temporal en la mar, se vieron obligados á buscar refugio en las costas de Irlanda, donde perecieron á millares. En comprobacion, da á luz pública las declaraciones prestadas ante la Justicia por algunos de los prisioneros, de las que por muestra extracto una, que mereciera comentarse á ejemplo del romance del ciego.

Juan Antonio de Monona, italiano, hijo de Francisco de Monona, piloto, dice :

«Que se hallaba á bordo del navío *Santa María de la Rosa*, propio del Rey, de mil toneladas de porte y 700 hombres de tripulacion, de los cuales habian ya muerto 200 por los combates, ó de hambre y miseria, cuando arrojado sobre el golfo de Bleskey el martes 10 de Setiembre, chocó contra las rocas á legua y media de tierra.

» Este navío, *Nuestra Señora de la Rosa*, habia su-

frido mucho en los combates ; tenía todas las jarcias cortadas y cuatro balazos á flor de agua. Conducia al Príncipe de *Ascule*, hijo bastardo del Rey de España, con un *Dom Pedro*, *Dom Diego* y *Dom Francisco*, y otros siete caballeros de calidad que le hacian compañía ; el capitan del navio era *Villafranca*, de San Sebastian ; *Matuta*, capitan da infantería ; *Suwares*, capitan portagues ; *Garrionero*, capitan castellano ; *Lopecho de la Vega*, capitan castellano ; *Montanese*, capitan castellano ; *Juan Ryse*, capitan irlandes ; *Francisco Roche*, tambien irlandes ; *Miguel de Oquendo*, que era general de este navio y de toda la escnadra de *Guipusque*, hombre may experto en la marina, con otros veinte caballeros que ellos llamaban aventureros, porque iban á su costa. El navio estaba armado con cincuenta cañones de bronce, gruesos, de bateria, y otros reinticinco parte de bronce y parte de hierro ; llevaba en plata quince mil ducados ; otros tantos en oro, y mucha mayor riqueza en ropas, platos y copas de oro.

» Al chocar contra las rocas, uno de los capitanes mató al piloto, padre del declarante, creyendo lo habia hecho intencionalmente ; los caballeros trataron de salvarse en la barca, pero no pudieron desamarrarla y de los 500 hombres sólo éste escapó con vida.

» El Príncipe de *Ascule* era alto, delgado, pelo crespo negruzco, el rostro blanco y rosado, poca barba, á la marquesota, y frente espaciosa ; tendria unos veintiocho años. Cuando se ahogó vestia cuerpo y calzon de raso blanco á la española y medias de seda de color de hoja seca.....»

Á esa *verídica* relacion no hay más que objetar, que la nao *Nuestra Señora de la Rosa*, almiranta de la escuadra de Oquendo, se incendió el primer día de combate en el Canal; fué abandonada, conducida á Inglaterra como está dicho y visitada de muchos que pudieron contar al narrador montaba veintiseis cañones y no setenta y cinco, número á que ningún bajel alcanzaba con mucho. Las copas de oro irian con los cañones, por decoro del *hijo del Rey*, y por decoro igualmente se vestirían de raso blanco para nadar.

No inventó el autor, dicho sea en su descargo, que el Príncipe de Ascoli debiera el sér á Felipe II; ántes se habia propalado, segun tengo escrito <sup>1</sup>, pero le dió muerte prematura; que figuró muchos años despues en Flándes y en Italia, con el Conde de Fuentes; Oquendo, dicho está, regresó á Pasajes; Lope de Vega, soldado, no capitán <sup>2</sup>, hizo más versos despues que inexactitudes escribia el inglés, y quédense los *Garrionero*, *Matuta* y compañía para relleno, con opcion á exclamar:

Los muertos que vos matais,  
Gozan de buena salud.

Andando el tiempo, el proyecto de Napoleon I de invadir á Inglaterra, inspiró á nuevo autor, anónimo tam-

<sup>1</sup> Primeramente en la *Apologia* ó libelo del Príncipe de Orange; despues por el embajador veneciano Juan Soranzo; por Le Petit, en la *Cronique de Hollande*, t. II, p. 576, y por otros que los copiaron.

<sup>2</sup> Un hermano de Lope, alférez, murió en el último combate de la Armada el 10 de Agosto.

bien, por supuesto, la idea de ofrecer á sus compatriotas ejemplo que imitar en lo ocurrido el año de 1588, y tomando como verdad evangélica la carta dirigida á *Dom Bernardin* compuso otro libro ingiriendo una historia, ¡qué historia! de los agravios recibidos por la virgen reina Isabel, obligándola á enviar á las costas de España á Drake, ilustre almirante, que no sólo incendió los almacenes de Cádiz y *un ciento* de buques ricamente cargados, sino *que entró en el Tajo é hizo lo mismo con todos los que allí estaban.*

Continuando la narracion de los preparativos que se hicieron en España, salida de la Armada, *consternacion, rogativas públicas, ayunos y limosnas del pueblo inglés, famosos ejércitos organizados para la defensa*, etc., etc., y Armada que se compuso de 191 bajeles de porte de 31.985 toneladas, con 15.272 hombres, suficiente para contrarestar y vencer á la del Duque de Medina Sidonia, *metido en la bodega de su galcon para librarse de las balas*, llega á la estadística de nuestras pérdidas elevándolas á *quince navíos* en el Canal de la Mancha, y *treinta y dos* en las costas de Irlanda con 13.500 soldados y marineros, de los cuales 5.394 fueron pasados á cuchillo ó ahorcados para impedir que se juntáran con los rebeldes de aquella isla.

El libro peregrino que contiene semejantes noticias dos siglos despues de las ocurrencias, se titula :

*The History of the Spanish Armada, which had been preparing three years for the Invasion and Conquest of England, and which in the year 1588 came upon the English Coast to effect it. Containing the truest and*

most particular Lists ever yet published, of its ships, Land Forces, Mariners, Guns, Ammunition, and Military Stores of all Sorts. And also of the Land Forces raised, as well as the Ships fitted out by Queen Elisabeth, and her Nobility and Gentry, for the Defense of this Realm. Concluding with a Summary Account of the Defeat and Distress of that mighty Armament which the Spaniards boasted to be INVINCIBLE, but which Divine Providence, and the Bravery of the English Commanders in the Channel, proved to be no more so than the POPE, who gave BLESING to King Philip, and their CURSE to Queen Elisabeth were INFALLIBLE. — To which is prefixed, a Map of the Beacons then erected in Kent. — London: Printed for R. and J. Dodsley in Pall-mall. 1759.

En 4º mayor, XI—60 páginas <sup>1</sup>.

Porque no hay libro tan malo que algo de utilidad no contenga, aumenta éste la bibliografía de la Invencible, anunciando que el año de 1588, al mismo tiempo que en España se imprimían oraciones especiales con título de

*Letaniæ et Preces pro felici successu Clasis Catholici Regis nostri adversus Angliæ Hæreticos, veræ Fidei Impugnatores,*

en Lóndres se daban á la stampa otros ruegos recomendados al pueblo, que llevaban por cabeza,

*A Form of Prayer necessary for the present Time.*

<sup>1</sup> Biblioteca del Sr. D. Pascual de Gayángos.

Dirémos tambien bajo la garantía de *Cotton Library*, que al tiempo de la derrota de los españoles apareció en Roma un pasquin así escrito :

*Pontificem mille annorum Indulgentias largiturum esse, de plenitudine potestatis suæ; signis certo sibi indicaverit, quid sit factum de Classe Hispanica: quo abierit; in cælumque sublata, an ad Tartarum detrussa; vel in aëre alicubi pendeat; an in aliquo mari fluctuet.*

## R.

### Don Alfonso de Leiva.

Don Alfonso de Leiva, caballero de Santiago, comendador de Alcuesca, fué teniente de su famoso padre don Sancho; sirvió valerosamente en la guerra de Granada y en todas las de su tiempo. Hallándose en Italia á tiempo que D. Juan de Austria estaba apretado de los rebeldes de Flándes, sin más orden que su voluntad levantó aquella célebre compañía de aventureros de que se hizo capitán, alférez D. Diego Hurtado de Mendoza, sargento D. Sancho de Leiva, su hermano, y cuatrocientos soldados, que todos eran capitanes y alféreces reformados, sin contar los criados y gente que se les llegó. Con esa compañía cambió la faz de la campaña de los Países-Bajos, y dando la vuelta á Italia sirvió el cargo de Capitán general de las galeras de Sicilia, mostrando en las cosas navales no ménos valor y experiencia que su padre. Investido con el cargo de Capitán general de la caballería de Milan, lo dejó en 1587 por



acudir á la jornada de Inglaterra. El rey D. Felipe manifestó que habia sentido más su pérdida que la de la Armada, al decir de los cronistas del tiempo.

### S.

#### Tratamiento de los náufragos españoles en Irlanda.

Los historiadores ingleses han callado cuidadosamente lo ocurrido en las costas de Escocia é Irlanda con los desgraciados cuya vida perdonó el naufragio, por no divulgar el negro borron con que se manchó entónces un pueblo que blasona de humanitario. Han tenido que referirlo los extranjeros, dando autoridad á las relaciones en que nuestros capitanes Cuellar y Castillo escribieron con sangre el largo martirio de tantos infelices. El italiano Leti, dice :

«Sir Richard Bingham, gobernador de un castillo en la playa, habia perdonado la vida á 200 españoles náufragos que cayeron en su poder. Poco despues supo que habian desembarcado 800 de otra nao, y temiendo una sorpresa hizo degollar á los primeros. Tres escaparon, refiriéndolo á los últimos, que volvieron á embarcarse y perecieron todos.»

El holandés Van Loon, tratando concisamente del naufragio y disculpando, á fuer de amigo, el procedimiento de los ingleses, juzga «que los salvados eran muchos y demasiado de temer para que se tuviera compasion de ellos.»

Lediard escribe sencillamente : « Los que pisaron las playas de Irlanda fueron pasados á cuchillo ó entregados

al ejecutor de la justicia. El Virey estimó que debían morir, temiendo que se unieran á los rebeldes ; por lo ménos se sirvió de este pretexto en paliativo de su severidad.»

No todos fueron, sin embargo, acuchillados, que algunos dieron un día de gloria á las armas de la Reina de Inglaterra, ofreciendo ocasion al *osado acometimiento de 140 contra 600*, que es el título de la comunicacion oficial que traduzco.

«Al Lord Diputado de Irlanda.—Nuestro buen Señor.—Poco despues de escrita nuestra última carta salimos para el sitio donde se decia estaban los españoles, y los encontramos en S. John O' Dogherty, poblacion llamada Illagh. Enviamos emisario para saber quienes eran y lo que intentaban, invadiendo una parte de los dominios de S. M. la Reina. Contestaron que habian venido con propósito de invadir á Inglaterra, perteneciendo á la Armada que habia sido batida por la inglesa, y que habian sido forzados á arribar aquí por el temporal. Oida la respuesta y viendo que eran como 600 hombres, acampamos al anochecer á tiro de mosquete, no siendo más de 140, y hácia la media noche escaramnzamos con ellos por espacio de dos horas, matándoles su *teniente de campo* y sobre veinte hombres más y causándoles muchos heridos, así que al amanecer tuvieron que rendirse, sin que nosotros perdiéramos más que un hombre. O' Donill y nosotros hemos venido con algunos de ellos á Dongainne con intencion de llevarlos á Su Señoría, para lo cual le rogamos que se sirva dar orden de suministrarles racion, porque los prisioneros están muy débiles é incapaces de andar, y si lo estima conveniente dis-

ponga se faciliten carros y caballos para conducirlos á Dublin. El principal de ellos tiene cierto aire de majestad y ha sido jefe de 30.000 hombres hace veinticuatro años; entre los otros prisioneros hay personas de calidad. — De Dongainne, 14 de Setiembre de 1588. — Sus más humildes Rich. Hovenden. — Henry Hovenden. — Al Lord Diputado de Irlanda. — Urgente <sup>1</sup>.

La nao que fué á parar á este lugar de Irlanda era la levantisca *Trinidad Valencera*, en que iba el maestre de Campo del tercio de Nápoles D. Alonso de Luzon con 281 soldados y 79 marineros de su tripulacion, y 200 personas más que recogió de una urca que se iba á fondo, en total 560 personas. Dió la nave en unas piedras, haciendo al punto tanta agna, que á todo prisa empezó á echar gente á tierra con la barca. No estaba tampoco ésta en buen estado y se fué á pique al sexto ó sétimo viaje, teniendo que salir á nado los que quedaban á bordo, de los que no pocos se ahogaron. Los primeros desembarcados fueron los enfermos, que pasaban de ciento, y entre todos se contaron 400 hombres con algunas armas, pero sin nada que comer. Caminaron costeando por rocas hasta encontrar dos compañías de ingleses y algunos caballos, y como les ofrecieran capitulacion y seguro de las vidas, se rindieron confiados, pero contra la palabra empeñada los despojaron de las ropas hasta las carnes, los maltrataron y mataron, no salvándose más que ochenta de los soldados, y los jefes y oficiales que, por haber sido conducidos á la capital, tuvieron más humanitario tratamiento.

<sup>1</sup> Barrow's *Life of Drake*, pág. 141.

Oigamos por final á M. Forneron <sup>1</sup>:

« Impulsadas las naves hasta los 63<sup>o</sup> de latitud <sup>2</sup>, reconociendo á través de la niebla las Orcadas, las Shetland, las Feroë, islas tenebrosas sin abrigo; al fin con viento del NO. hicieron rumbo al canal de San Jorge. Se habian concluido las provisiones; el hambre y la sed aumentaban la fatiga. Tras largos sufrimientos vieron las playas verdes de Irlanda; allí habia católicos, reposo y agua; poco importaba que los bajeles chocáran en las desconocidas rocas, con tal que los hombres extenuados lograran pisar la tierra. Por ella iban arrastrándose fúnelicos y moribundos, y los oficiales ingleses que los recogian, sin acuerdo prèvio, unánimes decidieron que con tales gentes no habia otra cosa que hacer que pasarlos por el filo de la espada <sup>3</sup>. Sir Richard Bingham, gobernador de Connaugh escribia, sabida la ejecucion de los náufragos: «despues de haberlos despachado prontamente, hemos consagrado el dia entero del domingo á glorificar y dar gracias á Dios todo poderoso <sup>4</sup>.» Tenian, por cierto, el cuidado de desnudar á los moribundos ántes de acabarlos, para no ensangrentar los

<sup>1</sup> Tom III, pág. 344.

<sup>2</sup> Ms. Arch. nac. k. 1568, pieza 123.

<sup>3</sup> Es un protestante, contemporáneo nuestro, quien lo dice, y cualquiera creeria que aconseja semejantes procedimientos. «With one consent, but without communicating with each other, the english officers seems to have concluded that there was but one course for them to pursue..... they were all put to the sword.»—Fronde, t. XII, p. 502.

<sup>4</sup> «Thus having made a clear dispatch of them, we rested Sunday all day giving praise and thanks to Almighty God.»

vestidos ya deteriorados por el agua del mar; los cuerpos se dejaban en la arena. « Cuando estaba en Sligo, escribe un inglés, conté sobre la playa, en una extensión menor de cinco millas, mil cien cadáveres; las gentes del país me afirmaron que en otros sitios había más, aunque no tantos <sup>1</sup>.

» Los irlandeses, bárbaros y salvajes, no por católicos dejaron de tomar parte en la presa llevada por la mar. « Estuvieron dudosos antes de la victoria, dice otro » oficial inglés, pero al ver el desenlace y el desfallecimiento de nuestros enemigos, degollaron al quien más » podía..... y tal era el estado de debilidad de los naufragos, que un solo paisano mató á ochenta con la alabardada..... <sup>2</sup> »

» El gobierno inglés estimó en cuatro mil el número de españoles que se ahogaron en el canal de San Jorge; en otros tantos los acuchillados en las playas, y hé aquí como Dios combatió por Su Majestad contra estos idólatras <sup>3</sup>. »

## T.

### Calvados.

Mr. Peiffer, jefe de Artillería, en su *Légende territoriale de France* (Paris, Ch. Delagrave, 1877), dice :

<sup>1</sup> « I numbered on one strand of less than five miles in length, eleven hundred dead bodies of men..... »

<sup>2</sup> « With his gallowglas axe. »

<sup>3</sup> « God hath wrought for Her Majesty against the idolatrous enemies. »

« Uno de los departamentos ofrece la singularidad de tener nombre extranjero. *Calvados* es palabra española y se ha aplicado á una de las divisiones más lejanas á la frontera de España, donde los españoles no han penetrado ni aún en la época de Enrique II en que invadieron á Flándes. Hay en el canal de la Mancha, frente á la costa que bordea el camino de Caen á Bayeux, unos escollos peligrosísimos en la navegacion, que de tiempo inmemorial se denominaban simplemente *las rocas*.

« Hacia el fin del siglo xvi concibió el rey Felipe II de España el proyecto de conquistar á Inglaterra, disponiendo al efecto una armada que era, en realidad, la más hermosa y la más formidable que se hubiese visto nunca en la mar, por lo que fué nombrada *la Invencible*.

» En poco estuvo que justificára el adjetivo un tanto fanfarron adoptado previamente, y no quedó por culpa de la tripulacion que España habia formado con los mejores marineros y soldados, sino por la del jefe á quien se confió el mando, el Duque Medina-Sidonia, hombre de más apariencia que capacidad. Sucedió á la Armada lo que en todos tiempos ocurre en mar y tierra á las que están mal gobernadas; pereció, en parte por el enemigo, en parte por el temporal. Uno de los navios más hermosos, el *Calvados*, fué á parar á las rocas, perdiéndose el personal y el material.

» En aquellos tiempos vivian en las costas de Francia y en otras vecinas ciertas gentes que tenian por oficio el aprovechamiento de los despojos de buques náufragos, procurando buenamente que los hubiera por medio de

una vaca coja que paseaban de noche por la playa con un farolillo en los cuernos, de modo que imitára el balanceo de un esquife. Así que estas gentes supieron la pérdida del *Calvados*, acudieron á las rocas con mayor actividad porque en esta época se hallaba España en el apogeo de su riqueza, recibiendo sin cesar el oro que los galeones traían de Méjico ó del Perú. Decíase por la mañana: «van al *Calvados*» y por la tarde se preguntaba: «¿qué tal ha sido el día en el *Calvados*?» hasta que agotada lo rebusca fué general el expresar: «nada queda» que hacer en el *Calvados*.» De este modo el nombre aplicado en un principio á un magnífico navío y más tarde á sus restos se comunicó á las rocas, y al dividir á Francia en departamentos, descientos años adelante, de las rocas pasó al territorio de la vecindad.

«En realidad, no *Calvados*, sino *Salvador* debía llamarse, porque el nombre del bajel era *San Salvador*; pero al sacar á tierra los despojos, se halló la tabla en que, segun costumbre, se escribía, y desfigurado por los choques estaba en parte borrada la inicial *S*, pareciendo más bien una *C*, y lo mismo la *R* final, leyéndose *Calvados*, que no es palabra española ni francesa.»

La explicacion amplía la que anteriormente habia consignado Mr. L'Abbe de la Rue en la obra titulada *Essais historiques sur la ville de Caen et son arrondissement*, &c. Caen, Mancel, 1842.

Asienta que la roca submarina que se halla sobre la costa de Bessin, á la entrada de la caleta llamada *Fosse d'Espagne*, ha dado su nombre de *Calvados* al departa-

mento, y asegura que la tradicion fija en el desastre de la Armada Invencible así la designacion del escollo como la de la referida caleta, cercana á las parroquias de Fresné, Saint-Cosme y Asnelles.

En apoyo de la tradicion observa que en ninguna carta francesa ni extranjera se leen estos nombres ántes del año 1588 en que ocurrió el desastre; y las hay inglesas que muy poco despues los escriben con mencion del suceso. La de la diócesis de Bayona, por el Chanoine Petite, trazada en 1675, es la primera nacional en que nombra *Calvados* á las rocas, sin expresar las razones de la denominacion.

Observa tambien que en una de las cartas del Museo de Lóndres se lee *Calvador* en vez de *Calvados*, variante que le hace discurrir acerca de la palabra, que estima española, y que debió pertenecer, en su creencia, á un navío ó á una persona, si bien en el particular no discurre con tanta exactitud como Mr. Peiffer. Por fin, y esto es curioso, cuenta que al ocuparse la Asamblea Constituyente de Francia en la division de departamentos, se pensó dar el de *Orne inferior* al que nos ocupa; pero una señora de Bayeux, hermana del diputado del distrito, lo ridiculizó, indicando como más aceptable el de *Calvados*, y mereciendo general asentimiento la idea, fué propuesto por el general diputado Félix de Wimpfen y oficialmente aceptado.

Debo estas noticias á la amabilidad del señor Emile Travers, secretario de la Sociedad de Bellas Artes de Caen, y correspondiente de nuestra Academia de la Historia, que se ha servido facilitarme otros varios datos



con que se propone escribir una disertacion sobre la misma materia. En su ilustrado juicio opina que, sin recurrir á la mutilacion de la tablilla imaginaria del navío, puede explicarse la trasformacion de la palabra española *Salvador* ó *Çalvador* en *Calvados*, por modismo de la época que tendia á sustituir *s* por *r* suavizando la pronunciacion, como se advierte en el ejemplo de *cathedra*, que en la Edad Media produjo la voz *chaire*, de donde se ha formado *chaise*, mueble de habitacion, conservándose la primitiva, *chaire*, para designar las de las iglesias. Por la misma tendencia proceden, *dos de dorsum*; *pêche de persica*; *Oroux*, *Loroûx* y *Louroux* de *Oratorium*, &c.

## U.

### Capitanes principales de la Armada.

JUAN MARTINEZ DE RECALDE, bilbaíno, caballero de Santiago, gran marinero, entendió en la construccion de navíos del Rey en Vizcaya, Guipúzcoa y Cuatro Villas; escoltó las flotas de Indias; salvó en las islas de Madera el oro y efectos de dos naos que allí se perdieron; mandó la escuadra que condujo á Flándes al Duque de Medina-celi en 1572, y la de veinte naos que habia de reforzar en las Terceras la armada de D. Álvaro de Bazan, uniéndose á ella, por causa de malos tiempos, despues que era alcanzada la victoria sobre los franceses, en 1582. En la campaña del año siguiente tuvo puesto principal en el reconocimiento de las islas y desembarco de tropas; y sometido el archipiélago pasó secretamente á re-

conocer las costas de Inglaterra, desembarcando felizmente en las de Irlanda mil soldados en auxilio de los católicos naturales.

En la *Invencible* llevaba el cargo de Almirante, y en el Consejo, como en el combate, ocupó siempre el primer puesto, saliendo de la grave situación en que se vió el día de la primera escaramuza del canal, abandonado á retaguardia y envuelto por el enemigo. Hizo cuanto estuvo en su mano para inclinar al Duque á un combate general, cuyo éxito, á su juicio, no podía ser dudoso; se opuso con energía al regreso á España y navegación por el norte de Escocia, y acreditando aún más su inteligencia y arrojo en esta desdichada travesía, se ocupó incessantemente en reunir y auxiliar á las naves dispersas y cuidar de los enfermos. Entró con temporal en un puerto de Irlanda que le era desconocido, y hallando oposición, verificó desembarco de su gente, y á fuerza de armas repuso el agua de que estaban muy necesitadas las naves. Al fin llegó á la Coruña con las que pudo reunir, tan trabajado por las penalidades, que murió á fines de Octubre, llorado por todos aquellos á cuyo cuidado sacrificó su propia existencia. Túvose por uno de los más grandes marineros de su tiempo.

MIGUEL DE OQUENDO, natural de San Sebastian, gloria de la marina, fué otra de las figuras notables de la *Invencible*, con la que concluyó su honrosa carrera, ilustrada en las principales operaciones navales del reinado de Felipe II. En 1575 sirvió en la jornada de Orán con nao propia de 700 toneladas, y en la batalla de las Terceiras, dada el año de 1582, atacado el galeon *San Ma-*

teo por la capitana y almiranta francesa con tres naves más, acudió Oquendo en su auxilio, é interponiéndose á toda vela aferró á la almiranta enemiga, la rindió y saqueó, poniendo su propia bandera en la popa y cogiendo por trofeo las insignias francesas. En la jornada del año siguiente entendió en el reconocimiento de las playas y desembarco de las tropas en Tercera y el Fayal, confiándole D. Álvaro de Bazan las comisiones más difíciles. Su comportamiento en la jornada de Inglaterra causó admiracion á sus mismos compañeros, que no cesaban de loarle porque nunca faltó del sitio en que habia fuego; *«y así meneaba su navio como si fuera caballo ligero.»* En alguna de las relaciones se dice: «que se mostró como un Héctor»: en otra, que «mostró tal valor que á la Fama hizo envidiosa»; habiendo en todas alabanzas encarecidas. Por su carácter vehemente y arrojado, sufrió grandísima mortificacion, observando los desaciertos del jefe de la Armada y la inutilidad de los requerimientos que le hacian para que librara la batalla, y de tal manera quedó afectado y triste su ánimo con el descalabro deshonoroso, aunque ninguna parte en él le cabia, que llegado al puerto de Pasájes, sin querer ver á sus parientes ni á su mujer, murió el dia 2 de Octubre de 1588.

MARTIN DE BERTENDONA, ó Jimenez de Bertendona, en algunos documentos Bretendona, natural de Bilbao, tambien marinero y valiente, era hijo del capitan del mismo nombre, comandante de la nao que condujo á Felipe II á Inglaterra, y posteriormente la escuadra de Vizcaya. En 1583 tuvo á su cargo la guarda de las cos-

tas de Portugal, durante la ausencia de D. Álvaro de Bazan, el cual informaba que era hombre plático, de experiencia en la mar, y de quien se podía fiar. En 1589 contribuyó á la defensa de la Coruña contra el ataque de la armada y ejército ingleses de Drake y Norris, viéndose en la necesidad de incendiar su galeon, que estaba allí solo, porque no cayera en manos del enemigo, y lo que no alcanzó en la *Invencible*, no por culpa suya, vino á lograrlo el año de 1591 sobre la isla de Flores, en la batalla naval dada á la armada inglesa por la del mando de D. Alonso de Bazan. Bertendona aferró á la almiranta enemiga, llamada *La Venganza*, y la rindió.

HUGO DE MONCADA, caballero de la Orden de Santiago, hijo segundo de D. Francisco de Moncada, segundo Conde y primer Marqués de Aytona, Conde de Osona, Vizconde de Cabrera, gran Senescal y Maestre racional de Cataluña, y despues su Virey y de Valencia. Fué teniente general de las galeras de España, gobernándolas don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, despues de haber servido muchos años en las guerras de Flándes. Designado en 1588 para el mando de las galeazas de la Armada contra Inglaterra, procedió gallardamente, como queda referido. A su muerte compuso un elegante epigrama D. Jaime Falcó, caballero valenciano del hábito de Montesa, y otro Francisco Calza, segun noticia Salazar en su *Historia de la Casa de Moncada*.

MÁRCOS DE ARAMBURU, natural de San Sebastian, caballero de Santiago, sobreviviendo al descalabro de la Armada, mandó posteriormente armadas y flotas de Indias hasta entrado el siglo XVII, informando acerca de

la mejor navegacion y fortificacion del estrecho de Magallanes y costas del rio de la Plata y Brasil. Tambien se distinguió en la victoria naval alcanzada de los ingleses el año de 1591 sobre la isla de Flores, abordando á la almiranta enemiga.

DIEGO DE MEDRANO, natural de la Hinojosa en tierra de Soria, habiendo servido en las jornadas de Chipre, Lepanto, Navarino, Túnez y otras en Italia y Berbería, fué nombrado cabo de las doce galeras que habian de ir con el Marqués de Santa Cruz á la jornada de la Tercera el año de 1583. Habiendo fracasado el intento de la travesía del año anterior, hizo este capitan realzar las falcas de las embarcaciones, modificó el aparejo, poniéndoles tres palos, los dos mayores con velas cuadras, y consiguiendo un felicísimo viaje hasta la isla de San Miguel, fué el primero que cruzó el Océano con esta clase de buques, á que principalmente se debió la rendicion de la isla Tercera, y en absoluto la de Fayal. El Rey premió este servicio acordándole el hábito de Santiago, y le designó para regir las cuatro galeras que fueron en la *Invencible*, no con tan buena fortuna, pues tuvieron que arribar á la costa de Francia, donde una de ellas naufragó. Véase documento núm. 61.

MARTIN DE ARANDA, auditor general de la Armada, cuya trágica muerte en el naufragio sobre la costa de Irlanda narra el capitan Cuéllar en el documento número 184, habia servido el mismo cargo en la armada de don Álvaro de Bazan, asistiendo á la batalla naval ganada á los franceses el año 1582, y fué el que suscribió la severa sentencia de ejecucion de todos los prisioneros.

## V.

## Diego Flores Valdes.

Oscureció las buenas condiciones de marinero con las de su carácter díscolo y envidioso. Entendió en la fábrica de navíos de Vizcaya y en materias de organizacion, produciendo informes en muchas de ellas y en lo relativo á conocimientos hidrográficos de América, por estar mandando flotas de Indias desde 1566. Dirigió en 1581 la gran expedicion de 23 naves al estrecho de Magallanes, haciéndola fracasar por celos y desacuerdo con Pedro Sarmiento de Gamboa, al que abandonó por último, quitándole parte de la gente. En Santo Domingo de la Paraiva, costa del Brasil, alcanzó victoria de los franceses, tomándoles un fuerte que allí habian construido, cinco navíos y gran cantidad de pertrechos y géneros <sup>1</sup>, con lo que neutralizó el mal efecto de la campaña anterior. Consejero principal del Duque de Medina-Sidonia en la jornada de Inglaterra, á él se debió principalmente el abandono de su paisano y pariente D. Pedro de Valdes, y otras medidas censurables. Luégo que lo supo el Rey, que le habia confiado el mando general de la Armada, en ausencia del Duque, ordenó su prision en el castillo de Búrgos, formándole proceso, segun informa Cabrera de Córdoba en su *Historia*, tomo III, página 294. El inglés William Monson, con referencia á

<sup>1</sup> Véase la Relacion, *Disq. náut.*, lib. vi.

un paje que conoció en Lisboa, dice que no volvió á saberse de su persona desde que entró en el castillo.

Confundió á Diego Flores Valdes con Diego Menendez Valdes, D. Estanislao Rendueles al escribir su *Historia de la villa de Gijon*, incurriendo en notables inexactitudes en cuanto refiere de la jornada de la *Invencible*. Por un lado adjudica á Diego Menendez las campañas de Magallanes y de Paraiva, que sin género de duda pertenecen á Diego Flores; y consignando que regresó á Sevilla el año de 1588, lo da por ausente en Indias al mismo tiempo. Por otro afirma que el consejero del Duque de Medina-Sidonia era el almirante Antonio Menendez de Valdes, hermano de Diego, autorizando la noticia con carta del Duque mismo, así concebida :

«Al muy ilustre Señor el señor almirante Antonio Menendez de Valdes. — Con mi criado Sarmiento.

»Muy magnífico Señor : He tenido mucho gusto sabiendo que vuestra merced es uno de los almirantes nombrados para mi consejo en esta jornada de Inglaterra, porque así tengo la satisfaccion de llevar en mi compañía uno de los almirantes más prudentes y expertos, más valeroso y honrado que hay en toda la marina de España, y un amigo de quien hago la mayor confianza, y á quien estimo igual de mí. Todo lo que me dejó encargado el almirante Diego Menendez de Valdes, su hermano, se ha hecho, y se van disponiendo las cosas á medida de nuestro deseo. Estoy con grande cuidado hasta saber cómo le ha ido en aquellos mares de las Indias, que son muy peligrosos; pero su constancia y talento le sacarán bien de esta empresa, como de las otras mu-

chas y de tanta importancia que le han encomendado. Guarde nuestro Señor la muy ilustre persona de vuestra merced como deseo. De Lisboa, 20 de Mayo de 1588.— Á lo que, Señor, dispusiéredes,— El Duque.»

Sin esta carta, cuya procedencia no indica el autor referido, podría creerse que Diego Menendez Valdes y Diego Flores Valdes fueran una sola persona; mas esta tercera del documento embrolla el asunto tanto más, cuanto que el señor Rendueles añade, que llegada á Santander la Armada, el Duque de Medina-Sidonia envió de seguida á la corte al almirante Antonio Menendez Valdes, para enterar al monarca del inmenso desastre.

«Valdes, dice el mencionado autor, rudo marino, alma templada en el sufrimiento, y cuyo valor habia probado en cien combates, apenas pudo referir al Rey entre lágrimas y congojas el motivo triste de su mision. Entónces fué cuando Felipe II, sereno, pero sin altivez, pronunció aquella célebre frase, que dejamos atras reproducida, y que trasmitida por la Historia ha conseguido los aplausos de la posteridad. El almirante Antonio Menendez Valdes, poseido de profunda melancolía y acometido de una lenta calentura, falleció en Madrid en los últimos dias de Diciembre del mismo año de 1588.»

Don Jacobo de la Pezuela confundió tambien en su *Historia de la isla de Cuba* á Diego Flores Valdes con Álvaro Flores Valdes, otro general de galeones, poco ejemplar, que dió escándalos en la Habana el año de 1581.



## W.

**Medallas acuñadas en conmemoracion de la derrota de la Armada Invencible.**

Los rebeldes de Flándes circularon várias. En dos de módulo distinto, aunque de igual dibujo, pusieron de anverso el busto del Rey con la leyenda *PHILIPPUS II, DEI GRATIA HISPANIARUM REX.* — 1588. En el reverso el Mundo escapando de dos manos retenidas por fuerza superior, y la explicacion *SIC ERAT IN FATIS.*

En otra se representaba al pueblo holandes, hombres, mujeres y niños, de rodillas, con las manos levantadas hácia el cielo, como el de Nínive en la penitencia: la leyenda decia *HOMO PROPONIT DEUS DISPONIT.* — 1588. Por reverso un galcon destrozado.

Otra, y es la cuarta, el sol entre nubes alumbrando débilmente á tres bajeles, batidos por la tempestad, leyéndose *POST NUBILA PHOEBUS.* — 1588. En el reverso, las armas de las ciudades principales con la letra *CALCULUS ORDINUM ZELANDIÆ.*

La quinta, con las armas de Zelanda, la inscripcion *SOLI DEO GLORIA,* y en el reverso la Armada sumergiéndose. *CLASSIS HISPANIA VENIT, IVIT, FUIT.*

La sexta, de módulo más pequeño y anverso parecido, tenía en el lado opuesto dos naves combatiendo, y la leyenda variada *VENIT, IVIT, FUIT,* quedando en el exergo *CLASSIS HISP.* — 1588.

Séptima: Armas de Zelanda; *NON NOBIS DOMINE, NON*

NOBIS. — 1589. Reverso : la Armada navegando; SED NOMINE TUI GLORIAM.

Octava : La Reina de Inglaterra en carro triunfal con palma en la mano izquierda; en la derecha un libro abierto con la oracion dominical, escrita en holandes , y al rededor TANDEM BONA CAUSA TRIUMPHAT. — 1589. En el reverso un árbol con nido; los polluelos se defienden de un halcon que se aproxima. SI NON VIRIBUS AT CAUSA POTIORES. — BELLUM NECESSARIUM.

Novena : Mar agitada, cuyo oleaje se estrella contra una roca. ALLIDOR NON LÆDOR. En el reverso la Armada dispersa. FLAVIT ET DISSIPATI SUNT. — 1588.

La décima es del género burlesco. El anverso presenta reunidos en Consejo al Papa, el Emperador y Felipe II con varios cardenales y obispos, teniendo todos los ojos vendados y orejas de burro. O, CÆCAS HOMINUM MENTES, O PECTORA CÆCA. — DURUM EST CONTRA STIMULOS CALCITRARE. En el reverso la Armada estrellándose contra las rocas. TU DEUS MAGNUS ET MAGNA FACIS. — VENI, VIDE, VIVE. — 1588.

En Inglaterra se acuñaron tambien medallas recordatorias del suceso; una representaba el acto de avanzar los brulotes sobre la Armada fondeada en Calés, llevando por inscripcion DUX FOEMINA FACTI, aludiendo á la Reina. En otras dos, la Armada española destruida por los temporales, con las leyendas VENIT, VIDIT, FUGIT, y IMPIUS FUGIT, NEMINE SEQUENTE.

**X.****Don Alonso Perez de Guzman el Bueno, duque de Medina-Sidonia.**

Hijo de D. Juan Claros de Guzman y de D.<sup>a</sup> Leonor Manrique de Zúñiga y Sotomayor, nació D. Alonso el 10 de Setiembre de 1550 <sup>1</sup>, heredando á los ocho años de edad uno de los estados más poderosos de España. Fué duodécimo Señor y quinto Marqués de Sanlúcar de Barrameda, noveno Conde de Niebla, sétimo Duque de Medina-Sidonia, y casó con D.<sup>a</sup> Ana de Silva y Mendoza, hija de Rui Gomez de Silva, favorito de Felipe II (el Rey Gomez, segun el pueblo le llamaba), y de la famosa doña Ana de Mendoza, príncipes de Éboli, duques de Pastrana.

Habia nacido D.<sup>a</sup> Ana de Silva en Mayo de 1561, y contaba cuatro años cuando se hicieron las capitulaciones matrimoniales con el Duque de Medina-Sidonia, verificándose los desposorios en 1568, luégo que la novia hubo cumplido los siete años. En 29 de Enero de 1572, contando diez y medio, el Nuncio de Su Santidad, Juan Bautista Castagna, que fué despues Papa con el nombre de Urbano VI, la dispensó para que pudiese contraer matrimonio por palabras de presente, y confirmada la dispensa por el Pontífice en Roma, á 1.<sup>o</sup> de Marzo del mismo año, se efectuó y consumó la union,

<sup>1</sup> El P. Torres dice en 1549, otros escritores en 1.<sup>o</sup> de Setiembre de 1550; pero en el archivo de la casa consta la fecha del 10 de este mes.

supliendo el juicio y discrecion de la Duquesa (dice muy sencillamente el cronista de la casa) la falta que para el matrimonio le hacía el corto número de años <sup>1</sup>.

Debió el matrimonio favorecer en la corte el concepto del Duque de Medina-Sidonia por el afecto verdadero que el Rey profesaba á Rui Gomez, aún cuando no existieran otras causas que la maledicencia tenía propagadas embozadamente.

Los supuestos amores de Felipe II con la madre de la Duquesa han dado origen al libro de D. Gaspar Muro *Vida de la princesa de Éboli*, y en verdad, la copia de interesantes documentos que da á conocer y los comentarios con que los ilustra, no ofrecen vestigio en qué fundar las hablillas del vulgo; con todo, el mismo autor reconoce que las pruebas negativas que presenta difícilmente desarraigarán una creencia tan extendida, y el Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, que escribió el prólogo, se inclina á creer que el amor del Rey por la Princesa no es dudoso, siquiera fuera desdeñado, como Antonio Perez afirmó. Los que van más léjos dijeron que D. Rodrigo de Silva, segundo duque de Pastrana, que nació en 1562, era hijo del Rey, suponiendo, por tanto, que las relaciones amorosas databan de tiempo atras, y un año ántes, en 1561, como queda dicho, vino al mundo D.<sup>a</sup> Ana de Silva, duquesa de Medina-Sidonia <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> *Casa de Silva*, parte II, pág. 646, citada por D. Gaspar Muro.

<sup>2</sup> Niega cuanto se ha escrito acerca de amores ilícitos del Rey el canónigo de la santa Iglesia primada de Toledo, D. José Fernandez Montaña, en la obra titulada *Nueva luz y juicio verdadero sobre Felipe II*. Madrid, 1882.

Ello es que en 1581, sin méritos propios, á no contar las gestiones que de orden del Rey hizo con su suegra para la reconciliación de los secretarios Antonio Perez y Mateo Vazquez <sup>1</sup>, y la reunión de sus vasallos en el condado de Niebla para entrar en Portugal si era necesario, que no lo fué, recibió de manos de D. Felipe el collar de la orden del Toison de oro y la investidura de Capitan general de Lombardia con los cargos anexos de gobernador y lugarteniente del Estado de Milan, escribiéndole el Rey que importaba partiera luego para este Gobierno, desde el cual, á fin de que comunicara privadamente con él, le enviaba una cifra especial, distinta de la que habia de servirle para los ministros. Excusó el Duque la marcha, no obstante la urgencia recomendada, dilatándola con pretexto de su salud y la de su esposa, hasta pasar cerca de un año, ó sea hasta principios de 1582, que envió á la corte al P. Fr. Vicente, encargado de conseguir relevo en la comision recibida. Una carta del secretario Mateo Vazquez le hizo saber que este padre *habia cumplido con gran prudencia la comision que llevaba* <sup>2</sup>, que S. M. le habia oído muy atentamente, acordando en consecuencia excusarle de la jornada, *pues no faltaria por acá en qué emplearlo*; pero queria el Rey que no dijera á nadie esta resolucion

<sup>1</sup> Muro, obra citada. — Véanse las notas de D. Alejandro Lioren-te á los *Comentarios de las guerras de Flandes*, de Villalobos, página 415.

<sup>2</sup> La carta, con los titulos de Capitan general de Lombardia y despachos del Rey, se ha publicado en la *Coleccion de documentos inéditos para la Historia de España*, t. xxviii, págs. 366 á 386, y tomo xxiv, pág. 554.

y que los despachos que tenía para Milan los devolviera con secreto.

Continuando en su casa, entendió en la provision de los presidios de Larache y Arcila, en la mision que por allá llevó el embajador Venegas de Córdoba (que se extendia á recobrar los restos mortales del rey D. Sebastian de Portugal) y en cuestiones del despacho de las flotas de Indias <sup>1</sup>.

Cuando Drake entró en la bahía de Cádiz é incendió las naves, el Duque se dispuso con sus gentes á la defensa de la ciudad previniendo el desembarco de los ingleses, aunque no tan á tiempo que impidiera muchas desgracias personales, ocurridas por el pánico con que los vecinos se encerraron en la fortaleza. Esto dió ocasion á censuras públicas y á que el buen humor andaluz tradujera en sátiras y epigramas la opinion que merecia el descendiente del heroico defensor de Tarifa, con tanta mortificacion suya como escaso discurso, pues acudió en queja á la corte, dando pábulo á la conversacion de los ociosos. Informado el Rey, tuvo por suya la ofensa y escribió á D. Alonso «no tuviera cuidado de esas cosas, pues que Él estaba seguro y satisfecho de todo y nada le haria entender lo contrario, tanto que enviaba cédulas á la ciudad y corregidor de Cádiz, segun veria por las copias adjuntas, maravillándose de la presteza con que habian olvidado la voluntad y urgencia del socorro.» Encargábale, pues, de nuevo que no le diera

\* Las cartas que escribió al Rey con estos motivos se hallan en la Colecc. Sans. de Barutell, art. 4.º, años 1581 y siguientes.

cuidado la critica, de que no habia más que hablar, pues en lo sucesivo tendrian allí entendido el respeto con que habian de tratar á su persona por la estima que el Rey hacia de ella <sup>1</sup>.

Intercedió D. Alonso por la suerte de D.<sup>a</sup> Ana de Mendoza, su suegra <sup>2</sup>, rogando humildemente á D. Felipe que ablandára el rigor de la prision en que la tenía, signiendo con este motivo correspondencia con el secretario Mateo Vazquez y con Fr. Vicente de Herrera, su confesor, que, no habiendo quemado las cartas como expresamente recomendaba, nos han conservado en ellas pruebas de escasa reflexion y de apego á los maravedis; tales cosas dice *de su señora la Princesa*, del Duque de Pastrana, su enñado, y del Marqués de la Favara, pariente <sup>3</sup>.

La intercesion, repetida en enalquiera oportunidad, sobre todo en la salida de la Armada de Lisboa, que era la que más podia influir, no alcanzó la gracia del Soberano; pero, aparte de esto, en otras ocasiones, y en las cartas con añadidos de mano propia, dióle á entender D. Felipe la consideracion que le merecia.

Este sentimiento se refleja en la correspondencia seguida con el Duque con motivo del encargo que se le dió de activar la disposicion de las naos de las flotas de Indias que estaban en el rio de Sevilla y Cádiz, para agregarlas á la Armada de Lisboa; encargo en que se mostraba muy contento y diligente, explicando en lar-

<sup>1</sup> Docum. núm. 20.

<sup>2</sup> Docum. núm. 108.

<sup>3</sup> Muro, obra citada.

gos despachos cuantas dificultades vencía con su interés, cuantos dineros y tiempo economizaba con su presencia, y por el que, con aprobacion de las disposiciones, recibía gracias del Rey, significacion del aprecio con que veía el calor de sus servicios y reconvenciones privadas «*por lo mucho que trabajaba, las trasnochadas y lo que escribía de su mano, importando más su salud*»<sup>1</sup>.

Llevadas las distinciones á ofrecerle el puesto ocupado por D. Álvaro de Bazan, se sorprendió el Duque por tener puesto el blanco del deseo y encaminadas las pretensiones á más sosegada ocupacion, cual era la Mayordomía mayor de Palacio, y otra vez dejó correr la pluma irreflexiblemente trazando la singular declaracion de su ineptitud y su roñosería; confesando paladinamente que no entendía de las cosas de la mar ni de la guerra; que se marcaba, y que *no tenía un real que gastar*.

Insistía en que estaba su caudal pobre y empeñado, contra la notoriedad de ser acaso superior al efectivo del Rey. Por aquellos días escribía Cabrera de Córdoba<sup>2</sup>: «El de Medina-Sidonia vino á la corte muy apriesa, traído de las peticiones del Duque de Osuna (de la Mayordomía mayor) para no perder en las mismas por ausente, también á solicitar los pleitos que tenía con sus vasallos, que importaban diez mil ducados de renta sobre su aduana de Sanlúcar, y haberle puesto el Rey, sobre que se agraviaba, y el Fiscal de que por su

<sup>1</sup> Carta de D. Juan de Idiaguez, escrita de orden del Rey. Colección Navarrete, t. xxx.

<sup>2</sup> Tomo III, p. 269.



barra entraba la plata y por su ladronera salia y se robaba á España, y pedia remedio y castigo, y llevar las barras fuera.»

Leti contradice la gestion del Duque de Osuna, expresando que el Rey le consultó sobre la preparacion de la Armada contra Inglaterra y le comisionó para ir á Lisboa con otros tres grandes. Que muerto el invencible Marqués de Santa Cruz, viendo el dicho Duque perplejo al Rey, le propuso á D. Luis Ponce (*sic*), duque de Medina-Sidonia, hombre de gran riqueza y nacimiento, y cuñado suyo, para reemplazar al Marqués, prevaleciendo sus buenos consejos; pero quiso la desgracia que los temporales priváran de la gloria que para su cuñado buscaba en aquella expedicion, considerada de éxito seguro <sup>1</sup>.

Estrada, con referencia al mismo punto, escribe <sup>2</sup>: «Sustituyó, pues, el Rey por el de Santa Cruz á Alonso Perez de Guzman, duque de Medina-Sidonia, no cierto tan sabio en la milicia, pero de ilustre prosapia, y en los reinos de España muy aventajado en riquezas, no desdeñándose la Armada de que *por un general de hierro le diesen otro de oro*, así porque los cabos de la milicia se prometian más dilatado el empleo del nuevo é inexperto capitán, como porque los demas recibian la cabeza adinerada como en rehenes de que no les habian de faltar las pagas.»

Muro consigna en el libro citado, que los Duques de

<sup>1</sup> Vitta de Pietro Giron, t. 1, pág. 256.

<sup>2</sup> Dec. segunda, lib. IX.

Medina-Sidonia, cabeza de la casa de los Guzmanes, eran los señores más poderosos del reino; tenían en Andalucía una situación semejante á la de los del Infantado en Castilla, y para probar su importancia en el siglo xvi, recuerda un dato mencionado en la Crónica de Felipe I, *el Hermoso*, por D. Lorenzo de Padilla, á saber: que en 1505, tratando varios señores españoles de estimular á aquel príncipe á que viniese á España desde Flándes, en donde se hallaba, el Duque de Medina-Sidonia le ofreció que si queria entrar por el Andalucía, él le daría puerto y le serviría con dos mil hombres á caballo y ocho mil peones, y prestaría cincuenta mil ducados.

Sólo el producto de las Almadrabas, que disfrutaba la casa desde los tiempos de Sancho IV, constituía una renta cuantiosa. Muchas veces auxilió al mismo Rey prestándole artillería de bronce y dinero con que despachar las flotas de Indias <sup>1</sup>, sin perjudicarse por cierto en

<sup>1</sup> En la Academia de la Historia, Colecc. de Jesuitas, tomo cix, número 639, existe una *Relacion de la artillería que el Duque de Medina-Sidonia ha prestado en servicio de S. M., que hoy se le debe, y de las ocasiones en que la prestó*, expresando: Que el año 1581, para la Armada que se despachó al Magallanes, cuyo general era Diego Flores Valdes, dió 26 piezas; que de las que prestó para Portugal se quedaron en Oporto dos medias culebrinas; que para la Armada que el año 1586 se despachó á Nueva España, general Francisco de Novoa, prestó ocho medias culebrinas; para las galeazas de la gran Armada dió el de 1588, siete medios sacres; para la Armada del general Juan de Uribe que fué á Tierra-firme el año de 1590, prestó ocho piezas; con más, entregó, para remitir á la Habana el año de 1582, una culebrina. Todas eran de bronce, con peso de 756 quintales.

Sigue una Real cédula fecha á 15 de Julio de 1581, dirigida al

los intereses, tan míseros en su situación avara, que se dolía de tener que dar la mesa á su cuñado el Duque de Pastrana, cuando fué á Sanlúcar<sup>1</sup>; parecía poco el sueldo de Capitan general del mar Océano<sup>2</sup>; la merced de veinte mil ducados de ayuda de costa y la facultad de repartir dos mil más entre sus paniaguados, y pedía al Rey amparára á los dos hijos que dejaba *tan pobres*<sup>3</sup>.

No era el rey D. Felipe persona cuya perspicacia pudieran engañar los pretextos, las dilaciones y las exigencias del Duque todo el tiempo que permaneció en Lisboa hasta conseguir que la Armada se acrecentase en cifra no calculada, ni ménos las comunicaciones en que se trataba de explicar por razon natural y por intervencion divina la arribada á la Coruña, descalabro y dispersion consiguientes; disimuló, no obstante, el disgusto que las contrariedades le producian; hizo caso omiso de la des-

Duque de Medina-Sidonia, pidiendo las piezas necesarias para la Armada de Diego Flores Valdes, que se recibirán por inventario y peso, con encabalgaduras y pelotería, á condicion de devolverlas en la villa de Sanlúcar. — Acompaña el inventario y descripcion de las piezas y certificado del capitan Estéban de las Alas, proveedor y tenedor de las municiones de la Armada, de haberlas recibido.

<sup>1</sup> Muro, obra citada.

<sup>2</sup> Título de Capitan general del mar Océano para D. Alonso Perez de Guzman el Bueno, duque de Medina-Sidonia, é instruccion para el desempeño de este cargo. De Madrid á 24 de Marzo de 1588. Coleccion de Docum. inéd. para la Hist. de Esp., t. xxviii, página 378.

<sup>3</sup> Docum. núm. 114. Tenía el Duque dos hijos, D. Manuel Alonso de Guzman, que casó con D.<sup>a</sup> Juana de Sandoval, hija de los Duques de Lerma y fué octavo Duque de Medina-Sidonia, y D. Felipe de Guzman, que se enlazó con D.<sup>a</sup> Antonia Portocarrero, marquesa de Alcalá y Chucena.

obediencia de sus instrucciones en el señalamiento de punto de reunion sobre el cabo Finesterre; sufrió con paciencia la proposicion inusitada, irrespetuosa, absurda, de que desistiera de la empresa, *tomando algunos medios honrosos con los enemigos*, y con las pruebas que la proposicion misma le ofrecia unida á las cartas de los consejeros de la Armada, de la ineptitud é irresolucion del jefe que habia elegido para ella, pudo más en el ánimo del Monarca que á ningun otro súbdito toleró jamas desaciertos, la deferencia por el Duque de Medina-Sidonia, que la prudente garantía, aconsejada por las circunstancias, de cambiar á tiempo el caudillo de la jornada.

El temor, que, segun era de presumir, se sobrepuso á las otras cortas facultades de D. Alonso; el temor, que desoyó las advertencias de los experimentados generales de las escuadras; el temor pueril é infundado que le condujo á nueva desobediencia de los preceptos Reales, que privó á la Armada del triunfo, llevándola, por lo contrario, á mayores peligros en la rada de Calés y en el mar polar, huyendo de los que de él huian; el temor, que es delito imperdonable en un caudillo, reconocido y confesado de un modo tan original y poco digno por el descendiente de los Guzmanes en la carta que escribió desde Santander al regreso de su malhadado viaje, tampoco despertó la severidad del Rey, herido en la delicada fibra de sus sentimientos con el fracaso del proyecto más grande y trascendental; la sumision de los rebeldes de Flándes, el abatimiento de la herejía, la exaltacion de la fe católica, y secundariamente la prepotencia en

mar y tierra. Cuando el luto de las familias, la sátira de los cortesanos, la burla de los extranjeros con la vindicta pública reclamaban la satisfaccion que tantas veces sin justicia en otras ocasiones se le ha dado, el Duque de Medina-Sidonia, sin amonestacion siquiera, fué á descansar en su casa de Sanlúcar, descargado de las obligaciones de su alto empleo de Capitan general del Océano, sin dejar por ello de disfrutar las honras, preeminencias y emolumentos que al mismo correspondian.

¿Es verosímil la asercion de los ingleses William Monson y John Barrow, de haber sido la Duquesa de Medina-Sidonia, entrañablemente querida por el Rey, la que templó el enojo arrojándose á sus plantas? No existe dato alguno que sirva de fundamento á la especie que Cabrera de Córdoba, Herrera, y los demas cronistas de la época callaron; sólo por los sucesos posteriores cabe conjeturar que, si no existió la influencia que se supone tenía en el afecto paternal del Rey doña Ana de Silva, otra causa inexplicable, misteriosa y potentísima escudaba los actos del Duque.

El año de 1596 estaban otra vez preparadas en Cádiz sesenta y cinco naos gruesas con proporcionado número de trasportes. Felipe II persistia en el pensamiento de llevar á Inglaterra el peso de su poder, acumulando los inmensos recursos de que aún disponia; así la reina Isabel quiso prevenir el segundo amago anticipándose en enviar al almirante lord Howard á la bahía, trasportando un cuerpo de ejército que mandaba el Conde de Essex, y la plaza fué tomada en los términos que refiere don

Adolfo de Castro en su *Historia de Cádiz* <sup>1</sup>. Era Capitan general de la costa de Andalucía el Duque de Medina-Sidonia, sin perjuicio de la Capitanía general del mar Océano, tocándole en ambos conceptos la defensa de la ciudad, como la de la Armada, y empezando por incendiar treinta y dos naos, porque no cayeran en manos del enemigo, pidió tropas á Sevilla, acudiendo al socorro de Cádiz despues de haberla evacuado el enemigo y saqueádola por espacio de veinte y cuatro dias. Dando cuenta del suceso, escribia: «Ni navíos, ni flota, ni armada, ni Cádiz ha quedado» <sup>2</sup>; y el Rey, cuyas consideraciones por el Duque no habian concluido, con fecha 31 de Julio le contestó desde Toledo «quedaba enterado de las dificultades que hubo para recoger la gente de guerra, y agradecia el celo con que habia procedido <sup>3</sup>»; celo recompensado algo despues (en 1598) con el altísimo cargo de Consejero de Estado y Guerra; pero el pueblo, no tan reconocido, murmuró grandemente, haciéndose

<sup>1</sup> Lo ocurrido en el asalto y saco de Cádiz es ajeno á este estudio; consta recopilado en la *Historia de Cádiz*, y más particularmente en las relaciones de la época. También tratan del suceso Fray Pedro Abreu, *Historia del saqueo de Cádiz por los ingleses en 1596*, reimpresa en Cádiz en 1866, en 4.º, con láminas; Gaspar Anastro, *Relacion de la toma de los ingleses en 1596*, manuscrito en la Biblioteca Nacional; Andres de Leon, *Historia del Huérfano*, manuscrito en la Academia de la Historia, Coleccion Muñoz, t. XLIII; y hay *Documentos relativos á la toma y saco de Cádiz*, en la *Coleccion de los inéditos para la Historia de España*, tomo XXXVI, página 205.

<sup>2</sup> Coleccion de documentos inéditos para la Historia de España, tomo XXXVI, pág. 238.

<sup>3</sup> Navarrete, *Vida de Cervantes*, página 446.

eco de los dichos agudos de aquella gente andaluza, tan lastimada, el insigne Miguel de Cervantes, con el soneto conocido:

Vimos en Julio otra Semana Santa  
Atestada de ciertas cofradías,  
Que los soldados llaman compañías,  
De quien el vulgo, y no el inglés, se espanta.  
Hubo de plumas muchedumbre tanta,  
Que en ménos de catorce ó quince días  
Volaron sus pigmeos y golias  
Y cayó el edificio por la planta.  
Bramó el becerro, y púsolos en sarta;  
Tronó la tierra, oscurecióse el cielo,  
Amenazando una total ruina.  
Y al cabo en Cádiz, con mesura harta,  
Ido ya el Conde <sup>1</sup>, sin ningún recelo,  
Triunfando entró el gran Duque de Medina.

El malogrado D. José Pardo de Figueroa (Pascual Lúcas de la Encina), dirigió á su hermano D. Mariano una carta que se publicó el año de 1868 en la Colección de las *Droopianas*, investigando las causas de la inquina que contra el Duque de Medina-Sidonia se advierte en los escritos del *Regocijo de las Musas*, al punto que Daniel de Foe y otros, han sospechado que *Don Quijote* es la caricatura del Duque, y toda la obra inmortal una sátira contra dicho personaje. Pardo juzga apasionada é injusta la enemiga del literato á tan gran Señor, protector de las letras, al modo que los magnates lo hacian, dejándose dedicar algunos libros; y me parece que el claro juicio de este juez en algo estaba in-

<sup>1</sup> De Essex.

fluído por su naturaleza de *Medina-Sidonia*, que á no ser así, la memoria de haber militado á las órdenes de don Álvaro de Bazan el *manco de Lepanto* y la seguridad de que en su fuero interno no dejaría de hacer paralelo entre el héroe de las Terceras y el infeliz de Calés, le diría la impresion que un tan buen patriota, perito en achaques de mar, debió sentir cuando llegaron á Santander los restos de aquella grandiosa Armada con el sacrificio de la vida discurrida y planteada en Lisboa por el Marqués de Santa Cruz. Harto dominó la antipatía (si la tuvo) por el de Medina, no sacando á plaza por boca del *Desfacedor de agravios* los lamentos que escucharía.

Los recogió con gran diligencia el P. Fr. Juan de Victoria, de la Orden de Predicadores, oyendo á cuantos llegaban á la corte procedentes de la grande Armada, así hablaban en favor ó en contra del que habia sido su Capitan general, y con sentimiento escribia: «que generales, maestres de campo, capitanes, ministros, soldados, fuera de las escrituras auténticas que de ello hay, conformaban en que perdió la honra, reputacion y fama de España y la de su persona y casa, teniendo cobardía y continuo pavor y miedo de morir (cosa muy ajena de sus pasados), avaricia, dureza y crueldad; y así llegado á Santander tomó el camino para su casa, llevando muchas acémilas cargadas de dinero consigo. Y así como en todo se mostró pusilánime y de mal gobierno, así fué menospreciado de todos, y lo corrieron y afrentaron, baldonaron y deshonraron por todo el camino, y aún apedrearon los muchachos en Medina del Campo y Salamanca.»



Muchas y más graves cosas anota el curioso fraile de Santo Domingo que se decían en público, y como las transcribo con fidelidad del original inédito <sup>1</sup>, aquí sólo extractaré las que completan el retrato moral y físico del Guzman que conocía muy bien, por lo visto, el autor de *Don Quijote de la Mancha*.

«Bien pronosticó su mujer, la Duquesa, que es muy avisada y aguda (dice Fr. Juan), las infamias y daños que la Armada había de recibir, y España, y el Duque, si iba él por cabeza; y así cuando lo supo procuró, como que sabía bien cuán para poco era, de estorbarlo, y como no pudo, estuvo muy triste y afligida, y consolándola y animándola ciertas señoras amigas, diciendo que el cargo que al Duque había dado S. M., era el de más honra y provecho que había habido, dijo: «*Señoras; yo sé que el Duque es bueno para dentro de su casa y para donde no lo conocen, y pésame que lo han de conocer y ha de perder su reputacion.....*»

»Vino el Duque muy cano, habiendo ido sin canas; señal del grande miedo que tuvo; tan grande, que anduvo siempre huyendo de los que huían de él, dando ocasion á que desde los navios al paso se le gritase: *¡Ea, gallinas, á las almadrabas!* y otras cosas á este tono. El miedo subió tan de punto en los bancos de Flándes, *que se quiso dar al enemigo*, y estuvo ya á punto de enviar una zabra; pero resistiéronlo los capitanes <sup>2</sup>.....»

<sup>1</sup> Documento 186.

<sup>2</sup> El capitán Vanegas, defensor del Duque, consigna que le aconsejaron que se rindiera, como caso de conciencia, dando á en-

La defensa que hicieron los deudos y amigos del Duque se fundaba en que «era el mejor hombre de caballo de toda España y el que mejor y con más ánimo jugaba cañas y toreaba y alanceaba toros bravísimos, y hacía toda gentileza y valentía, con ser pequeño de cuerpo, aunque rehecho, y de lindo rostro atezado, las patas botadas para fuera, y si corto quedó y no dió batalla naval y se tornó, no se debía atribuir á miedo y cobardía, sino al andar atado al consejo de Diego Flores.....»

No es menester gran diligencia en el exámen de otros papeles de la época para advertir que ni la posición señorial del Duque, ni el influjo de sus deudos, ni aún la señalada deferencia del Rey pudieron evitar el juicio desfavorable de la opinión pública. Todo lo que supo decir el poeta Fernando de Herrera en obsequio del Conde de Niebla, Marqués de Cazaza y Duque de Medina, fué recordar la gloria de los Guzmanes sus antepasados, concluyendo:

«Vos, á igualar sus hechos obligado,  
Solo seréis de todos admirado.»

Fray Francisco Torres, reseñando la historia del monasterio de San Isidro del Campo que dedicó á don Alonso de Guzman como capellan suyo, tuvo que narrar la de los fundadores, empezando por el defensor de Tarifa, y llegando á sus dias escribió:

«Las cosas del Excmo. Duque D. Alonso Perez de

tender que el consejero era su confesor, con lo que confirma lo dicho por el escritor inglés Monson. Véase doc. 185, y lo mismo Fray Jerónimo de la Torre, doc. 185 bis.

Guzman el Bueno y su mucha cristiandad, otro de más autoridad, letras é ingenio las contará y escribirá adelante, porque tratar loores de vivos, aunque sean tan ciertos que no se puedan negar, no carece de sospecha, mayormente escriptos por capellan suyo, hijo de su monasterio de San Isidro; por tanto, los dejo para aquel á quien, despues de muchos años que Su Excelencia haya vivido, cupiere por buena suerte celebrarlos.»

Firmó esta declaracion el año de 1596, despues del saqueo de Cádiz, oyendo seguramente los *loores* que por aquella tierra se hacian al arrojo y celeridad con que la plaza fué socorrida, lanzados algunos á la publicidad á cubierto del anónimo, y por lo mismo más acres y punzantes que el soneto atribuido á Cervántes.

No obstante, D. Adolfo de Castro, ya citado, notando en su *Historia de Cádiz* que se culpó mucho la falta de energía del Duque para acudir desde lnégo en socorro de la ciudad, pues tuvo tiempo desde que apareció el enemigo á vista del puerto hasta que, destruida una parte de la Armada, los demas bajeles dejaron á los ingleses con su fuga la victoria, es de los que opinan «que en estas acriminaciones hay más pasion que verdad en los escritores contemporáneos»; y eso que al coleccionar las obras poéticas de D. Luis de Góngora debió ver un soneto en que el poeta, con el nombre supuesto de *Juan Sanchez Zumeta*, llamaba al Duque *dios de los atunes*; epigrama sangriento é intencionado, pues aludiendo en apariencia al señorío y privilegio de las Almadrabas,

recuerda que el atún, grande de cuerpo, es el más estúpido y cobarde de los peces <sup>1</sup>, y esto no quita que con su verdadero nombre se viera comprometido á escribir sibilítica poesía al sepulcro del *gran Duque de Medina-Sidonia* <sup>2</sup>, ni que mucho ántes se inspirára en la jornada sonando la trompa épica, como por final copio.

Para colmo de desdichas, teniendo el Duque aviso de la venida de una Armada holandesa sobre el Estrecho el año de 1606, en su calidad de Capitan general del mar Océano y usando de la especialísima manera de tratar á los que servian á sus órdenes, ordenó al general Juan Álvarez de Aviles, *bajo pena de ser tenido por traidor*, que esperase al enemigo fondeado en Gibraltar, buscando la proteccion de los fuertes, siendo causa del terrible desastre en que murió heroicamente el dicho general y el almirante Tomás Guerrero con más de seiscientos hombres, perdiéndose diez galeones. Así lo juzgaron los contemporáneos, escribiéndolo sin embajes el licenciado Mendoza, cura de la iglesia mayor de Gibraltar y testigo del suceso <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Estaba este soneto en la Biblioteca Nacional. Manuscrito 163, pág. 81, segun los índices de la misma y la cita de don Bartolomé Gallardo, que lo vió.

<sup>2</sup> Murió probablemente en 1611, pues á 14 de Enero de 1612 se expidió título de Capitan general del mar Océano á su hijo don Manuel Alonso; sin embargo, Forneron apunta la defuncion en 1615.

<sup>3</sup> La relacion escrita por el licenciado Mendoza se halla manuscrita en la Academia de la Historia, Colec. de jesuitas, t. cxxxii, número 19. — Otra de autor anónimo existe en la Biblioteca de Marina, Colec. Navarrete, t. xii, núm. 3.

## Á LA ARMADA QUE EL REY FELIPE II NUESTRO SEÑOR

ENVIÓ CONTRA INGLATERRA.—D. LUIS DE GÓNGORA.

Levanta, España, tu famosa diestra  
Desde el frances Pirene al moro Atlante,  
Y al ronco són de trompas belicosas  
Haz, envuelta en durísimo diamante,  
De tus valientes hijos feroz muestra  
Debajo de tus señas victoriosas,  
Tal, que las flacamente poderosas  
Fieras naciones contra tu fe armadas,  
Al claro resplandor de sus espadas  
Y á la de tus arneses fiera lumbre,  
Con mortal pesadumbre  
Ojos y espaldas vuelvan  
Y como al sol las nieves, se resuelvan;  
Ó cual la blanca cera desatados  
Á los dorados luminosos fuegos,  
De los yelmos grabados,  
No ménos que de fe, de vista ciegos.

Tú, que con celo pio y noble saña  
El seno hundoso al húmido Neptuno  
De selvas inquietas has poblado,  
Y cuantos en tu reino uno á uno  
Empuñan lanza contra la Bretaña,  
Sin perdonar al tiempo, has enviado  
En número de todos tan sobrado,  
Que á tanto leño el húmido elemento  
Y á tanta vela es poco todo el viento.  
Fia que en sangre del inglés pirata  
Teñirá de escarlata  
Su color verde y cano  
El rico de ruinas Oceano;  
Y aunque de léjos con rigor traídas  
Ilustrarán tus playas y tus puertos  
De banderas rompidas,  
De naves destrozadas y hombres muertos.  
¡ Oh ya isla católica y potente,  
Templo de fe, ya templo de herejía,  
Lumbre de Marte, escuela de Minerva

Digna de que las sienas que algun día  
Ornó corona real de oro luciente  
Ciña guirnalda vil de estéril yerba ;  
Madre dichosa y obediente sierva  
De Arturos, de Eduardos y de Enricos,  
Ricos de fortaleza y de fe ricos ;  
Agora condenada á infamia eterna  
Por la que te gobierna  
Con la mano ocupada  
Del huso en vez del cetro y de la espada,  
Mujer de muchos, y de muchos nuera !  
¡ Ob reina infame ; reina no, más loba  
Libidinosa y fiera !  
*¡ Fiamma d'el ciel su le tue treccie piova !*

Tú en tanto mira allá á los otomanos  
Las jonias ondas, que el Sicano bebe,  
Sembrar de armados árboles y entenas,  
Y con tirano orgullo en tiempo breve,  
Demando cuellos y ligando manos,  
Y sus remos hiriendo las arenas,  
Despoblar islas y poblar cadenas.  
Mas cuando su arrogancia y nuestro ultraje  
No encienda en ti un católico coraje,  
Mira, si con la vista tanto vuelas,  
Entre finchadas velas  
El soberbio estandarte  
Que á los cristianos ojos, no sin arte,  
Como en desprecio de la Cruz sagrada,  
Más desenvuelve miéntras más tremola,  
Entre lunas bordada  
Del caballo feroz la crespa cola.

Fija los ojos en las blancas lunas,  
Y advierte bien ( en tanto que tú esperas  
Gloria naval de las bretañas lides )  
No se calen rayando tus riberas,  
Y pierdan el respeto á las columnas,  
Llaves tuyas y término de Alcides ;  
Mas si con la potencia el tiempo mides,  
Enarbola, gran madre, tus banderas  
Arma á tus hijos, vara tus galeras,  
Y sobre los castillos y leones

Que ilustran tus pendones,  
 Levanta á aquel leon fiero  
 Del tribu de Judá, que honró al madero;  
 Que él hará que tus brazos esforzados  
 Llenen el mar de bárbaros nadantes,  
 Que entreguen anegados  
 Al fondo el cuerpo, al agua los turbantes.  
 Cancion, pues que ya aspira  
 Á trompa militar mi tosca lira,  
 Despues me oirán (si Febo no me engaña)  
 El carro helado y la abrasada zona  
 Cantar de nuestra España  
 Las armas y los triunfos y corona.

Lope de Vega, soldado de la Armada *Invencible*, escribió tambien, ántes de embarcar en ella, sentida invocacion, cual sigue:

#### Á LA JORNADA DE INGLATERRA.

##### SONETO <sup>1</sup>.

Famosa Armada de estandartes llena,  
 Partidos todos de la roja estola;  
 Árboles de la Fe, donde tremola  
 Tanta flámula blanca en cada antena.  
 Selva del mar, á nuestra vista amena,  
 Que del christiano Ulises la fe sola  
 Te saca de la margen española,  
 Contra la falsedad de una sirena.  
 Id y abrasad el mundo, que bien llevan  
 Las velas viento y alquitrán los tiros,  
 Que á mis suspiros y á mi pecho elevan.  
 Seguras de los dos podréis partiros,  
 Fíad que os guarden y fíad que os muevan;  
 Tal es mi fuego y tales mis suspiros.

<sup>1</sup> *Rimas de Lope de Vega Carpio*, á Dom Fernando Coutinho, Mariscal de Portugal, Alcalde mor de Píshel, etc. Con licencia de la S. Inquisicion. Lisboa, por Pedro Crasbeeck, año 1606. Soneto XLVII, fol. 12 vto.